
No debí enamorarme de un jersey
GEMA SAMARO

NO DEBÍ ENAMORARME DE UN JERSEY

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, febrero, 2026
©Todos los derechos reservados.
Diseño y composición de portada: AIRG
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora.
Los personajes y situaciones descritos en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA
REDES SOCIALES

Capítulo 1

Olivia cerró la floristería media hora antes de lo habitual porque aquel martes no había forma de salvarlo.

Dos ramos cancelados, un proveedor que había llegado con dos horas de retraso y una vecina que había entrado solo a mirar, aunque en realidad lo que quería era contarle la última que le había hecho su marido, su jefe, su prima, su hija, su nieto y, si se descuidaba, hasta el perro.

Por supuesto, se había marchado sin una triste rosa en la mano.

Nada estaba saliendo bien.

Fuera, Malasaña estaba tan vivo como siempre, puro bullicio, con gente paseando, las terrazas llenas, los turistas mareados sin saber muy bien dónde estaban, pero dentro de la tienda el silencio pesaba como el cerro de facturas que tenía en una estantería, todavía sin abrir.

Miró el mostrador, las cubetas de agua, los tallos verdes perfectamente alineados, los ramos preparados por si acaso a alguien le daba aquel martes de primeros de diciembre por comprar flores.

Pero aquel martes… ni siquiera el «por si acaso» sucedió.

Suspiró y cerró la caja registradora con un golpe seco tras ver que no tenía dentro más que cinco billetes de diez euros.

Es que ni los ladrones se tomarían la molestia de forzar la puerta para hacerse con semejante botín.

Levantó la vista hacia el techo y se fijó en una grieta fina que recorría la escayola.

Sonrió. Era una cicatriz antigua, de cuando ese local pertenecía a su tía Priscila, la hermana mayor de su madre, una mujer soltera, cabezota y adelantada a su tiempo.

Poliamorosa, divertida, alocada y con una mercería que le dejó en herencia, además de los cuarenta metros escasos de vivienda en la parte de arriba.

Y, por si fuera poco, un sobre: «Es todo tuyo. No lo vendas jamás. Es tu independencia. Es tu libertad. Te querré siempre».

Olivia se prometió en ese mismo instante que jamás vendería, porque ella también iba a quererla hasta el final.

No iba a fallarle.

Y decidió que convertiría el local en un lugar donde siempre oliera a algo bonito. No sabía muy bien a qué. Pero bonito.

Había estudiado Historia del Arte, había opositado, se había quedado en la bolsa de trabajo, había hecho suplencias y se había dado cuenta de que lo suyo no era la docencia.

Y una mañana, en el Prado, al poco de morir su tía, frente a un bodegón barroco floral, se dio cuenta de que aquello era lo que siempre le había apasionado de verdad.

Las flores.

Hacía ramos desde que tenía recuerdo, primero para sus muñecas y luego para cualquiera que se dejara. Había hecho cursos de floristería por mero placer, sin pensar jamás en que aquello pudiera ser una profesión.

Hasta ese momento en que decidió que la antigua mercería de su tía iba a ser una floristería.

Aquello había sido dos años antes y ahora, con treinta recién cumplidos, era la dueña de: Y que huela bonito, su propio negocio.

Levantaba la persiana de su floristería cada mañana, seguía con ilusión y ganas, aunque cada vez era más duro hacer frente a tanto gasto y tan poca venta.

Menos mal que vivía allí mismo, encima de la floristería, con su amiga Sara, pintora, artista y oficialmente tiesa.

Trabajar y vivir en el mismo sitio tenía mala fama, pero a ella le parecía una suerte. Todo lo que tenía estaba allí y además lo compartía con su mejor amiga.

Compartían espacio, nevera y la sensación constante de que el futuro era algo que siempre estaba a punto de pasar, pero que nunca terminaba de llegar.

Quién sabía… algún día.

De momento, aquel día era irremontable.

Apagó el cartel luminoso que desde hacía unos meses funcionaba a ratos, como todo últimamente.

Se puso el abrigo, se colgó el bolso naranja y se quedó quieta un segundo, respirando el olor de la tienda.

Le encantaba hacerlo y más cuando le daban los bajonazos, porque la maravillosa mezcla de flores frescas, tierra húmeda y algo indefinible parecido a olor a hogar, a algo muy suyo, le recordaba que, pasara lo que pasara, aquel sitio era su casa.

Apagó las luces, bajó la persiana, cerró con llave y salió a la calle con las manos en los bolsillos del abrigo.

Necesitaba aire.

Necesitaba caminar sin pensar en números, ni en cuentas, ni en lo poco que había vendido el último mes.

Necesitaba que Malasaña hiciera lo que siempre hacía: recordarle que la vida seguía a pesar de que ella sintiera que estaba atascada en un bucle sin remedio.

Avanzó por la calle con paso lento, dejando que el frío de finales de noviembre le despejara la cabeza.

Y entonces lo vio.

O, mejor dicho, lo sintió.

A él.

A Gonzalo.

No sabía su nombre todavía, pero llevaba semanas viéndolo por el barrio. Era nuevo. Se notaba. Y de qué manera, porque era un tío que llamaba la atención de lejos. Alto, atractivo de una forma descarada, siempre bien vestido, como salido de un catálogo de Loro Piana, y con esa seguridad de los hombres que saben quiénes son y qué es lo que quieren.

Siempre que pasaba por su tienda se quedaba mirándola.

Y no precisamente con la curiosidad con la que se mira una tienda bonita, sino con el cálculo frío de un hombre que solía tenía una palabra fetiche: rentabilidad.

Olivia había notado esa mirada demasiadas veces como para ignorarla. Cada vez que él pasaba, sus ojos se detenían un instante de más en el escaparate, en la fachada, en el cartel, valorándolo todo, incluso tasándolo.

A Olivia aquello la ponía en alerta.

Demasiado.

Esa tarde, Gonzalo caminaba en dirección contraria, cuando se cruzaron.

Olía de maravilla, por no hablar del pelazo, los ojos espectaculares o la planta de cabronazo sexy.

Pero ella, como hacía siempre que le veía, desvió la mirada para no regalarle ni un segundo de atención.

Fue entonces cuando su vista se posó en el escaparate de la tienda *vintage* de la esquina.

Y el mundo se detuvo.

El jersey estaba allí, expuesto con una sencillez casi dolorosa. Blanco, de lana gruesa, cuello alto, con cenefas azules dibujando motivos geométricos que parecían sacados de otro tiempo. No era moderno, tampoco tendencia.

Era… casa.

Y ella no estaba para casualidades.

Olivia se quedó quieta.

Gonzalo siguió caminando calle abajo y desapareció de su campo de visión, pero ya no era consciente de nada más que el jersey que parecía llamarla, como si lo hubieran colocado ahí solo para ella.

Se imaginó el peso del tejido sobre los hombros, el calor, la forma en que debía caer en el cuerpo de quien lo llevara.

Y se imaginó al hombre que había sido su dueño. Sin cara. Solo sensación. Seguridad. Tranquilidad… Un tipo de hombre que no necesitaba demostrar nada.

Suspiró. Y visualizó montañas cubiertas de nieve, chimeneas encendidas y madera crujiente bajo los pies. Una casa cálida en mitad de la nada y una sensación de que nada malo podía sucederle.

No sabía qué le estaba ocurriendo.

Era tan absurdo y tan fuerte que se llevó la mano al pecho.

—No me puede estar pasando esto —murmuró—. No.

Pero ya era tarde: estaba empujando la puerta de la tienda…

Dentro sonaba una musiquita *chill out*, olía a vainilla y limón y había muchísima ropa que ocupaba cada rincón sin demasiado orden, colgada, doblada y apoyada sobre muebles antiguos que crujían al moverse.

Manu, el dependiente, levantó la vista desde el mostrador:

—Oli, ¿qué tal? Todavía no me han llegado Levi's del modelo que me pediste.

Manu era un chico delgado, de un metro setenta, con el pelo rosa, chándal verde chillón y tatuajes por todas partes. Llevaba un año trabajando en la tienda y Sara y ella se pasaban por allí de vez en cuando para comprarse alguna cosa.

Olivia llevaba dos meses pidiéndole un modelo de pantalón que no encontraba en ninguna parte, pero ya no tenía ojos más que para el jersey que no podía dejar de mirar.

—Creo que ya no necesito el pantalón. Ahora necesito otra cosa.

—¿Te gusta? —preguntó, señalando el jersey.

—Mucho —admitió Olivia.

—Tiene rollo. Y mira que este estilo de ropa no es de mi palo. Pero lo imagino puesto en un tío que me tiraría. No sé si me entiendes…

—Demasiado.

—Es un jersey de hombre que sabe lo que se hace y lo hace que te cagas.

—¿Tú tampoco has vendido nada esta tarde? —replicó Olivia, con una sonrisa burlona.

—Te digo la verdad, nena. Es un jersey de buenorro empotrador. Y lo mejor es que no te lo pruebes —aseguró Manu, batiendo las manos.

—¿Por?

—Llegó esta mañana. Antes de colgarlo en el escaparate, me lo he probado y me he sentido…

—¿En casa?

Manu se fue al escaparate y, mientras retiraba el jersey del busto, respondió:

—Bien follado. En casa… y en los baños de un tren a Moscú. ¿Te atreves a probártelo, aunque te arruines la vida?

—Vas a tener que darme unas cuantas lecciones para aprender a vender tan bien como tú —contestó Olivia, absolutamente en serio.

—Te estoy diciendo la verdad.

Manu le ayudó a quitarse el abrigo, le pasó el jersey y, en cuanto Olivia se lo pasó por la cabeza, supo que estaba perdida.

Era cálido y suave, metió los brazos y sintió que la envolvía, que la abrazaba, que la hacía sentir especial.

—Madre mía, ¿pero esto qué es? —inquirió, como extasiada.

—Te lo avisé, cariño.

Olivia se miró en el espejo y no vio a una mujer preocupada por pagar cuotas de autónomos, impuestos y facturas.

Vio a alguien segura, protegida y en paz.

—Ya no puedo hacer nada. Estoy enamorada —sentenció Olivia sin quitar la vista de la imagen que le devolvía el espejo.

—Me recuerdas a mí cuando me enamoré de aquel tío de París que me salió tan caro.

Olivia juntó las manos y le pidió mirando a Manu con una mueca graciosa de súplica:

—Sí, pero tú puedes hacerme un precio.

—Desde que lo he puesto en el escaparate esta mañana han venido doce personas a probárselo, pero ninguno ha tenido arrestos para comprarlo —contó él, chasqueando la lengua.

—¿Cuánto vale? —quiso saber Olivia, arrugando el ceño.

—No es por lo que vale. Es la promesa que ofrece quien lo lleva. Ninguno ha sentido que estaba a la altura.

—Yo es que me siento de maravilla con él —afirmó, a la vez que acariciaba el jersey que tenía el tacto más gustoso del mundo.

—Porque estás captando la energía de su dueño que sigue pegada a la prenda.

—¿Tú crees? —inquirió Olivia, alucinada.

—Tía, trabajo en una tienda de segunda mano, capto las vibras con solo tocar las prendas. Esta tiene una energía que mira con qué cara te tiene, te brillan los ojos, la piel y a saber cómo tienes el resto.

—Mejor no lo quieras saber y dime cuánto vale —le pidió Olivia, con una sonrisa divertida.

—La marca es cara. Muy cara.

Olivia tragó saliva, sabía que lo era…

—Lo necesito. ¿No puedes hacer tu magia? Por favor, Manu. Es que no me va demasiado bien en la floristería.

Manu la miró unos segundos, soltó el aire y replicó, pues entendía perfectamente la urgencia y la necesidad:

—Llévatelo. Treinta euros.

Olivia sonrió con lágrimas en los ojos, con una sonrisa de esas que salen cuando la vida de pronto afloja un poco.

—¡Gracias! —exclamó abrazándolo.

—Pero en cuanto te vaya bien, me compras un pantalón *random* por lo que vale realmente el jersey —dijo sin dejar de abrazarla.

—Claro, claro…

—Si la tienda fuera mía, pero de momento…

—¡Es genial!

Olivia pagó feliz y se fue de la tienda con el jersey puesto y una sensación extraña en el estómago. No sabía explicarlo, pero algo había cambiado.

Regresó a casa y, en cuanto se plantó en el salón y se quitó el abrigo, Sara la observó con una ceja levantada:

—¿Y ese jersey? ¡Te has enrollado con alguien! ¡Cuéntamelo todo!

—No. Lo he visto en el escaparate de Manu y he tenido que comprármelo. Es raro, pero siento como si alguien muy especial lo hubiera llevado antes.

Sara se acercó, lo olió y luego le dijo tras mirar otra vez el jersey:

—Lo veo.

—¿Sí? Flipo.

—Sí —asintió rotunda—. Veo a un tío fuerte y con carisma. Un tío de esos que entran en un sitio y se nota.

—Me da igual. Solo me he enamorado de un jersey que me hace sentir bien. Demasiado bien.

—No me extraña. Un jersey no miente, no desaparece tres días, no tiene miedo al compromiso, ni una ex plasta. Está disponible emocionalmente y siempre lo tienes para ti, sobre todo cuando tienes frío.

Las chicas se rieron sin saber que Olivia acababa de cruzar una línea invisible y que el jersey no solo iba a cambiar su suerte, sino todo lo que creía saber sobre el amor…

Capítulo 2

Una semana después, Olivia tuvo que admitir algo que le daba un poco de miedo pensar en voz alta: la floristería estaba funcionando.

No era un milagro, ni un subidón loco, ni nada que pudiera salir en un titular, pero sí lo suficiente como para notarlo.

Las cosas se estaban moviendo desde el día en que se llevó el jersey puesto de la tienda de Manu.

Y cuando Olivia decía «se estaban moviendo», se refería a hechos concretos que se podían apuntar en una libreta con boli Bic azul y subrayar siete veces.

Tres bodas. Cinco empresas que le habían pedido centros florales para cenas de Navidad, una *influencer* que necesitaba ramos enormes para un *home tour* y una asociación para una entrega de premios, y un hotel que le había encargado un montón de abetos para el *photocall* de la inauguración de una terraza con calefactores.

Y, además, modernos del barrio que no paraban de entrar diciendo que no entendían de flores, como si fuera una confesión importantísima, y que se iban con un ramo en la mano, sonrisa de satisfacción y la sensación de que estaban viviendo una experiencia sensorial y cultural.

Olivia no sabía si reír o llorar.

Lo más probable era que el negocio estuviera pasando por un repunte lógico porque en diciembre la gente solía volverse más sensible y recordaba que tenía pareja, madre, suegra, amigas, tías primas, jefes y enemigas íntimas a las que demostrarles afecto con algo que oliera bien. Podía ser eso.

Podía ser que, de repente, el algoritmo invisible de la vida hubiera decidido darle una tregua.

Podía ser que ella, sin darse cuenta, estuviera haciendo las cosas mejor.

O podía ser el jersey.

Y como Olivia era una mujer racional cuando le convenía, y el resto del tiempo era profundamente emocional, supersticiosa a ratos y dramática cuando el drama era lo único que la mantenía despierta, se quedaba con la teoría del jersey.

Porque era la única que le daba una explicación encantadora.

Además, lo llevaba puesto un día sí y otro casi que también.

Vamos, que por ella ni se lo quitaba para dormir.

No como quien se obsesiona, porque ella no era de obsesiones, solo de implicarse hasta las cejas, sino como quien se pone algo que le sienta bien y, de paso, se quita de encima la sensación de estar al borde del precipicio económico.

Pero justo ese martes no llevaba puesto el jersey.

Lo había lavado a mano con muchísimo cuidado y estaba secándose en el piso de arriba, en el tendedero que ponían en el minisalón, junto a un radiador que funcionaba cuando quería.

Eran las doce de la mañana y el cielo parecía un folio sucio y arrugado. El frío se metía entre los dedos y Olivia, además de un jersey azul de lana gruesa, llevaba enroscada al cuello una bufanda de lana naranja.

Se calentaba con un pequeño convector que ponía y quitaba porque gastaba muchísima luz.

Y justo estaba haciendo un ramo de azucenas, cuando la puerta se abrió.

Entró una pareja que olía a dinero. No era un juicio de valor, pensó Olivia, o a lo mejor sí. El caso era que había gente que olía a perfume caro y a tranquilidad, a que si algo sale mal lo solucionaban con una llamada, una tarjeta o una frase del tipo: «no pasa nada, cariño, yo pago». Y esa pareja era una de esas.

Olivia les hizo un centro para una cena corporativa de su empresa en siete minutos exactos, pagaron sin pestañear, y sin preguntar antes por el precio, y antes de marcharse comentaron que ella era una artista.

Olivia sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío y, cuando se fueron, respiró tranquila.

Y, entonces, se escuchó desde arriba un golpe seco.

—¡Mierda! —gritó Sara, con la voz amortiguada por el techo.

Olivia levantó los ojos como si pudiera ver a través de la escayola y gritó:

—¿Estás viva?

—¡Estaba con las acuarelas y de la emoción de encontrar un color nuevo, me he tropezado con el tendedero! ¡Qué dolor en el dedo gordo del pie, pero aún lo conservo! —respondió gritando más todavía.

Olivia sonrió. Ese era el sonido de su hogar. De la vida, de vivir en un pisito diminuto con una amiga que siempre estaba a punto de descubrir un nuevo color que cambiaría la historia del arte contemporáneo.

No pudo replicar nada más, porque otra vez entró alguien.

Olivia giró la cabeza esperando otro cliente.

Y allí estaba.

Él.

Gonzalo.

Entró como si no supiera lo que es una duda, como si la tienda fuera un espacio que conociera de sobra, a pesar de que era la primera vez que ponía un pie dentro.

Alto, impecable, pelo abundante y castaño, abrigo que seguramente valía más que lo que ella ganaba en un mes y esa cara de tío al que el universo se lo regalaba todo gratis.

Luego, él le clavó la mirada y Olivia tuvo un pensamiento tan involuntario como indecente:

«Qué guapo, por Dios».

Después, Gonzalo se pasó la lengua despacio por el labio inferior y ella resopló mientras pensaba:

«Qué cabronazo, madre mía».

No sabía nada de él, pero estaba segura de lo peligroso que podía llegar a ser conocerlo mejor.

Gonzalo, ajeno al runrún de la cabeza de Olivia, se puso a mirar las flores, no como quien entra en una floristería a comprar algo bonito. Él miraba como un perito o como un tasador, con un metro imaginario en la cabeza.

De hecho, tras mirar las flores, observó el mostrador, el suelo, el escaparate, la luz, la altura del techo, la ubicación de los enchufes y el tipo de gente que pasaba por la calle.

Olivia sintió la misma alarma que la semana anterior, pero más aguda, porque ahora el negocio estaba repuntando y ella no tenía

ganas de que viniera nadie a recordarle que aquello podía derrumbarse en cualquier momento.

—Buenas tardes —dijo él, por fin, con una voz grave que parecía la clásica de buenorro que se pide en gin-tonic en un bar.

—Buenas —murmuró Olivia, sin sonreír.

Gonzalo se quedó mirando un centro de flores que Olivia había preparado a primera hora y masculló:

—Bonito.

Además, pensó que no solo lo era el centro, sino también la florista, con esas manos preciosas y el flequillo largo y abierto, que le daba un aire distraído y seguro a la vez.

Se había fijado en ella desde el primer día en que se habían cruzado en la calle y la había visto colarse en la floristería.

Tenía algo especial.

Algo auténtico.

De ese tipo que no se puede fingir y que le había llamado la atención incluso antes de saber por qué.

Olivia, por supuesto, que ni le dio las gracias. No porque fuera borde por naturaleza, sino porque sabía que si le daba las gracias estaba entrando en el juego de agradarle, y ella no agradaba a hombres que miraban su tienda como un buitre elegante.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Olivia, con un tono que era una barrera educada pero firme.

Gonzalo se plantó frente a ella, la miró y se quedó unos instantes sin decir nada.

Olivia se quedó medio segundo sin aire. Era tremendo. Ese tío no solo era guapo, era… intenso. Tenía la mirada del que siempre gana, porque siempre va por delante.

Olivia se obligó a respirar.

—¿Trabajas para alguien o la tienda es tuya?

Él se había informado y sabía perfectamente de quién era la tienda. Olivia también lo suponía y replicó:

—Depende de quién pregunte.

Gonzalo sonrió apenas, como si le hubiera hecho gracia la respuesta.

—Es curioso —dijo después.

—¿El qué? —quiso saber, seca.

—Que en una semana esto tenga otro aire.

—¿Otro aire? —repitió Olivia, parpadeando.

—Sí —insistió, mirando alrededor otra vez—. Hay más actividad, más trasiego, más pedidos, más… vidilla.

Olivia no supo si indignarse o sentirse halagada, porque, por un lado, ¿quién era él para venir a medir la vidilla de su tienda?, y por otro, era cierto que había más vida, y a ella le había costado sudor, lágrimas, horas y noches enteras de ansiedad.

—No sé de qué hablas —mintió por orgullo.

Gonzalo se encogió de hombros y aclaró mirando hacia arriba, como si intuyera algo:

—Se nota.

Y justo entonces, un estruendo tremendo resonó desde el piso de arriba y se escuchó a Sara gritar con más intención que antes:

—¡Mierda!

—¿Quién vive arriba? ¿Una elefanta que habla?

—¡Qué gracioso!

—¡Tranquila, Oli, estoy bien! —gritó Sara, desde arriba—. Es la puta aspiradora de los cojones. ¡Con razón estaba de oferta! Ocupa más espacio del que limpia y no te cuento lo que pesa.

—¡Vale! ¡Ten cuidado! —exclamó Olivia, mirando al techo.

Gonzalo alzó las cejas y preguntó como el que no quiere la cosa:

—¿Te llamas Olimpia?

—Olivia.

—¿Vives aquí?

Olivia suspiró.

—Sí. Arriba. Con mi amiga Sara.

—¿Lo de arriba también es tuyo?

Olivia se cruzó de brazos porque se estaba hartando del interrogatorio.

—Ajá.

—Interesante.

Esa sola palabra fue como dejar caer un cuchillo encima de la mesa.

—¿Puedo saber por qué es interesante para ti? —inquirió Olivia, borde.

—Este barrio se revaloriza por segundos.

Olivia se puso rígida de los nervios que le entraron, se envaró y farfulló mordaz:

—No me digas.

—Esta clase de locales amplios, con vivienda encima…

—No está en venta —zanjó, para terminar con aquello.

Gonzalo la miró con calma, acostumbrado a que la gente se defendiera incluso antes de que él atacara.

—No te he preguntado si lo está.

—Pero lo has pensado.

—Pienso muchas cosas —replicó él, echándose el pelo hacia atrás con la mano.

Olivia pensó que estaba buenísimo. Pero también le irritaba tanto que le soltó:

—Guárdatelas.

Él volvió a sonreír, fascinado con la actitud de la florista.

—Tienes carácter.

—Razones más bien —precisó Olivia, encogiéndose de hombros.

—¿Qué estudiaste?

La pregunta la descolocó y solo se lo pudo tomar a broma:

—Como sigas haciéndome preguntas, voy a acabar pensando que has entrado a mi tienda a ligar conmigo.

Y la sonrisa de Gonzalo le dejó claro que el cabronazo no pensaba negarlo…

Capítulo 3

Y, entonces, él dijo la frase que ella estaba esperando y temiendo:

—Por mí…

—Nada —le cortó Olivia, rotunda.

—¿No has estudiado nada? —replicó él, arqueando una ceja mordaz.

—Nada en cuanto a lo de ligar —respondió ella, que tuvo que morderse los labios para no sonreír—. Y he estudiado Historia del Arte.

—Vaya.

—¿Qué? —inquirió Olivia, a la defensiva.

—No lo esperaba.

—¿Y qué esperabas? —quiso saber, curiosa.

—Marketing. Diseño. Administración de Empresas. Algo práctico.

—Tiene todo el sentido —ironizó ella con una sonrisa afilada—. Vender flores es algo muy práctico.

Gonzalo, sonriendo con los ojos, contraatacó de nuevo:

—¿Por qué no trabajas en algo relacionado con tu carrera?

Olivia lo miró molesta porque aquello sonó a que le estaba cuestionando su vida y soltó:

—Porque no me da la gana.

Gonzalo inclinó un poco la cabeza, calibrando y farfulló como si lo supiera todo:

—No mientas.

Olivia se quedó estupefacta, porque nadie le había dicho jamás un «no mientas» así, como si la conociera, como si tuviera derecho, como si le importara algo.

—No estoy mintiendo —dijo sin ocultar su ofuscación.

—Si lo estás.

Olivia respiró hondo.

—Vale. —Se rindió un poco—. Opositè para profesora de bachillerato. Me quedé en la bolsa de trabajo. Di clases. Hice suplencias. Y me di cuenta de que la docencia no era lo mío y que la Historia del Arte es una forma de mirar el mundo. Aprendes a leer imágenes, a detectar belleza, a conectar emociones con objetos, a

contar historias desde lo visual. Y es lo que hago en la tienda que me dejó mi tía.

—¿Tu tía te dejó esto? —preguntó él, apretando las mandíbulas.

—Sí —respondió rotunda, dejándole claro con la mirada que jamás iba a dejar de ser suyo.

—¿Y por qué una floristería?

—Siempre me han gustado las flores. Son mi pasión. Desde niña.

—¿Y vives arriba con tu amiga y una aspiradora gigante? —bromeó sin que a Olivia le hiciera ninguna gracia.

—En un apartamento de cuarenta y dos metros. Ella es pintora y está canina. Te lo digo por si también quieres evaluarla.

—No evalúo personas.

—Se nota —masculló ella, con retintín.

Gonzalo le clavó la mirada, después se mordió el labio inferior de un modo que no pudo resultar más sexy y preguntó:

—¿Cuál es tu museo favorito?

Olivia se quedó descolocada otra vez, arrugó la nariz y replicó:

—¿Perdón?

—Tu museo favorito.

Olivia abrió la boca para mandarlo a paseo, pero no lo hizo. Tal vez porque la pregunta le tocó una parte de ella que no estaba a la defensiva y respondió a regañadientes:

—El Prado. Y no porque no quiera esforzarme en ser original. Es mi museo.

—El Prado está bien.

—¿Está bien? —repitió ella, ofendida—. El Prado es una maravilla.

—Lo sé.

Olivia lo miró con sospecha.

—¿Tú vas al Prado?

Gonzalo le sostuvo la mirada con total tranquilidad.

—Sí. Me gusta. Ya te lo he dicho.

—¿Y para qué vas? ¿Para hacerte una foto delante de *El jardín de las delicias* y poner «me vuela la cabeza» en Instagram?

—No tengo Instagram.

Olivia se quedó un segundo en silencio, porque eso era raro.

Y, por algún motivo, la idea de un hombre así, sin Instagram y que le gustaba ir al Prado, le pareció peligrosamente atractiva.

—Tampoco te pierdes demasiado por no tener redes.

—También lo sé. ¿Y el Hermitage? —quiso saber él, entornando la mirada.

Olivia notó cómo los ojos de pronto le brillaron más de la cuenta.

—El Hermitage —repitió—. Me encantaría visitarlo.

—¿Nunca has ido?

Olivia soltó una sonrisa amarga y respondió:

—¿Con qué dinero?

Gonzalo se apoyó levemente en el borde del mostrador, comodísimo y preguntó sin rodeos:

—¿Cuánto ganas al mes con esto?

Olivia se puso tensa.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—¿Qué tiene de malo? —repuso extrañado.

—No es una pregunta inocente. Y no tienes derecho a preguntarlo.

—Tengo derecho a interesarme por ello.

—No. No lo tienes —zanjó Olivia.

Gonzalo ni se inmutó. Eso era lo peor, que parecía que todo le resbalaba, como si estuviera por encima del bien y del mal.

—¿Te agobia pagar autónomos? —insistió.

Olivia apretó la mandíbula.

—¿Tú qué crees?

—Creo que sí.

—Pues entonces ya lo tienes.

Gonzalo asintió despacio y le dijo con una voz profunda y de cabronazo absoluto:

—Podrías vivir mejor.

—Estoy viviendo. Gracias.

—Podrías vivir sin preocupaciones, sin agobios, sin ansiedad… Eso que tienes ahí es el Rescue Remedy de las flores de Bach —dijo señalando el frasquito que estaba en la estantería, junto al cerro de facturas sin abrir.

—Qué sagaz —replicó Olivia, sintiendo un escalofrío. Porque era verdad, vivía así y que él lo dijera en voz alta le daba mucha rabia.

Necesitaba las flores de Bach para estar tranquila, para aguantar, para vivir sintiendo que todo podía irse a la porra en cualquier instante.

—Podría ayudarte.

—Ya, sí, claro —le interrumpió Olivia—. ¿Y cuál es tu plan? —preguntó ella, con sarcasmo—. ¿Comprarme el local?

—Y la vivienda. Quiero abrir una cafetería más en el barrio.

—¿Una más? —preguntó Olivia, atónita.

—Tengo cafés por toda la ciudad. El Café Larra, el Manrique, el Serrano, el Flaínez… Cafés con encanto, con libros, con cuadros… Tu local es perfecto para mi próxima cafetería: el Ferrer.

—Anda, si hasta tienes nombre y todo —replicó Olivia, que conocía esos cafés y le encantaban… hasta que había conocido al dueño.

—Son mis apellidos.

—¿Y aspiras a poner cafeterías a todos los apellidos de tu árbol genealógico? —inquirió ella, con guasa.

—Ojalá.

Olivia ya no pudo más y le dijo exactamente lo que pensaba de él:

—Y seguro que sientes que apoyas la cultura porque pones tres libros y dos cuadros y cobras los cafés a precios escandalosos. Cuando en realidad eres un buitre vestido de Loro Piana.

—Ja, ja, ja.

—No es un chiste. Y olvídate de mi local.

Gonzalo ni se movió.

—Te pagaría bien.

La frase le cayó a Olivia como una piedra. No soportaba a esas personas que les gustaba confirmar que todo el mundo tenía un precio.

—No estoy interesada.

—¿No estás interesada en tener dinero para viajar? ¿Cómo puede gustarte el arte y no haber visitado el Hermitage? Por no hablar de conocer sitios exóticos con playas bonitas y…

—Para ir a esos sitios exóticos hay que coger demasiados aviones.

—¿Tienes miedo a volar?

—Tengo fobia a los controles, a los formularios, a quedarme tirada nueve horas en la sala de espera de un aeropuerto que huele demasiado a pies.

—Solo es un rato. Pero luego llegas a tu destino y todo merece la pena. Te mereces vivir, disfrutar, ver museos, pasear por playas paradisíacas, estar tranquila y dejar de preocuparte por si alguien del barrio se despertó con ganas de comprarte flores.

Olivia sintió que le ardían los ojos de pura rabia o de miedo, o tal vez de las dos cosas a la vez.

Y lo peor era que, por un segundo, quiso decir que sí.

—Esto es mi vida —se recordó más que nada a sí misma.

—No lo es —replicó Gonzalo, con su mejor pose de tentador—. Esto es solo un negocio, que puede darte la vida que deseas.

—Para mí no es un negocio —afirmó Olivia, rotunda y orgullosa.

—En el mundo real sí que lo es.

—Mejor di en tu mundo, que no me puede dar más asco —espetó ella.

Gonzalo la miró con una suficiencia que le molestó aún más.

—No podrás estar mucho tiempo en el filo de la navaja.

Olivia se quedó en silencio, porque esa frase le había dado donde le dolía.

Arriba, se escuchó a Sara moverse, y Olivia se imaginó que estaba pegando la oreja.

—No voy a vender —insistió, despacio—. Ni hoy, ni mañana… ni nunca.

—Es lo que suele decir la gente, hasta que la vida aprieta duro.

—A mí la vida ya me aprieta y te digo que no pienso vender.

Gonzalo la observó y, sin cambiar de tono, dijo:

—Eso me gusta.

—¿Qué? —replicó Olivia, perpleja.

—Que a pesar del miedo y la incertidumbre quieras seguir.

—Voy a hacerlo, voy a seguir.

—Dice mucho de ti.

La tensión se volvió extraña, porque por un momento parecía que ya no estaban hablando del local, sino de otra cosa.

De ellos.

Olivia notó que le ardía la cara y odió que ese hombre tuviera el poder de afectarla así.

—Quédate con que no voy a venderte nada.

Gonzalo se incorporó y miró otra vez la tienda, ya no como un buitre, sino como alguien que está imaginando una escena futura.

—Volveré —murmuró al fin.

Olivia apretó los puños.

—No hace falta —le advirtió.

—Siempre vuelvo. Y a veces hasta me llaman, cuando todo va mal. Toma mi tarjeta para cuando llegue ese momento —dijo entregándole la tarjeta que sacó del bolsillo interior del abrigo—. Me llamo Gonzalo Larra, como mi cafetería.

—Y yo soy Olivia García, la chica que jamás te venderá su local.

—Si fuera la primera vez que lo escuchara…

Y, entonces, se giró hacia la puerta con esa calma irritante.

Salió y Olivia se quedó quieta unos instantes.

Luego, soltó el aire como si hubiera estado aguantándolo desde que entró, puso el cartel de «En un rato vuelvo», cerró la tienda con pestillo y subió las escaleras de dos en dos para comentar la jugada con su amiga.

Sara estaba en el salón con manchas de acuarela en la camiseta y un vaso en la mano con el que lo había escuchado todo.

—¿Quién era el tío de la voz sexy?

Olivia la miró, después de bufar desesperada, y respondió:

—El buitre.

—¿El nuevo? ¿El buenorro? —replicó Sara, abriendo mucho los ojos.

—El mismo.

—¡Menuda oferta te ha hecho!

—Quiere mi vida —dijo con rabia.

Sara la miró sin dar crédito y exclamó:

—¡Qué pasada!

Olivia la miró extrañada porque no entendía por qué tenía esa cara de flipada:

—No digas qué pasada como si fuera emocionante —rezongó.

—Es emocionante. ¿Te imaginas las dos viajando por el mundo sin pensar en nada más que en vivir la vida?

—Tía, ¿no te das cuenta de que es una trampa? Me está ofreciendo pan para hoy y hambre para mañana. Mi local es innegociable.

—Vale, pero la situación es flipante. De pronto, te aumentan las ventas, tienes opciones y la culpa es del jersey —aseguró señalándolo.

Olivia miró el jersey como si acabara de darse cuenta de que existía y sintió un vuelco al corazón.

—¿Qué dices?

—Que el jersey no solo te ha hecho vender más, sino que te ha traído a Gonzalo con tantos apellidos como cafeterías.

—¡Menuda suerte! —ironizó.

—Este jersey solo parece traerte cosas buenas —sentenció Sara.

—Hasta que ha llegado él, que es un jodido problema. ¡Y de los gordos!

Olivia regresó a la tienda, respiró hondo y se percató de que su floristería ya no olía solo a hogar, ahora también olía a peligro.

Luego cogió la tarjeta, la miró y se prometió que jamás iba a llamarlo…

Capítulo 4

Olivia empezó a creer, muy a su pesar, que el jersey no solo abrigaba.

Le daba aplomo, seguridad y esa sensación de que por fin todo estaba encajando.

La floristería seguía funcionando. No como para pedir champán francés para celebrarlo, pero sí lo suficiente como para respirar sin el nudo constante en el estómago.

Había más días buenos que regulares, y los malos ya eran muy pocos. Y eso para ella ya era un pequeño triunfo.

Y siempre acompañada por el jersey.

Se lo ponía cuando tenía que cerrar un presupuesto grande, cuando dudaba, cuando se sentía pequeña, cuando el día anterior había sido flojo…

Y funcionaba.

Tal vez por eso, aquel domingo por la tarde, justo antes de la Navidad, cuando Sara se fue a una exposición de una amiga suya en Lavapiés y la casa se quedó en silencio, Olivia se sentó en el sofá, con el jersey puesto, agarró el teléfono y abrió Tinder.

Lo había descargado días antes. Sin demasiadas ganas. Más por curiosidad que por convicción.

Venía de una relación larga que se apagó sola. No pasó nada. Pero ambos se dieron cuenta de que aquello era como el bar al que siempre vas porque sabes lo que te van a poner. Está bien. Te gusta, hasta el día en que estás tan hastiada de los calamares a la romana que ya no te apetece ni entrar.

Eso les pasó a Rafa y a ella.

No hubo gritos, ni reproches, tan solo una conversación honesta en la que estuvieron de acuerdo en que había llegado la hora de separar caminos.

Meses después de la ruptura, Sara le recomendó que se metiera en Tinder:

—Tía, tienes que volver al mercado. Empieza probando con Tinder. La mayoría de la fruta da diarrea emocional, pero como ya lo sabes, ¿qué puede salir mal?

Ya había pasado un año desde que lo dejó con Rafa. Y, entre que el negocio estaba funcionando y las lucecitas navideñas del árbol enano, se puso en modo peli romántica navideña y se metió en Tinder.

¿Por qué no?

Además, no esperaba absolutamente nada.

Solo pasar el rato.

Y empezó a deslizar el dedo sin demasiada fe por caras y más caras.

Sara tenía razón. Aquello era tremendo. Postureo máximo. Fotos de sonrisas forzadas en el espejo del baño, frases copiadas, fotos sin camiseta en la playa, en el gimnasio, en el sofá de la abuela con el tapete de ganchillo en el reposabrazos o con la copa en la mano en un garito de moda y cara de «soy lo mejor que te va a pasar en la vida».

Hasta que apareció él.

Mejor dicho. Un ojo.

Un ojo verde, precioso, brillante, de pestañas largas y tupidas.

Hugo. Y una frase: «Tranquilo y sin estridencias».

Le gustó. Y fue su primer *like*.

Y su primer *match*.

El móvil vibró casi al instante.

Hugo: ¡Hola!

Olivia: ¡Hola!

Hugo: ¡Qué sonrisa tan bonita!

Olivia: Gracias.

Hugo: Me gusta ir al Retiro a pasear o leer un buen libro. A ver si la próxima vez te veo.

Olivia se había puesto de foto de perfil una foto que Sara le había tomado el verano en el Retiro.

Estaba despeinada por el viento y muerta de risa sentada en un banco. Era una foto natural y le hizo gracia que a Hugo le gustara.

Olivia: ¿Cuál es tu libro favorito?

Hugo: Pues ahora, no sé… Supongo que…

Olivia interpretó esas palabras como que estaba nervioso y le pareció de lo más mono.

Olivia: ¿Un autor?

Lo preguntó para ayudarle y él respondió después de que pasaran unos instantes:

Hugo: ¿Uno?

Olivia: Es complicado quedarse con uno. Pero yo me quedo con Chéjov.

Hugo: Tienes gusto.

Olivia sonrió sola en el sofá y pasó a contarle lo que estaba leyendo, quiénes eran sus escritores favoritos… además de Chéjov, y él escuchaba.

No era brillante, ni ingenioso, pero sabía escuchar y eso era un puntazo.

Después siguieron hablando y hacerlo con él era fácil.

No era un tío rarito, ni presuntuoso, ni egocéntrico.

Era justo como él se había definido.

No había nada que despertara sus alarmas. Y aquello, en Tinder, era como haber encontrado una aguja en un pajar.

Hugo: ¿Qué tal el domingo?

Olivia: Tranquila. En casa. Estaba en el sofá y me ha dado por abrir esto. Nunca había entrado en Tinder y de pronto ha salido tu ojo. Me ha encantado. Es diferente. Es original. Y me encanta el verde.

Hugo: Ja, ja, ja. Tú también me has parecido diferente a todas.

Olivia: ¿Y dónde estás? ¿En casa también?

Hugo: En casa de mi hermana. Aquí con mis sobrinos. Los papás han salido un rato a comprar unas pizzas y yo me he quedado cuidando de las fieras.

Olivia: ¿Eres familiar?

Hugo: Mucho. Adoro a mi familia.

Olivia: Yo también. Tengo dos hermanos y también adoro a mis cinco sobrinos.

Hugo: Me gusta estar con la familia. También con los amigos. Pero no soy nada festero. No me gustan las discotecas. Quedamos para hacer deporte, senderismo, pádel… o para ir al cine, al teatro, a exposiciones…

Olivia: ¡Estudié Historia del Arte! ¡Me encanta ir a museos y a expos! Ayer estuve en la de «Chez Matisse».

Hugo: Qué buena.

Olivia: ¿Te gustó?

Hugo: Joder, mucho. Eres perfecta, chica de las flores.

Chica de las flores era el nombre que se había puesto. Le encantaba. Porque era ella. Muy ella.

Olivia: Hago lo que puedo.

Hugo: En serio, me pareces una rareza en este estercolero.

Olivia: Es mi primera vez.

Hugo: Creí que jamás encontraría una chica con una sonrisa preciosa, que le guste el bueno del Chez ese y que lea a Cheetos.

Olivia pensó que los nervios le habían jugado una mala pasada y por eso acababa de confundir la palabra «Chez» con un nombre y a Chéjov con Cheetos y replicó:

Olivia: Yo tampoco esperaba encontrar a un chico tranquilo.

Hugo: Me gusta ir despacio.

Olivia apoyó la espalda en el sofá y pensó en lo infravalorado que estaba ir despacio.

Olivia: ¿Te gusta viajar?

Hugo: Tranquilo. Un vuelo. Un lugar. Tranquilidad. Nada de viajecitos de sesenta horas al culo del mundo para disfrutar de tres noches de hotel.

Olivia: Cómo te entiendo. ¿Y a qué te dedicas?

Hugo: Trabajo en el ámbito de la ingeniería de caminos. Me gusta lo que hago. Es un trabajo estable.

Olivia: Es importante que hagas lo que te gusta.

Hugo: Para mí sí. No soy de ambiciones locas. Ni un codicioso.

Aquello a Olivia le gustó, también.

Y pensó, sin poder evitarlo, en Gonzalo. En su mirada de tiburón, en su forma de medirlo todo, en esa sensación constante de que siempre iba dos pasos por delante de todo el mundo.

Hugo no parecía así.

Hugo: No me gustan los que van pisando para subir. Me gusta hacer las cosas bien. Ser un tipo decente y dormir tranquilo.

Olivia sintió algo parecido a alivio.

Olivia: Suena a persona con los pies en la tierra y buena gente.

Hugo: Eso intento. Ser honesto y con la verdad siempre por delante. Detesto las mentiras.

Olivia: Y yo.

Olivia respiró hondo y vio cómo ponía que Hugo estaba escribiendo. Instantes después leyó:

Hugo: Y estar tranquilo. Ahora la gente quiere todo a la vez. Viajan mientras ven series, leen y están conociendo a ochenta a la vez. No quieren renunciar a nada, quieren estar en todas partes y al final no están en ninguna.

Olivia: Conozco a tanta gente así… Están viendo una peli, sin parar de hacer *scroll*. Es horrible. Por no hablar de las relaciones…

Hugo: Esas personas que están esperando siempre a que llegue algo mejor que tú, que nunca se acaban de quedar del todo.

Olivia: Exacto. ¿Y tú?

Hugo: Yo soy de los que se quedan. Si estoy con alguien, lo quiero todo con esa persona. Lo bonito y lo complicado. Discutir cuando hace falta. Pero estar y quedarme con todo. No valgo para estar en una relación a medias.

Olivia volvió a leer el mensaje. No porque dudara, sino porque quería saborearlo un segundo más. Y sonrió, sin saber muy bien por qué.

Después, notó un pequeño vuelco en el pecho. No de enamoramiento súbito, sino tal vez por haber encontrado a alguien que podía ofrecerle justo lo que ella estaba dispuesta a dar.

No estaba buscando intensidad, ni una relación a lo montaña rusa. Ella quería alguien con quien quedarse.

Como el jersey.

Lo mismo.

En ese momento de su vida lo que pedía era calor, constancia y presencia.

Y Hugo parecía todo eso.

El tiempo lo diría…

De momento, siguieron hablando…

Las siguientes semanas continuaron las conversaciones sin prisas. Sin fuegos artificiales. No era una relación de esas en la que te

pasas el día ansiosa esperando un wasap que llega dos días después: con Hugo era todo fácil.

Siempre estaba. Siempre respondía al momento, preguntaba por su día, le mandaba un vídeo bonito, una frase, le hacía una llamadita corta y simpática y se interesaba por ella, de verdad.

Y luego compartían aficiones, el arte, el cine, el deporte al aire libre, los paseos tranquilos…

Parecían tan compatibles que Olivia empezó a imaginarlo en su vida con una facilidad que le sorprendió.

Y así siguieron pasando los días hasta que una mañana de mediados de enero levantó la vista y vio pasar a Gonzalo por delante del escaparate.

Impecable y tan seguro de sí mismo que parecía que iba perdonando la vida a medio barrio.

Qué petardo, pensó.

Y luego sintió un vértigo tremendo por todo lo que él representaba.

Menos mal que ese día llevaba el jersey y se sintió protegida.

Además, el negocio cada día iba a mejor y en su vida había un chico que le estaba haciendo plantearse volver a tener una relación seria.

—Tía, ¿sabes que creo que con Hugo podría salir bien? —le comentó esa misma noche a Sara mientras cenaban.

—¿Habéis quedado ya?

—No. Ni siquiera nos hemos puesto cara. Bueno, él tiene la foto que me hiciste en el parque, pero me encanta su ojo.

—Ja, ja, ja. Siempre que dices eso pienso en el ojo del…

—¡Calla, no seas cerda! Pero te lo digo en serio, cada día me gusta más. Es tranquilo, normal, sin *red flags* visibles, no va con prisas…

Sara dejó la cuchara de la sopa en alto y dijo alzando las cejas:

—Eso puede ser bueno o puede ser sospechoso.

—¿Sospechoso por qué?

—¿Por qué solo muestra un ojo? ¿Por qué no tiene prisas? ¿Es normal o un muermazo de tío? —inquirió Sara, dejando la pregunta en el aire.

—No muestra más porque no lo necesita. No es un frívolo de gimnasio que manda primeros planos del oblicuo sudado.

—¿Alguna vez te han mandado fotos de oblicuos sudados?

—Es un decir —farfulló Olivia, mientras se terminaba la sopa.

—A mí me han mandado pollas, pero oblicuos…

—Bueno, a lo que voy, que es un chico discreto, centrado, serio, que no presume de nada. Me encanta que no sea intensito y que no quiera correr.

—De cualquier forma, iría con tiento. No es que te quiera pinchar el globo. Es que le has conocido en Tinder —le recordó Sara.

—Tú me lo pusiste.

—Para pasar el rato… —insistió Sara—. Como quien va una tarde a la selva, pero cuidado que los peligros acechan por todas partes.

—No le encuentro nada peligroso…

A él no.

Sin embargo, había alguien al que sí consideraba que lo era. Y altamente peligroso, además.

Porque, al día siguiente, Gonzalo volvió a pasar por la tienda.

Sara estaba con ella, sentada en la escalera, ayudándole a hacer un centro que tenía que entregar en quince minutos.

—Madre mía —murmuró Sara, maravillada—, cómo está el dios de las cafeterías que te quiere comprar la floristería para que te pegues la vida padre.

Olivia levantó la vista, le vio pasar con paso decidido y volvió a lo suyo:

—Ese tío sí que es peligroso y no mi Hugo.

—¿Tu Hugo? ¿Ha pasado algo nuevo? —preguntó, tras levantarse y pegarse al escaparate.

—No. Ya te digo que vamos despacito y con buena letra.

—Ah —dijo ella sin dejar de mirar a Gonzalo—. Pues el cañonazo este está… ¡Menudo ejemplar de tío! ¿Tú has visto qué espalda tiene? ¿Y el culazo? ¿Y cómo camina? Y la mirada, Oli, la mirada. ¡De bragas por el tobillo! Y le gusta mucho el color blanco. En cuanto llegue la primavera veo a todo el barrio sacando las sillas a la fresca para verle pasar con el pantalón blanco y el salami en movimiento.

—Puaj.

—¿Puaj? Por favor… ¡Si no le falta de nada! —exclamó Sara, muerta de risa.

—No me gustan para nada los tíos como él. Y aparta de una vez del cristal que me lo vas a poner pringado de babas.

—¿No me digas que no te pone? —soltó Sara, tras volver a sentarse en la escalera.

—Es guapo —respondió Olivia, a lo suyo.

—¿Solo guapo?

—No me gustan los tiburones. Punto.

—Prefieres quedarte con tu ojo verde —bromeó Sara, tronchada.

Olivia sonrió y pensó que sí.

Le gustaba Hugo. Su forma de expresarse, su sencillez, su cercanía, su amabilidad y la promesa implícita de estabilidad.

Y así, los días siguieron pasando hasta que el último domingo de enero…

Ella tenía el jersey puesto, recibió un mensaje de él:

Hugo: Buenas tardes.

Olivia: ¡Hola!

Hugo: Estoy con los sobrinos. Y me he escapado un segundo para decirte que me encanta hablar contigo.

Olivia: Y a mí.

Hugo: Me gusta cómo va esto, Oli. Muchísimo. Y ahora me vuelvo con estos trastos.

Olivia apagó el móvil con una sonrisa tranquila y sin saber que, sin quererlo, estaba tejiendo una ilusión sobre algo que todavía no conocía.

Y sin imaginar que ese mismo jersey, el que ahora le daba calma, muy pronto iba a convertirse en el centro exacto del caos…

Capítulo 5

A primeros de febrero, Olivia cerró la floristería cinco minutos antes de las dos de la tarde.

No porque no hubiera trabajo, al contrario, sino porque llevaba toda la mañana enlazando pedidos y estaba muerta de hambre.

Apenas se había tomado un café con leche. Había abierto la nevera y lo único que tenía era medio limón estrujado. Y en la despensa agonizaba tan solo un pan de molde al que le quedaba una rebanada que conoció a Tutankamón.

Se colgó el bolso, el naranja, apagó las luces, bajó la persiana a medias y salió a la calle con el jersey de la suerte puesto y el abrigo abierto.

Esa mañana no hacía mucho frío, había salido el sol y debían hacer unos doce grados.

Se estaba bien en la calle… hasta que se lo encontró de frente.

A Gonzalo. Tal cual.

No pasó por delante, ni le vio de lejos, ni como silueta de buenorro reflejada en el escaparate.

De frente. Tan de frente que si daba dos pasos más se estampaba con él.

Gonzalo, al verla, se quedó quieto y con los ojos clavados en el jersey.

Olivia se quedó perpleja. La miraba de un modo que no era deseo ni tampoco evaluación, pero estaba tan impactado que ella preguntó incómoda:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Gonzalo parpadeó un par de veces, como si le costara creer lo que estaba viendo.

—Ese jersey —respondió despacio.

Olivia frunció el ceño.

—¿Qué le pasa?

Él dio un paso hacia adelante para verlo más de cerca todavía y soltó instantes después:

—Es mío.

Olivia soltó una carcajada de incredulidad y replicó después:

—¿Perdona?

—Es mío —repitió él, muy serio.

—Mira, no hace falta que te inventes estupideces para forzar una conversación. Mi local no está en venta. Nunca lo estará. Ni para una franquicia ni para un empresario de cafeterías que jamás pone un pie en su local. ¿Estamos?

—¿Cómo que no pongo un pie? —preguntó él, estupefacto.

—No tengo tiempo para nada, tengo que ir a comprar —contestó ella, echando a andar—. ¡Olvídate de mí y de mi tienda!

Gonzalo gritó una vez más mientras sacaba el móvil de la chaqueta:

—Es mío. ¡Te lo puedo demostrar!

Olivia se giró, bufó y masculló molesta:

—¿Demostrar qué exactamente? ¿También te gusta apropiarte de la ropa de la gente?

Gonzalo estaba buscando en el móvil algo con una calma desconcertante, no paraba de deslizar el dedo hasta que lo encontró y se lo puso delante:

—Mira.

Olivia bajó la vista y se quedó sin palabras.

Gonzalo le puso delante de sus narices varias fotos en las que llevaba puesto ese mismo jersey. En un salón con chimenea. En una terraza en la nieve. En una foto desenfocada, riéndose, con una copa en la mano. Y hasta con un mastín que le daba un lametón en la cara.

—Vale —reconoció Olivia—. Es el mismo modelo de jersey. Pero este es otro. No es el tuyo.

—Estas fotos son de hace dos años. El jersey me lo regaló mi abuela por Navidad. Ese jersey. No otro. Ese.

Olivia negó con la cabeza, tragó saliva y farfulló:

—No puede ser.

—Tiene una historia —continuó—. Y además… —amplió una imagen— ¿ves esto?

Señaló un punto oscuro en la manga y Olivia musitó sin dar crédito porque sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo:

—Sí.

—Es una quemadura de cigarro. Me la hizo un tío en un bar. Iba con un clavazo tremendo.

—¿Clavazo quién? ¿Tú?

—No me pongo hasta arriba jamás. Él sí. Era un tío que estuvo explicándome la economía mundial apoyado en una máquina tragaperras.

—¿Qué dices? —soltó Olivia, convencida de que le estaba tomando el pelo.

—Me dijo cosas como que la inflación era un invento como el gluten.

—¿Cómo? —replicó Olivia, que no pudo evitar reírse.

—Un flipado. Lo mejor es que a los tres días vi en la tele, en una tertulia de La 2, hablando despacio y muy serio, con traje y corbata, y con el faldón abajo que ponía que era catedrático de Economía.

—Venga, ¡me estás vacilando! —exclamó Olivia, agitando una mano al aire.

—Él me hizo la quemadura con su cigarro. Y cada vez que la miraba me daba rabia… y también me hacía gracia.

Olivia miró la manga de su jersey y la quemadura estaba allí, en el mismo sitio.

—Vale… —murmuró—. Vale.

Gonzalo guardó el móvil y le explicó, tras morderse el labio inferior de un modo que Olivia pensó que era terriblemente sexy y un cabronazo que no soportaba:

—Ese jersey me daba una suerte increíble —le contó él, con nostalgia—. Cada vez que me lo ponía me pasaban cosas buenas. Negocios, decisiones acertadas, encuentros… No sé. Es una tontería, pero funcionaba.

Olivia le entendía tanto que le advirtió levantando la barbilla:

—Ahora es mío.

Gonzalo la miró sorprendido.

—¿Tuyo?

—Mío. Es mío. Yo lo compré en la tienda de Manu.

—¿Manu? ¿Ese quién es? —preguntó Gonzalo, entornando la mirada.

—El de la tienda de ropa de segunda mano que está en la misma acera que mi floristería.

—Ah, sí. Ese local…

—También le has echado el ojo —supuso Olivia, levantando las cejas.

—Sí, pero no me gusta. El tuyo sí.

—Pues te vas a quedar sin local y sin jersey —aseguró Olivia, retándole con la mirada—. Estaba puesto en el escaparate de la tienda de segunda mano. Tú debiste pasar por delante y ni te fijaste. Lo siento. Ahora es mío. Y me está dando suerte…

—Claro que te está dando suerte. Es mi jersey. ¿Me vas a contar cómo es?

—Ja, ja, ja. No te lo voy a devolver. Me va bien con él. Y hasta estoy conociendo a alguien muy auténtico.

Lo último le descolocó totalmente…

—Auténtico.

—Sí —insistió ella—. Estoy en un momento muy dulce. Así que no pienso desprenderme del jersey —afirmó rotunda, llevándose la mano al pecho.

Gonzalo la observó unos segundos, como si estuviera encajando demasiadas piezas a la vez.

—No te estoy pidiendo que me lo devuelvas ya —dijo por fin—. Solo quería que supieras que ese jersey tiene una historia. Y si quieres saber por qué acabó en una tienda de Malasaña…

Olivia cruzó los brazos.

—No me interesa.

—¿Seguro?

Ella estaba a punto de decirle que sí, que estaba segura, que la dejara en paz, cuando el estómago rugió con una fuerza que se puso roja de la vergüenza.

Gonzalo medio sonrió y, como necesitaba que ella conociera la historia, le propuso:

—Te invito a unas croquetas en Rocablanca y te lo cuento.

Olivia salivó, porque había pronunciado la palabra mágica. Podía haberle invitado a comer miles de cosas, pero no: ese tío había dado en la diana.

—¿Croquetas? —repitió con los ojos muy abiertos.

Él asintió y añadió para que acabara de claudicar:

—De las grandes.

Olivia suspiró. Sabía perfectamente cómo eran las croquetas de ese bar y aceptó la invitación:

—Voy, pero solo por las croquetas.

Gonzalo sonrió con los ojos y Olivia se echó a andar a toda prisa repitiéndose que ese tío no se había salido con la suya.

Él había hecho la propuesta, pero era ella la que había decidido ir a comerse las croquetas.

Así que no. Él no se había salido con la suya. Ella era la que había ganado.

Cuando llegaron al bar, estaba lleno de gente tomando el aperitivo y comiendo.

Gonzalo se abrió paso con una facilidad pasmosa, se acomodaron junto a un hueco libre que había quedado junto a la barra, él pidió y le dijo:

—Te cuento lo del jersey…

Olivia lo estiró bien, como si fuera una armadura y le advirtió:

—Te escucho, pero no prometo creerte.

Gonzalo dio un sorbo a la cerveza que acababan de servirle y le contó:

—Tenía una relación a distancia. Estuvimos así tres años. Ella en Barcelona y yo en Madrid. Nos veíamos los fines de semana, casi siempre donde ella. Vanessa. Y allí tenía mis cosas…

—Ajá —masculló Olivia.

Mientras él hablaba, ella asentía. O eso parecía. Porque en realidad estaba pensando en las croquetas que no se comen, se afrontan.

—Un día encontró un mensaje en mi móvil en el que le decía a una ex, a Raquel, que siempre la llevaría en mi corazón…

Olivia alzó una ceja imaginando la croqueta abriéndose por dentro, cremosa y perfecta. Quemando lo justo.

—Un poco raro, ¿no? —soltó ella, que no le creía para nada.

—¿Por?

—Una mañana te levantas y te da por escribirle a tu ex…

—Pero cuando escribí aquello no significaba que quisiera que…

—No cuela mucho —le interrumpió Olivia.

—Raquel fue la que me escribió por un asunto de trabajo, hablamos un poco y me despedí con esa frase —se defendió—. Fue una relación bonita y quedamos como amigos. No borro a la gente de mi vida como si no hubiera existido.

—Ya —dijo Olivia, sin convicción.

—Vanessa supuso que me seguía viendo con ella… Y no. No me creyó. Montó un escándalo. Me echó de su casa y me dijo que no volviera por ahí. Ni siquiera a por mis cosas.

Olivia pensó que la tal Vanessa debía tener razones más que poderosas para no creerle. Entre ellas, el historial de golfo de Gonzalo que debía ser para caerse de espaldas o que posiblemente le había pillado en más ocasiones.

—Y no volviste más… —dedujo Olivia, mirando por el rabillo del ojo a ver si llegaban las croquetas.

—No.

Olivia dio un sorbo a su cerveza…

—¿Y no te envió tus cosas?

—Me quedé sin novia y sin mis pertenencias, incluido el jersey que me regaló mi abuela Carmen, a la que adoro.

Olivia lo miró fijamente y pensó que, a pesar del vano intento de quedar como un santo con la alusión a la abuela, la historia era clara: Gonzalo era el clásico cerdo mentiroso al que la novia había hecho muy bien en mandar a paseo.

La gente así no cambia, se vuelve peor.

—Quien la hace, la paga —farfulló Olivia, encogiéndose de hombros.

—No hice nada.

Gonzalo no pudo decir más. El camarero les puso el plato de croquetas, Olivia se lanzó a por una, la mordió y dijo tras poner los ojos en blanco:

—Sí que hiciste: llevar a tu ex en el corazón.

—De modo fraternal. Como llevo a mis amigos o ¡a mi familia! —aclaró probando otra croqueta—. ¡Joder! ¡Cómo queman! ¿De qué tienes la boca? ¿De amianto?

Olivia ya iba por la segunda croqueta, quemaba, sí, pero le daba lo mismo. Bebió un poco de cerveza y dijo:

—Me encantan. ¡Están buenísimas! Y en cuanto a tu ex… cuando alguien reacciona así, será por algo. A lo mejor ese mensaje era la punta del iceberg.

—No —dijo él, molesto.

—Qué vas a decir tú —habló Olivia, con la boca llena.

—Te digo yo que no le engañé con nadie. Soy un tío fiel, joder —insistió él enojado y soltando la croqueta que quemaba un montón.

—Me fio de los hechos —afirmó Olivia, soplando un poco la tercera croqueta—. No de las palabras. Y los hechos son que esa chica no te creyó… por algo sería.

—Eso me sigo preguntando yo. ¿Por qué sería? El caso fue que debió vender mis cosas y mi jersey favorito acabó en una tienda de Malasaña. Fue muy duro. Me dejó de un día para otro, sin que yo hubiera hecho nada… Claro que no tienes por qué creerme —zanjó él—. Pero la verdad es que jamás engañé a Vanessa.

Olivia se echó el flequillo a un lado y fue absolutamente sincera con él:

—Lo único que puedo decirte es que no me gusta la gente que actúa así.

—¿Así cómo? —preguntó mosqueado.

—Que va dejando mensajitos que suenan más que nada a puertas abiertas.

—Era un mensaje amistoso —insistió él.

—Eso es lo que tú dices, pero también suena al típico que no corta nunca las relaciones, que siempre tiene un mensaje pendiente.

Gonzalo estaba harto de justificarse y se limitó a coger una croqueta y decir, ante la voracidad de esa chica que parecía que llevaba dos semanas sin comer:

—Voy a coger una, porque al paso que vas, te las zampas tú todas.

Olivia supuso que Gonzalo no había replicado nada a lo del mensaje pendiente, porque él era de esa clase de tíos que no dejaba cerrada una puerta ni con la primera novia de la guardería.

—Coge, coge… Yo es que no soporto las mentiras.

—¿Y yo sí? —replicó él, bufando.

—Tú verás. Yo lo que sé es que estoy conociendo a alguien que es honesto y de fiar. Eso vale oro hoy en día.

Gonzalo esbozó media sonrisa y masculló sin ganas de nada:

—Qué bien.

—Quedan dos croquetas. ¿Una para ti y otra para mí? —propuso ella, enarcando una ceja.

—Paso. Son todas tuyas —farfulló Gonzalo, agotado.

Pagó, salieron y, ya en la puerta, Olivia se giró y le advirtió con una sonrisa que a él le pareció preciosa:

—El jersey se queda conmigo.

—Lo sé. Te queda mejor a ti.

Olivia volvió a sonreír, convencida de que había elegido bien y sin ni siquiera intuir que acababa de equivocarse en casi todo…

Capítulo 6

Dos días después, Olivia estaba con una sensación rara en el pecho que no era ansiedad, ni miedo, ni vértigo.

Era algo parecido a una ilusión tranquila, de esas que no te aceleran el pulso, pero te colocan la espalda recta y te hacen caminar un poco más erguida, con confianza y seguridad.

Olivia sentía que iba pisando terreno firme tanto en el trabajo, que cada día iba mejor, como con Hugo.

Con él tenía contacto a diario. No se escribían mensajes de dos folios, ni se decían frases preciosísimas como para guardarlas en los favoritos del móvil, pero conversaban con una constancia que solo presagiaba cosas bonitas.

El «buenos días» sin falta. Un sincero «¿cómo ha ido la mañana?». Una llamada corta mientras él volvía de trabajar o ella cerraba la floristería.

Todo era fácil y natural, nada que ver con esas historias que Sara le había contado con tíos de Tinder que eran evasivos, intensitos o, lo peor de todo, invasivos.

Con Hugo todo iba como debía.

Y una tarde, mientras Olivia hacía un ramo de tulipanes blancos y eucalipto, le llegó el mensaje que llevaba días rondando entre líneas:

Hugo: Oye, ¿te parece si nos ponemos cara?

Olivia sonrió sola y ni dudó ni pensó en excusas. Era el momento exacto. Ni antes ni después. Segundos más tarde escribió:

Olivia: Sí. Me apetece.

Hugo: A mí también. Sin prisas. Cuando te apetezca.

Ella apoyó el móvil en el mostrador y pensó que esa frase era exactamente lo que llevaba semanas sintiendo.

Y escribió después con una sonrisita que no se le quitaba de los labios.

Olivia: Este sábado tenemos el cumpleaños de una amiga. ¿Qué te parece el siguiente?

Él respondió al momento:

Hugo: Es 14.

Olivia: ¿Y?

Hugo: Es San Valentín.

Olivia abrió los ojos como platos porque se le había ido la pinza completamente. Y eso que tenía muchísimos pedidos para ese día…

Olivia: ¡Es verdad! Si te parece un día cursi…

Hubo una pausa más larga de lo habitual y después él escribió:

Hugo: Me parece un día precioso. Y lo nuestro… lo es.

Olivia leyó unas cuantas veces el mensaje y respondió con las rodillas un poco aflojadas tras leer «lo nuestro»:

Olivia: Mucho.

Hugo: ¿Entonces quedamos el sábado 14?

Olivia: ¿Cenamos?

Hugo: Me parece perfecto. Cena en San Valentín.

Y ahí fue cuando Olivia notó que algo se acomodaba dentro de ella: lo que tenían no podía ir mejor.

Pasaron los días y el doce de febrero, jueves, a las doce de la mañana le pidió a Sara que atendiera la tienda, que ella tenía algo importante que hacer.

—Pon velas también por mí —le pidió Sara, que sabía perfectamente adónde iba.

—Sí. Siempre lo hago. —Luego, le recordó señalando unos claveles—: Tienen que venir a por esos ramos y hay que preparar otros tres de rosas.

—Vete tranquila.

—Hay mucho lío, pero es que tengo que ir. Quiero que salga bien.

—Y yo también quiero que los del restaurante de Argüelles por fin me compren unas acuarelas. ¿Llevas suficientes monedas? Yo necesito un arsenal de velas. Necesito pasta como sea.

—Llevo, llevo —dijo Olivia, tras tocarse los bolsillos del pantalón—. Y recuerda siempre que eres una acuarelista increíble.

—Y tú una tía increíble. Hugo tiene mucha suerte.

—Es un encanto de chico y no imaginas las ganas que tengo de poder hablar con él mirándole a los ojos. Ya no queda nada. Ay, ¡qué nervios! Bueno, me voy que me cierran la iglesia…

Olivia se puso el abrigo, cogió un paraguas porque llovía muchísimo y se fue caminando a la iglesia de la Buena Dicha.

Era la favorita de su tía Priscila y la suya también. Iba siempre que necesitaba silencio, calma, fuerza y esperanza.

Entró, se arrodilló en un banco de madera desgastado y pidió sintiendo que estaba siendo escuchada.

Después, se levantó y encendió velas por Sara, por sus seres queridos y luego por ella.

Encendió una última vela y pidió a la Virgen tranquilidad, que todo saliera bien y que Hugo no fuera otra equivocación.

Se quedó mirando cómo la llama titilaba y entonces la puerta se abrió.

Olivia levantó la vista y se quedó helada.

Gonzalo entró en la iglesia con el abrigo empapado y el agua chorreándole por la frente.

Se detuvo en seco al verla, como si fuera la última persona que esperaba encontrarse.

Durante unos segundos se miraron sin decir nada, desconcertados y con la misma sonrisa dibujándose en los labios.

Gonzalo se acercó hasta ella y dijeron los dos a la vez:

—¿Tú…?

Gonzalo resopló, puso unas velas y Olivia se giró para irse.

—¿Me esperas? —pidió él—. Es que no he traído paraguas y llueve muchísimo.

—Voy para la tienda. Llevo mucha prisa.

—Yo también voy para allá. Solo será un momento.

Olivia asintió y lo esperó en la calle, alucinada todavía con habérselo encontrado.

Un par de minutos después, Gonzalo salió tan sorprendido como ella:

—¿Qué haces aquí? —preguntó Olivia, al fin.

—He venido a poner unas velas —respondió él—. Tengo unos asuntos que cerrar en Barcelona, pasaba por aquí y he entrado a pedir que todo vaya bien. ¿Y tú?

Olivia supuso cuáles eran esos asuntos. La ex. Las historias que tendría por cerrar. Líos que no conocía…

—Yo también he venido a pedir —contó ella—. Para el sábado.

Gonzalo la miró con atención y preguntó:

—¿Qué pasa el sábado?

—Es San Valentín. Voy a quedar con el chico del que te hablé —añadió con una sonrisa enorme—. Por fin vamos a conocernos.

—Ah. El tío auténtico —dijo con retintín—. ¿Todavía no le conoces en persona?

—No, aún no.

—¿Y ya está avanzada la cosa? ¿Estáis juntos? —quiso saber Gonzalo, con sumo interés.

—No. Estamos conociéndonos. Y a los dos nos hace gracia que nuestra primera cita sea en San Valentín.

Y tras decir esto, Olivia se fijó en que algo en la expresión de Gonzalo se tensó.

—Ten cuidado. En Tinder nada es lo que parece.

—Sara ya me lo ha advertido, pero he tenido mucha suerte. Hugo es maravilloso. Es familiar, tranquilo, centrado… nada que ver con los tiburones con los que me suelo cruzar.

Gonzalo esbozó una sonrisa ladeada porque no pensaba darse por aludido:

—Aun así, queda en un sitio público. Con gente. Y que Sara esté cerca, por si acaso.

—Sara ese día tiene que ir al estreno de una exposición: «Anticupido», se llama, que organiza una amiga suya.

—¿Sabes dónde vive ese tío? —preguntó Gonzalo, retirándose las gotas de lluvia con el dorso de la mano.

—Es de Madrid —respondió Olivia, que pensó que ese tío era sexy hasta apartándose las gotas de lluvia de la cara.

—De Madrid, ¿de dónde? —insistió él.

—¿Qué más da?

—¿Tampoco sabes dónde trabaja o prefieres la sorpresa? —bromeó él.

—Trabaja en el campo de la ingeniería de caminos. No necesito saber más.

—Genial —ironizó él—. Solo tienes un número de teléfono que a saber de quién es. Si te lía alguna, no tienes dónde buscarlo.

Olivia se estaba poniendo tan nerviosa que aprovechó que estaba dejando de llover fuerte y se echó a andar en dirección a la tienda.

—¡Espera! —gritó Gonzalo que salió tras ella.

—¡Tengo mucho trabajo!

Gonzalo la alcanzó y se metió debajo del paraguas:

—¿Te importa?

—Voy con muchas prisas y cero ganas de escuchar tus advertencias de padre.

—¿De padre? No sabes realmente quién es ese tío.

Olivia se puso a caminar más deprisa, con él al lado rozándole el brazo:

—Llevo semanas hablando con él —explicó Olivia—. Y es majísimo. Los detalles de dónde vive, dónde trabaja… los conoceré el sábado.

—¿Detalles? —replicó él, atónito.

—Detalles —repitió Olivia.

—Ya. ¿Y dónde vais a quedar?

—Aún no lo hemos hablado. Supongo que lo haremos hoy.

Gonzalo la miró unos instantes, muy serio, clavándole la mirada y Olivia se puso un tanto nerviosa.

Tenía una mirada profunda y muy intensa y luego era tremendamente guapo. Y encima el pelo mojado le daba un aspecto de cañonazo total, pero ella jamás caería con un tío como él. Ni loca, pensó.

Acto seguido, le escuchó decir, para su más absoluta sorpresa:

—Venid a mi café.

—¿Cómo? —farfulló ella, que apretó más el paso y al hacerlo se rozó más todavía con el cuerpo de él.

—Al Larra. En Plaza de España. Tenemos un menú especial de San Valentín. Yo invito.

—¿Invitas tú? —repitió Olivia, incrédula.

—Cena con aperitivo, entrantes, principales, postre y champán. Lo tengo todo reservado, pero os pondré una mesa especial. Con velitas. En un rincón tranquilo y con encanto.

—Ese menú tiene que ser caro —supuso Olivia.

—Sesenta y cinco euros por persona.

—Si piensas que así voy a cambiar de opinión respecto a mi local… —le advirtió Olivia, que bajó un poco el brazo sin querer y le dio a

Gonzalo en la cabeza con el paraguas.

—Dame, que llevo yo el paraguas —le pidió poniendo la mano sobre la de Olivia.

Olivia al sentir la mano fuerte y ancha sobre la suya se estremeció de una forma que encontró ridícula y repuso:

—No. Gracias. Lo llevo yo.

Gonzalo retiró la mano, pero no pensaba dejar el tema de la cita con ese tío:

—Pienso que es mejor que quedes con un tío de Tinder en un sitio público y además yo voy a estar ahí.

—¿Tú? —replicó Olivia, alucinada—. ¿Pisas alguna vez tus cafeterías?

—No soy de esa clase de jefe. Yo pongo cafés, limpio barras y observo a la gente.

—¿De verdad? —inquirió ella, convencida de que le estaba tomando el pelo.

Sin embargo, Gonzalo se puso muy serio y le contó:

—Empecé a lavar platos en ese café, que era de mi abuelo, cuando tenía dieciséis años. Me saqué la carrera sirviendo mesas y aún sigo arrimando el hombro cuando hace falta. Lo aprendí de mi abuelo, no hago más que seguir su ejemplo. ¿Entonces, venís a cenar?

Olivia lo pensó exactamente medio segundo.

—Vale. Aunque solo sea por verte limpiar la barra.

Gonzalo sonrió.

—Y no dudes de que, si algo sale mal, yo mismo sacaré a ese tío de las solapas.

Olivia se rio.

—Qué exagerado. Voy a quedar con un cielo de chico.

—Soy precavido.

Gonzalo la miró un segundo más de la cuenta a la boca y luego a los ojos.

—Sé cuidarme sola —soltó ella, borde.

—Y los ojos te brillan de un modo especial —masculló Gonzalo, casi sin querer.

—Estoy ilusionada. Llevo un año sin salir con nadie. Y Hugo me ha devuelto las ganas. Siento que con él todo puede llegar a encajar.

—Yo tampoco he estado con nadie desde lo de Vanessa —admitió él.

Olivia lo miró sorprendida porque le parecía rarísimo:

—¿Estás seguro?

—Bueno —rectificó—. Algún rollo sin importancia.

—Ya decía yo —repuso ella, sin creerle del todo.

—Bueno, entonces os espero el sábado.

—Sí. Y llevaré el jersey.

—Haces bien. Te protegerá.

—No necesito que me proteja de nada —dijo ella—. Lo llevaré porque me hace sentir bien. Y con Hugo tengo la intuición de que estoy a punto de empezar algo grande.

A Gonzalo no le hizo ninguna gracia escuchar aquello, pero lo disimuló bien y siguieron caminando hasta la tienda.

No volvieron a sacar el tema de la cita y se despidieron al llegar a la floristería con un escueto:

—Nos vemos.

Luego, Olivia entró en la tienda y Sara, que se había quedado patidifusa en cuanto los había visto aparecer bajo el mismo paraguas, preguntó:

—¿Qué hacías con el guapo del barrio?

—Me lo he encontrado en la iglesia.

—¿Queeeeeeeeeeeeeeeeé?

—Sí, tía. Ha aparecido a poner velas también. Llovía muchísimo y me ha pedido que le esperara. No traía paraguas.

—¿Has venido desde la iglesia caminando con él bajo un paraguas? ¿Pegaditos? ¿Te has enganchado de su brazo?

—¡Qué dices! Íbamos juntos, pero apenas rozándonos. Bueno, ha habido un momento en que me ha cogido la mano.

—Oliiiiiiiiiiii… —gritó, llevándose las manos a la cara.

—Quería llevar el paraguas él y le he dicho que no. Pero lo mejor de todo no ha sido eso.

—¿Mejor todavía que te coja la mano un tío que está de toma pan y moja? ¡Y moja mucho! ¡Yo no pararía de mojar!

—Esto es mejor —replicó Olivia, entusiasmada—. Nos ha invitado a que Hugo y yo cenemos en su café el sábado.

—Noooooooooooo. ¿El dios de las cafeterías os ha invitado a vuestra primera cita?

—Un menú de sesenta y cinco euros por persona.

—Oye, ¡qué mono! —exclamó Sara, emocionada.

—Mono, no. Listo. Muy listo. Y se lo he dicho a la cara. Sé muy bien que me está intentando camelar para que baje la guardia y acabe vendiéndole el local. Él lo niega. Él dice que me invita porque lo más sensato es quedar con un tío de Tinder en un sitio público y que, como tú no estás, estará él, por si le tiene que sacar de las solapas.

—Es un buen consejo. ¿Y si le importas? —inquirió Sara—. No todo el mundo es un villano, Oli.

—No me fío. Pero ¿cómo decir que no a un menú gratis con velitas?

Sara la miró con una sonrisita y se frotó las manos:

—Esto se está poniendo interesante.

Olivia pensó que sí, que aquello estaba poniéndose interesantísimo.

Y esa noche, ya metida en la cama, se durmió convencida de que el amor estaba a punto de volver a su vida… y sin imaginar que San Valentín no iba a poner a prueba solo a uno…

Capítulo 7

En cuanto Olivia cerró la tienda, después de un día en que no había parado de vender ramos de flores, subió a toda prisa a casa y se preparó para la cita.

Sara ya se había ido a la exposición «Anticupido» y estaba sola.

Se duchó en cinco minutos, mientras pensaba en que esa noche se abría una puerta. Iba a pasar algo bonito y a cenar con un chico estupendo sin esa sensación de que la vida iba a darle una colleja más pronto que tarde.

La floristería iba bien, con Hugo también.

Estaba tranquila, se repitió unas cuantas veces, aunque no lo estuviera para nada.

Se secó el pelo y se maquilló como le gustaba: la piel luminosa, un toque en los ojos y los labios de un rosa muy natural.

Se recogió el pelo en un moño bajo, con la raya en medio y estrenó unos aros preciosos. Ni muy grandes ni muy pequeños. Los aros perfectos para esa noche.

Se puso su mejor ropa interior, aunque sabía que con Hugo no iba a quitársela: ellos no eran unos locos. Y, después, unos pantalones negros que le hacían unas piernas espectaculares, una camiseta blanca y el jersey encima.

Se miró al espejo y respiró hondo. Se gustó.

A ver, ¿era mejorable? Obviamente, sí. Podía haberse puesto extensiones y hacerse un *contour* que le cambiara la estructura ósea, pero ya no sería ella.

Y ella quería ir a la cita siendo Olivia.

Y Olivia era la que la miraba desde el espejo, con el jersey blanco, con cenefas azules. Se colocó bien el cuello vuelto y no pudo evitar acordarse un instante de Gonzalo.

Era su jersey.

Y le daba una calma tremenda, aparte de que era como su escudo. Era mucho más que un abrigo.

Pero el jersey no tenía nada que ver con él, se repitió.

Luego se puso su perfume favorito. El que solo usaba cuando quería sentirse más ella que nunca. Una mezcla carísima y dulce que

le recordaba a las azucenas que tanto le gustaban y a esos días que salen bien.

Se puso el abrigo, se colgó el bolso, se echó un último vistazo en el espejo y se dijo:

—Venga. Por ti. Por Hugo. Por lo que sea esto.

Y bajó las escaleras con el corazón dando brincos.

En la calle hacía un frío que le recordó quién mandaba. Se subió las solapas del abrigo, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió caminando a buen paso hacia el metro, con una sonrisita en los labios.

No por Hugo, exactamente.

Más bien por la idea de que, después de un año de repetirse que estaba bien sola, que le daba pereza todo y de que mejor no lo iba a intentar, de pronto le apetecía.

Un plan. Un chico. Una cita. Un «has llegado» en el móvil.

Además, era San Valentín, que sí, que era una fecha para los enamorados y ellos no lo eran, pero le daba un punto añadido de emoción a la cita.

Y a las nueve en punto, llegó al Café Larra.

Era una maravilla.

Desde fuera se veía una decoración especial con velitas en las mesas, flores, corazones, iluminación cálida…

Varias parejas entraron, riéndose, nerviosas y agarradas de la mano.

Era todo muy romántico. Algunos dirían que aquello era todo de un capitalismo romántico detestable, pero a ella le gustaba lo que estaba viendo.

¡Y tenía una cita con alguien que ya la estaría esperando dentro!

Olivia tomó aire, entró en el café en el que sonaba una musiquita suave y agradable y lo primero que vio fue a Gonzalo detrás de la barra.

Impecable, vestido de negro, con la camisa de mangas subidas al codo y con su carisma y magnetismo de siempre.

No hacía falta que llevara una chapa en el pecho, tenía tanta autoridad que desde la otra punta de la ciudad se percibía que era el jefe.

Él se percató de su presencia al instante y se quedó mirándola fijamente, no de un modo descarado ni agobiante, pero sí con mucha atención.

Se acercó a ella y le dijo con media sonrisa:

—Buenas noches.

—¡Hola! —saludó Olivia, intentando que no se le notara la emoción.

—Vaya —masculló Gonzalo, señalando el jersey con un gesto de la barbilla—, has venido armada.

—Abrigada. ¿Ya ha llegado él? —preguntó Olivia, sin rodeos.

Después, miró alrededor, pero allí solo había parejas y velitas. Los únicos que estaban sin pareja eran una chica que sostenía una rosa en la mano y los camareros.

—Esa es vuestra mesa —respondió Gonzalo mostrándole el rincón que le había prometido y que estaba vacío.

—¿Ha llegado alguien llamado Hugo y está en el cuarto de baño?

—No.

—Hemos quedado a las nueve —musitó Olivia, mirando el reloj.

—Son las nueve y tres —informó Gonzalo, como si estuviera dando el parte meteorológico.

Olivia sacó el móvil del bolso para ver si tenía algún mensaje.

Pero no había nada. Ni un «ya voy». Ni un «llego tarde». Ni un «he tenido un imprevisto».

Con todo, escribió:

Olivia: Estoy aquí ya.

Y esperó.

Pero nada. Así que volvió a escribir:

Olivia: ¿Todo bien?

Y entonces se fijó en que la última vez que había conectado había sido hacía tres horas.

Genial, pensó, y además notó cómo se le secaba la garganta.

—¿Quieres tomar algo mientras esperas? —preguntó Gonzalo, que seguía a su lado.

Olivia tragó saliva.

—Agua —dijo—. Dame agua, por favor.

Gonzalo levantó una ceja y dijo para destensar:

—Si pides champán, no te lo voy a cobrar.

—Estoy nerviosa —confesó Olivia, con un gesto de preocupación.

Gonzalo no hizo más bromas. Le pidió que se fuera a la barra con él, le indicó que se sentara en un taburete con respaldo, le puso una botellita de agua, un vaso y mientras le servía le dijo:

—Tranquila. Debe estar aparcando. Llegar al centro un día como este siempre es complicado.

Olivia bebió agua sin saber si Hugo tenía coche o iba a ir caminando. No tenía ni idea.

No habían hablado nunca de eso.

Pero tampoco era importante. ¿Qué más daba si era motero o si tenía un coche último modelo? A lo mejor ni tenía carnet de conducir.

Lo que sabía era que Hugo era un chico increíble y que no tenía motivos para preocuparse. De hecho, se sintió ridícula por estar nerviosa. Llevaba desde Navidad hablando con él. Era imposible que nada saliera mal.

Volvió a mirar el móvil y…

—¿Qué? ¿Viene ya para acá?

—No responde. Solo te pido que no me recuerdes que la gente de Tinder hace *ghosting* —le pidió Olivia, forzando la sonrisa.

Gonzalo se apoyó un poco en la barra, con esa calma suya irritante:

—La gente de Tinder hace de todo.

—Hugo no.

—¿Cómo lo sabes?

Olivia frunció el ceño y tuvo que explicarle lo que para ella era obvio:

—Porque se nota. Yo lo noto. Y él no es de esa clase de tíos. Es amable, respetuoso, empático…

Y sobre todo ella necesitaba que él fuera así de verdad, pero no lo dijo en voz alta.

Gonzalo no insistió con el tema. Solo la miró con una expresión que era una mezcla entre «ojalá tengas razón» y «prepárate».

Luego, se fue a atender a los clientes y así pasaron diez minutos.

Quince.

Veinte.

Veinticinco.

Olivia ya estaba convencida de que le iba a dar un infarto y luego se iba a morir de la vergüenza.

Y entonces, la puerta se abrió.

Entró un chico de unos treinta años, con un flequillo larguísimo que le tapaba casi los ojos, pelo abundante, barbudo, cara de haber venido corriendo y vestido de chándal.

Chándal de un equipo de fútbol de barrio, zapatillas y esa energía de persona que ha llegado tarde a algo a lo que tampoco tenía muchas ganas de ir.

Olivia lo miró sin entender.

El chico se paró, era un poco más bajo que ella, con un poco de barriguita, recorrió el local con la mirada y, al verla, se acercó.

—¿Olivia? —preguntó sin duda alguna.

Se quedó quieta con el vaso de agua en la mano, pidiendo al cielo que ese chico fuera un enviado de Hugo.

Le tenía que haber pasado algo.

Sí, pensó. Solo podía ser eso.

—Sí —dijo, dudando—. ¿Eres…?

El chico sonrió, nervioso.

—Hugo.

Olivia tardó un segundo en reaccionar. Un segundo exacto. Luego soltó una risita breve, como si ese chico le estuviera vacilando:

—No.

Olivia pensó que Hugo no podía ser ese chico de mirada caída y barba sin arreglar, la nariz ancha y la boca en forma de U invertida.

Sin embargo, él hizo un gesto de «sí, soy yo, qué pasa», y Olivia se quedó pasmada:

—Sí. Soy Hugo. Encantado.

Le agarró por los hombros, le plantó dos besos en las mejillas y Olivia, tras percatarse de que olía a metro y colonia de bebé y que tenía los labios más fríos que había sentido sobre su piel, lo primero que le salió fue:

—Pero… tus ojos…

Hugo frunció el ceño y sonrió divertido…

—¿Mis ojos?

Olivia se acercó un poco a él, a ver si al acercarse se hacía de pronto la magia de volverse verdes.

Y no, seguían siendo castaños.

—¿Dónde está tu ojo verde? Me dijiste que el ojo de tu foto de perfil era tuyo —habló Olivia, muy seria.

El chico soltó una carcajada como si aquello fuera una anécdota simpática:

—Te dije que la foto era mía. El ojo es de mi primo.

Olivia sintió de pronto que algo dentro de ella hacía clac. Como cuando te das cuenta de que el ascensor no sube y tú ya estás dentro.

—¿De tu primo? —repitió ella, con un agobio tremendo.

—Sí, de mi primo Jorge. Tiene un ojo muy fotogénico —dijo Hugo, orgulloso de su decisión creativa.

Ella se quedó mirándolo y, en ese momento, desde la barra, Gonzalo tosió un par de veces.

Giró la cabeza un segundo y lo vio ahí, inmóvil, observándolo todo, sin troncharse de risa, pero con una cara de: «te dije que podía pasar».

Hugo volvió a sonreír y Olivia le encontró parecido a una rana que tenía su prima Pandora. Después, él le dijo tras guiñarle un ojo sin ninguna gracia:

—Bueno, tú estás guapísima. Mucho más que en la foto.

Olivia no supo si darle las gracias o si ponerse a llorar. Respiró hondo y le preguntó porque la otra opción era salir corriendo:

—¿Nos sentamos?

—Sí, sí. Claro.

Fueron hacia la mesa, se sentaron y al momento Gonzalo les puso los aperitivos: florecitas de cecina, *carpaccio* de calabacín, tartar de salmón…

Y así hasta catorce platitos distintos. Monísimos todos. Daban gusto verlos. Pero Olivia pensó que qué pretendía: ¿invadirles la mesa?

Hugo miró alrededor y dijo encantado de la vida:

—¡Qué sitio más chulo! ¿Y has visto lo que vale el menú? ¡Sesenta y cinco pavos! ¡Menos mal que nos invitan! Yo ni de coña pago eso por tanto platito de cosas que no tengo ni puta idea de lo que son. ¿Tú vienes mucho por aquí?

Olivia dio un sorbo de agua porque no entendía nada. ¿De verdad que ese tío que tenía enfrente era su Hugo?

—No. Es la primera vez.

—Ah —masculló él, como si le diera igual—. Yo es que soy muy normal. Ya sabes, sin estridencias.

—¿Y siempre sales… en chándal?

Hugo se rio.

—Es que me ha salido un partido.

Olivia probó la florecita y preguntó patidifusa:

—¿Un partido?

—Sí. Con unos colegas del trabajo. Y ahora querían ir a tomar unas tapas, cambiarnos y dejarnos caer en Fitz.

Ella notó un pinchazo raro en la costilla.

—¿A Fitz? ¿La discoteca?

—Sí —respondió, orgulloso—. Está muy guay.

Olivia, tras beber un poco de vino, dejó la copa en la mesa con cuidado y replicó:

—Pero tú me dijiste que no te gustaban las discotecas.

—No me gustan —se defendió mientras engullía entrantes—. Pero bueno, algún sábado voy.

—¿Algún sábado?

—Sí… —Hugo se encogió de hombros—. El sábado pasado. Y el anterior. Y el anterior. Pero vamos, que yo soy muy tranquilo.

Se quedó mirándolo en silencio. No quería ponerse borde. No quería ser injusta, pero las piezas no encajaban.

No encajaba absolutamente nada.

Y desde la barra, Gonzalo parecía estar haciendo esfuerzos ímprobos para no troncharse de risa.

—Bueno —dijo Olivia al fin—, o sea que te has venido del partido para acá.

—Pero me he puesto desodorante y colonia Nenuco. Se la birlo a mis sobrinos, es que vivo en casa de mi hermana… en el garaje. Es

práctico.

Hugo se partió de risa, como si aquello fuera de lo más divertido.

Olivia sintió que la bilis le trepaba por la garganta, pensó en su perfume, en su moño bajo, en sus pendientes bonitos, en su jersey y en lo que ella había construido durante semanas con un ojo que no era suyo.

Y decidió que iba a salvarlo como fuera, aunque algo dentro de ella ya sabía que aquello no tenía arreglo.

Se tocó el cuello del jersey, sin darse cuenta, y solo sintió un agobio tremendo…

Capítulo 8

En su afán absurdo de enmendar aquello, Olivia preguntó, intentando mantener el tono:

—¿Qué tal la semana?

—Bien, bien. Currando.

—¿Y el trabajo? —dijo ella mientras probaba otro aperitivo—. Me contaste que lo tuyo es la ingeniería de caminos.

Hugo asintió.

—Sí, curro en ese ámbito.

Ella inclinó un poco la cabeza y preguntó para enterarse de una vez:

—¿Qué haces exactamente?

Hugo se metió en la boca algo que no tenía ni idea de lo que era, tragó sin apenas masticar y respondió:

—Estoy… sentado.

Olivia frunció el ceño y replicó risueña:

—¿Sentado?

—Sí, porque mi trabajo es… de estar ahí.

Se quedó callada esperando que desarrollara dónde tenía que estar, pero él se limitó a seguir zampando.

—¿Pero haces planos? ¿Obras? ¿Proyectos? —quiso saber Olivia.

Hugo negó con la cabeza, chasqueó la lengua y respondió:

—No. Qué va. Yo no soy ingeniero.

Se quedó helada y preguntó, a punto de atragantarse con una croqueta que Gonzalo había tenido el detallazo de añadir al menú:

—Entonces, ¿dónde trabajas?

—Trabajo en la Escuela de Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos —aclaró Hugo.

Ella respiró hondo porque al fin lo entendió todo:

—Ah. No ejerces de ingeniero. Eres profesor.

Hugo soltó una carcajada que por poco no le tira de la silla:

—¡Soy bedel!

Olivia se quedó en silencio tres segundos. No podía creerlo.

—¿Bedel? —repitió.

—Sí. Es un curro estable. Y para toda la vida. La plaza es mía. Y mi trabajo es estar ahí, sentado, controlando cosas, abriendo aulas, cerrándolas… —Hugo sonrió feliz—. Está bien.

Ella notó que se le tensaba la mandíbula y no porque le importara que fuera bedel, es que sentía que le había estado vendiendo un cuento durante todas esas semanas que llevaban conociéndose.

—¿Pero estudiaste una carrera de letras sin muchas salidas y apostaste por opositar para tener algo seguro? —quiso saber para encontrarle algún sentido a ese despropósito.

—No tengo más estudios que la ESO. Mi universidad es la calle.

—Ya. ¿Y te gusta leer, como me dijiste?

Hugo se removió incómodo, bebió un poco de agua y respondió:

—Sí, claro. Leo.

—¿Qué lees? —inquirió Olivia, apuntándole con la copa.

—La prensa.

—¿La prensa…? —replicó Olivia, mosqueada.

—La deportiva. El resto da asco.

Olivia soltó una risita nerviosa de pura incredulidad.

—Y cuando viajas… ¿adónde vas?

—Pues lo que te dije. Un avión y a apalancarme a casa de cualquier amigo que esté currando por ahí.

—¿Y te gusta ir a exposiciones y museos? Me dijiste que te encantaba el arte.

—Mucho —contestó él, y Olivia tuvo la sensación de que había dicho mucho como podía haber pronunciado la palabra «trucho».

—¿Te acuerdas que me dijiste que estuviste en la expo «Chez Matisse»? —le recordó—. Me comentaste que te gustó…

Hugo frunció el ceño, la miró como si estuviera hablando en una lengua extraña y contestó:

—¿Qué exposición?

Olivia se quedó quieta y ahí lo tuvo: el momento exacto en el que se le cayó la venda que ni sabía que llevaba.

—Hugo… —dijo Olivia, bajando la voz—. Hay muchas cosas que no me cuadran.

Hugo levantó la barbilla, ofendido en lo más profundo.

—¿Cómo que no te cuadran?

—Que tu ojo no es tuyo. Que no eres ingeniero. Que no sabes de arte. Que no lees. Que dices que no te gustan las discotecas y vas tres sábados seguidos. Que…

—Tía, ¡qué pesada! —exclamó él, de repente.

Se quedó muerta y lo miró levantando una ceja:

—¿Perdona?

—¿Cuántos años tienes realmente? ¿Cincuenta? Porque pareces mi madre. Solo porque el ojo sea de mi primo no significa que yo sea mala persona.

Olivia estrujó la servilleta con ganas y le aclaró:

—Yo tendré cincuenta, pero tú… ¿cuántos? ¿Tres y medio? Porque no es solo el ojo.

Hugo acabó con las florecillas de cecina y esbozó una sonrisita de lo más cínica:

—No tengo culpa de que te hayas montado una película.

—¿Yo? —gruñó Olivia, sin disimular su enojo.

Hugo se inclinó hacia adelante, con aire de filósofo cutre:

—Las mentiras no son mentiras si tú las quieres creer.

Se quedó petrificada. Luego, sonrió lentamente de incredulidad y de rabia. Y solo pudo pensar que cómo podía haber acabado con semejante impresentable.

—Eso es lo más triste que he oído en mi vida.

Hugo se recostó en la silla…

—Vas de tía profunda, pero eres una superficial de pelotas. ¿Te ha molestado que solo sea bedel? ¿Te parece poco para ti que te dedicas a hacer ramitos de flores? ¿Pero quién te crees que eres?

Olivia abrió la boca, pero no dijo nada. Es que no tenía por dónde empezar. Además, justo en ese instante, apareció Gonzalo para llevarse platos.

Y ya, solos otra vez, Hugo siguió subiendo el tono:

—Encima que he acudido a la cita, que he venido de un partido, que…

—Hasta aquí —le cortó Olivia.

Hugo se quedó mirándola sin dar crédito y molestísimo:

—¿Cómo?

—Que hasta aquí —repitió Olivia—. No voy a cenar contigo. No voy a seguir con esto. Mi plan de esta noche no era cenar con Pinocho.

—¿Pinocho? —Hugo se levantó de golpe—. Perdona, el que no tenía el plan de cenar con una diva histérica soy yo.

Olivia se levantó y le soltó con unas ganas tremendas de perderle de vista:

—No soy histérica. Soy una persona que no tolera que le tomen el pelo.

Hugo la miró con desprecio y le soltó tras subirse la cremallera del chándal:

—Pues ya te digo cómo vas a acabar: sola, guapa. Porque si esperas a encontrar un príncipe en Tinder, vas lista. Ni en Tinder ni en la cola de la pescadería, que ya me conozco yo bien a las de tu tribu… Para las tías como tú, ninguno es suficientemente bueno.

Olivia ni se esforzó en replicar nada.

Hugo se puso el plumífero que le hacía parecer un muñeco Michelín paticorto y le dijo, herido en lo más profundo:

—Y que sepas que te has perdido a buen tío.

Ella lo miró, muy borde, y soltó mordaz:

—Sí, buenísimo.

Hugo bufó y le espetó como si fuera un niño en plena rabieta:

—Paso de ti.

Y se fue sin mirar atrás, dejándola con el champán sin abrir, la mesa con velitas y un ridículo que podía verse desde el espacio.

Se quedó unos segundos ahí, de pie y sin moverse, deseando mimetizarse con el restaurante, pasar por parte de la decoración del café y no por la chica a la que acababa de dejar plantada un tío con flequillo y un chándal del Sporting Abrantes.

Aunque la primera en plantarle había sido ella, pero para la gente que estaba en el café, el que acababa de salir por piernas era él.

Y para remate, de repente, notó una presencia a su lado.

Era Gonzalo, con unos platos humeantes en la mano y el buen gusto de no decirle: «Te lo advertí», muerto de la risa. Solo estaba ahí, con una expresión seria.

—¿Estás bien? —preguntó.

Olivia solo pudo responder una cosa:

—Me quiero morir.

Gonzalo negó despacio y le dijo en un tono neutro:

—No te vas a morir. Esto pasa más de lo que crees. Ya sé que no es consuelo, pero…

Ella bufó y sintió una rabia tremenda que provocó que se llevara las manos al cuello y empezara a quitarse el jersey.

Gonzalo la miró extrañado, dejando los platos sobre la mesa.

—¿Qué haces?

Olivia se quitó el jersey de un tirón, se quedó en camiseta y le plantó el jersey en el pecho.

—Toma.

Él lo cogió por reflejo, alucinado.

—Es tuyo.

Olivia lo miró con los ojos brillantes de pura decepción y frustración:

—Ya no lo quiero.

Gonzalo bajó la vista al jersey y luego volvió a mirarla:

—Olivia…

—Que ya no lo quiero —repitió ella, con la voz tensa—. Me ha traído suerte en mi negocio, pero también… esto. Y no lo quiero más.

Gonzalo colocó el jersey sobre el respaldo de la silla y Olivia soltó el aire que tenía contenido en los pulmones.

—El jersey te gusta. Y no tiene nada que ver con lo que te ha pasado con ese tío.

—No lo quiero. De verdad. No me apetece tener en mi armario algo que me recuerde que soy idiota.

Él apretó la mandíbula y le aseguró, porque era la pura verdad:

—No eres idiota. Tú no.

Olivia esbozó una pequeña sonrisa y afirmó pasándose las manos por los brazos porque tenía un poco de frío.

—Sí. Un poco sí.

Gonzalo dio un paso hacia ella, levantó el dedo índice y dijo:

—Espera un momento.

Desapareció un segundo detrás de la barra y volvió con una chaqueta de traje oscura y carísima que le tendió:

—No hace falta.

—Tienes frío.

—Es una mezcla de todo.

—Trae.

Gonzalo le colocó la chaqueta sobre los hombros con cuidado, sin tocar más de lo necesario.

No dijo nada después y, justo por eso, lo dijo todo.

Olivia se sintió un poco mejor, menos imbécil y menos ridícula. No mucho. Pero sí lo justo para volver a respirar.

—Gracias —musitó ella.

—No hay de qué.

Olivia levantó la barbilla, intentando no venirse abajo ahí mismo y pensó que lo mejor que podía hacer era solo una cosa:

—Te agradezco todo, pero me voy a casa.

—¿Y te vas a perder el cardo confitado con velo de jamón ibérico y jugo ligado? —dijo señalando los platos que acababa de traer—. Nil, el chef, lo ha elaborado especialmente para ti.

—¿Para mí?

Él asintió, como si fuera lo más natural del mundo.

—Tu menú no tiene nada que ver con el del resto de la gente. Le he pedido a Nil que te preparara algo que sabía que te iba a gustar.

Olivia frunció el ceño mirando los platos que tenían una pinta estupenda:

—¿Y tú cómo sabes lo que me gusta?

—Es un guiño al bodegón de Sánchez Cotán que está en el Prado.

Se quedó unos instantes callada y después farfulló:

—No sé si me voy a morir, pero tú vas a matarme.

—Ja, ja, ja. Pues ya verás la lubina…

—¿Qué le pasa a la lubina?

—Espera a probarla.

Olivia negó con la cabeza, rendida y bajó la vista al suelo.

—Uf.

—¿Te gustaron las florecitas de cecina? —quiso saber Gonzalo—. Tenían forma de azucena. Tus favoritas.

Ella alzó la vista, descolocada.

—¿Y cómo sabes qué son mis favoritas?

Gonzalo la sostuvo la mirada:

—Sé mirar.

Olivia sonrió sin querer. Quiso decir que no tenía cuerpo para quedarse, que la noche se le había roto en la cara, que solo quería meterse en la cama y no pensar. Pero no le salió.

Estaba demasiado cansada como para irse a casa a rumiar la decepción sola. Y, además, Gonzalo esa noche no le pareció un tiburón.

Parecía alguien distinto. Un poco distinto.

—Me quedo —dijo al final—, aunque solo sea por la curiosidad de saber a qué sabe un cuadro de Sánchez Cotán.

Se sentaron y durante unos segundos no dijeron nada. Olivia se fijó en algo en lo que no había caído hasta ese instante: el mantel, las velas, las copas… eran diferentes a las del resto.

Todo estaba preparado con un cuidado y un mimo que le llevó a preguntar:

—¿Por qué te has esforzado tanto?

Gonzalo, tras probar el cardo, respondió con una tranquilidad pasmosa:

—Para atenuarte el golpe.

Olivia esbozó una sonrisa amarga…

—Y así vas sembrando y quién sabe si, a lo mejor un día, me da por venderte la floristería.

Él no respondió al instante. No se defendió, ni negó, ni atacó. Permaneció en un silencio que decía más que muchas frases.

—No solo por eso —dijo él, al final.

Olivia lo miró con atención.

—¿Entonces?

Gonzalo sostuvo la mirada, serio, y respondió como una constatación, no como una frase manida:

—Me parece que eres especial. También intuía que el tío de Tinder no iba a estar a la altura de la historia que tú te estabas contando. Y pensé que, si se torcía, al menos acabarías cenando algo que te iba a gustar.

Olivia asintió, porque aquello estaba delicioso.

—Está buenísimo. Felicita a Nil.

—Se lo diré. Y en cuanto al jersey…

—No lo quiero. Quédatelo.

Gonzalo volvió a insistir arqueando una ceja:

—¿Seguro?

—Sí. No quiero que me recuerde cómo me hice ilusiones con alguien que no existía.

—No te hiciste ilusiones con alguien que no existía —repuso Gonzalo, negando despacio—. Te hiciste ilusiones con lo que tú estabas preparada para vivir.

Ella apretó los labios y admitió tras limpiarse con la servilleta:

—Estoy muy enfadada. No era nada de lo que decía. Nada. Yo pensaba que era de una manera y ha resultado ser de otra. ¡Me ha engañado hasta con los ojos! Esperaba un chico de ojos verdes y ha aparecido… Mejor no lo digo.

—¿Un tío que es una mezcla entre Leoncio y Tristón?

—No caigo… —murmuró Olivia, aunque por los nombres se partió de risa.

—Son de una serie de televisión. Me los ponía mi abuelo. Mira…

Gonzalo los buscó en su móvil y Olivia soltó una carcajada:

—¡Dios! ¿Cómo he podido pifiarla así?

—Has sido humana. Nos pasa a todos.

—¿A todos? —repitió Olivia, incrédula.

—Claro —respondió tras guardar el móvil—. Para eso están las citas, para confrontar el deseo con la realidad. A veces encajan y a veces no.

Olivia suspiró.

—Y ahora estoy cenando en San Valentín contigo —dijo, mirándolo —. ¿Quién me iba a decir que la noche iba a acabar así?

Gonzalo ladeó la cabeza, pensativo.

—La vida tiene un sentido del humor bastante cabrón.

Olivia asintió, risueña. Y él ni se lo pensó, abrió el champán, llenó las copas y levantó la suya.

—Por las expectativas que se rompen —brindó.

Ella chocó suavemente la copa con la de él y añadió:

—Y por las noches que no salen como esperabas, pero tampoco salen mal.

Gonzalo la miró con una sonrisa ladeada y replicó tras beber un poco:

—Exacto.

Siguieron con la cena y, aunque aquella no estaba siendo la historia que Olivia había imaginado al salir de casa, quizá sí que era la que necesitaba empezar a vivir…

Capítulo 9

Diez días después, cuando Olivia estaba colocando unas violetas en un jarrón, notó algo raro.

No fue un presentimiento, ni un vuelco en el estómago, ni nada como en las películas.

Fue una sensación física, como cuando sabes que alguien está detrás de ti. Levantó la vista por pura intuición y lo vio.

Gonzalo estaba en la puerta de la floristería, guapísimo, para variar, y con el jersey, que ella había comprado en la tienda de Manu, doblado sobre el brazo.

No entró de inmediato, se quedó un segundo mirando el luminoso que esa mañana le dio por parpadear tipo discoteca y luego el interior del local.

Ella tragó saliva sin saber muy bien por qué y se puso bastante nerviosa.

Gonzalo llevaba abrigo oscuro, una chaqueta de corte impecable debajo y vaqueros. Y se lo pensó un poco más antes de cruzar el umbral.

Ella se quedó quieta, con las manos mojadas y el corazón latiendo de un modo que no supo clasificar.

O, mejor dicho, que no se atrevió a clasificar.

Desde la cena de San Valentín no habían vuelto a hablar. Y ella no había dejado de pensar en él en todo ese tiempo.

En su manera de observar, en su silencio, en que no la había mirado con lástima aquella noche, sino con respeto, en su sonrisa y en lo bien que se lo había pasado en la cena, a pesar de todo.

Y ahora estaba ahí.

Gonzalo entró por fin, se acercó despacio al mostrador y dijo como si tal cosa:

—Hola.

—Hola —respondió ella, mientras se secaba las manos con un trapo intentando que no se le notara nada.

Ese «nada» era la sorpresa, la curiosidad y una alegría absurda, porque no tenía que estar siendo eso.

—El luminoso tiene actitud —bromeó él.

—Compré el más barato.

—Tiene tipografía de panadería antigua. Está bien traído, las flores también son producto de primera necesidad.

—Cuando abrí no tenía para más —reconoció ella—. Fue una decisión económica, no estética. Estoy ahorrando para poner otro. Más bonito. Sin parpadeos. Uno que diga «pasa» y no «cógete dos baguettes».

—Es diferente. Bueno, he venido a devolverte algo.

Gonzalo señaló la prenda con una sonrisa franca.

Olivia bajó la vista al jersey y negó con la cabeza casi antes de pensar:

—No. Ya no es mío.

—Sí que lo es.

—No lo necesito —aseguró, con una firmeza que no sabía muy bien de dónde le salía—. Además, seguro que a ti te queda mejor.

Gonzalo arqueó una ceja y esbozó una sonrisa que Olivia pensó que no podía ser más sexy:

—¿Quieres ver cómo me queda?

De solo pensar que ese pedazo de tío se iba a quitar el jersey y seguramente iba a dejar a la vista los abdominales y los oblicuos, gritó alzando una mano:

—¡Noooooooo!

—¿Qué pasa? —preguntó divertido.

—Nada, que me imagino que te quedará perfecto. Era tuyo.

—A ti también te queda muy bien —añadió él, como una constatación.

—Ya. Y me encanta.

Se hizo un pequeño silencio que rompió Gonzalo, cuando preguntó tras mirar al jersey y luego a ella:

—¿Entonces? ¿Por qué no lo quieres?

Olivia respiró hondo y eligió con cuidado las palabras para no ponerse intensa, ni filosófica, ni dramática. Pero lo cierto era que algo se había recolocado dentro de ella.

—Porque durante un tiempo pensé que me protegía, que me daba suerte, que me sostenía cuando dudaba.

Se quedó callada unos instantes y él siguió por ella:

—Y resulta que no era el jersey.

—Era yo —replicó Olivia—. La calma, las ganas, el empuje… eso ya estaba aquí —explicó tocándose el pecho—. El jersey solo me ayudó a verlo.

Gonzalo la observó con una atención que era distinta. Además, le brillaban los ojos.

—Entiendo —masculló él.

—No lo necesito, pero tampoco quiero que desaparezca —dijo mirando al jersey con cariño—. Quédatelo.

—¿Seguro?

—Seguro. Ya no es mi salvavidas, no lo necesito para que me proteja de nada, ya solo es un jersey que me hará sonreír cuando te lo vea puesto.

Gonzalo sintió como un escalofrío por la nuca y sonrió sin querer, como si la entendiera más de lo que decía en voz alta.

—Vale —replicó él. Dobló el jersey con cuidado, lo dejó sobre el mostrador y comentó: —Me lo llevé a Barcelona.

—¿El jersey? —preguntó Olivia, sorprendida.

—Sí —asintió—. Y me dio una suerte tremenda.

—¿Ah, sí? —inquirió ella, arqueando una ceja divertida.

Gonzalo asintió, pero lo que no le confesó fue que se lo había puesto tal y como se lo había dado ella.

Y tenía su olor, que le había acompañado durante el vuelo, durante la reunión y durante todas las noches que había dormido pegado a él.

Nunca en la vida había hecho nada semejante. Pero ese olor tan delicioso le hacía recordar su pelo, los ojos, la sonrisa…

Esa chica le estaba gustando más de lo que debería, pero no lo podía controlar. Ni tampoco quería.

—Sí —le explicó—. Cerré el negocio que llevaba meses persiguiendo. Compré la cafetería. Todo salió perfecto. Firmé sin problemas, sin giros raros, sin sobresaltos.

Ella sonrió sin darse cuenta y se alegró de verdad.

—Vaya. ¡Enhorabuena!

—El jersey es ahora un talismán compartido.

—Me alegro muchísimo. En serio. Sin envidia ni competitividad. Siento una alegría que hasta me sorprende.

—Ja, ja, ja. Gracias. Yo también me alegré de verte el otro día. Después de la cena, pensé bastante en ti.

Gonzalo no dijo cuánto. Ni cómo, pero con eso fue suficiente.

—Estuviste bien —reconoció Olivia—. Atento, comprensivo, divertido… —se quedó callada un segundo y añadió—: No es tan fácil encontrar eso.

—Aquella noche fue distinta —admitió él.

Gonzalo le clavó la mirada, pero Olivia no pudo mantenerla. Fingió que colocaba bien un ramito de margaritas que acababa de hacer y él recorrió el local con la mirada.

Ella se percató con el rabillo del ojo de que no lo miraba como un inversor, ni como un tiburón, sino como alguien que valora lo que tiene delante.

Y pensó que él tenía razón. Esa noche había sido distinta y ella estaba empezando a verle con otros ojos.

Sonrió y, cuando fue a decir algo, él tomó la palabra para comentar, casi sin darle importancia:

—Ah, y vi a Vanessa.

El cuerpo de Olivia reaccionó antes que su cabeza y se tensó por completo:

—Ya…

—Fue…

—Si te digo la verdad, tampoco me interesa mucho —replicó Olivia, centrada en las margaritas.

Porque ni siquiera quería mirarlo. Sin embargo, Gonzalo frunció el ceño y le dijo:

—Tampoco iba a…

Olivia pensó que cómo había podido bajar de esa manera la guardia y creer que ese tío era diferente.

No lo era.

Era Gonzalo. El que jamás cerraba una puerta del todo…

—No tienes que contarme nada, porque ya me imagino la historia. Y la verdad es que no me hace gracia. No me gustan para nada esos

reencuentros con miradas que dicen «quién sabe» y que siempre acaban haciéndole daño a alguien. En este caso, a ella… A Vanessa.

Gonzalo se irguió un poco, molesto.

—No es eso.

—Siempre lo es —repuso ella, con una calma que no ocultaba el fastidio—. Es lo que pasa con la gente que nunca pone punto final a las historias… porque nunca se sabe.

Él apretó fuerte la mandíbula y dijo a la defensiva:

—No tienes por qué meterme en ese saco.

—Entonces no me hables de ella —dijo Olivia, mirándolo por fin—. Así de fácil.

Se hizo un silencio tenso y Gonzalo decidió dejarlo ahí. No dio explicaciones, no insistió…

Y eso, sin querer, jugó a su favor.

Cambió de tema señalando un rincón del local, donde había apoyadas unas acuarelas contra la pared.

—¿Y eso?

—Son de Sara —respondió Olivia—. Mi amiga. La que vive conmigo.

—¿Las vende?

—Las iba a comprar un restaurante de Argüelles, pero se echaron atrás.

Gonzalo se acercó, las observó con atención real, no de compromiso, y no dijo nada durante unos instantes.

—Son buenas. Muy buenas. Bodegones, con un puntazo moderno. Tienen alma. Me gustan —masculló por fin.

—¿Sí? —inquirió ella, perpleja.

—Mucho —respondió, girándose hacia ella.

—Se lo diré —musitó Olivia, orgullosa de su amiga.

—Las quiero. Todas.

—¿Qué? ¿Todas? —preguntó Olivia, boquiabierta.

—Todas, para empezar.

—¿Para empezar?

—Quiero colgarlas en el Larra. Y luego… —se encogió de hombros— si a Sara le apetece, me gustaría que pintara más, para todos mis locales.

Olivia se quedó sin palabras.

—¿En serio?

—En serio.

Justo en ese momento, la puerta se abrió con ímpetu:

—¡Oliiiiiiiiii!

Sara entró cargada de carpetas, despeinada y con una energía para iluminar siete edificios.

Pero se frenó en seco en cuanto vio a Gonzalo.

—Hola —saludó él—. Tú debes ser Sara —supuso, sonriendo.

—La artista —añadió ella, automática.

—Eso mismo —afirmó él—. Encantado. Soy Gonzalo.

—El dios de las cafeterías —murmuró Sara, sin ningún pudor.

Olivia no sabía dónde meterse y para que Sara no siguiera liándola, le contó:

—Quiere tus acuarelas para el Larra y más adelante… para todas sus cafeterías.

Sara miró a Gonzalo ojiplática, abrió la boca y preguntó con un hilillo de voz:

—¿Todas… todas? Tú tienes muchas cafeterías…

—Todas —confirmó Gonzalo—. Llevo tiempo buscando bodegones contemporáneos y nada me llena. Pero los tuyos tienen algo muy honesto, muy de verdad. Sí que son arte.

Sara miró a Olivia, luego a Gonzalo, después otra vez a Olivia y gritó mientras se arrojaba a los brazos de él con la intensidad de alguien que acaba de sobrevivir al capitalismo:

—¡Muchas gracias! ¡Gracias infinitas!

Él se quedó rígido, sorprendido, con los brazos en el aire, como un empresario poco acostumbrado a esas muestras tan efusivas de agradecimiento.

—Vale, vale —murmuró—. Tampoco hace falta tanta emoción.

Pero Sara no lo soltó.

—Quien le compra acuarelas, abraza también las consecuencias —dijo Olivia, muerta de risa.

Gonzalo miró a Olivia y le advirtió levantando las cejas:

—A ti también quiero pedirte algo…

Sara se descolgó de él y soltó tan feliz que daba botes en el suelo:

—¡Me encanta hacer negocios con tíos tan poderosos!

—Tampoco dirijo los destinos del mundo.

—El mío me lo acabas de cambiar. Y a Oli también… Venga, hazle un pedido de los gordos… Si te lo estoy leyendo en la cara…

—Se nota que eres artista porque me lo estás leyendo de maravilla —afirmó Gonzalo mientras pensaba que Sara no podía caerle mejor—. El mes que viene voy a hacer una fiesta de inicio de la primavera en todas las cafeterías y me gustaría llenarlas de flores. Te lo aviso con tiempo —le advirtió a Olivia.

Ella dio un respingo porque después del momento tan tenso que habían vivido no esperaba que le hiciera un pedido y de los grandes.

—¿A mí? —inquirió perpleja.

—Sí —dijo él, serio.

Olivia optó por ser racional porque, aunque hubiera ido a Barcelona a liarse otra vez con su ex y seguramente destrozarle la vida, ella tenía que sacar adelante su negocio, así que soltó muy seria y muy profesional:

—Claro. Mañana te paso la propuesta.

—Confío en ti —masculló y eso la descolocó más que todo lo anterior.

—Pásame tu teléfono y te lo mando por WhatsApp —le pidió.

Gonzalo sacó el teléfono y marcó el número de teléfono que estaba sobre el mostrador.

—Ya lo tienes —farfulló él—. Ah. Y este sábado vamos a hacer una presentación en el Larra de las acuarelas de Sara. Os espero allí.

—¿Este sábado? —preguntaron las dos a la vez porque era martes.

—Este sábado —confirmó él—. Yo me encargo de todo. Voy a invitar a gente que le gusta el arte y que compra. Y tú, Sara, pásate esta misma tarde por el Larra para que decidamos dónde van a ir las acuarelas.

—¿Esta misma tarde tengo que decidir en qué pared va a despegar mi carrera artística? —preguntó Sara, a punto de flotar de felicidad.

Gonzalo asintió con una sonrisa gigante y ella volvió a colgarse de su cuello:

—¡No lo voy a olvidar nunca! Te juro que jamás lo olvidaré…

—No hace falta que me prometas nada eterno, con que vengas esta tarde con las acuarelas me basta —bromeó él.

Sara le soltó, se llevó las manos al pecho y habló muy emocionada:

—Allí estaré.

Gonzalo cogió el jersey, las miró con una sonrisa y se despidió:

—Nos vemos.

Cuando la puerta se cerró, Sara se giró hacia Olivia y gritó llevándose las manos a la cara:

—¡No me lo creoooooooooooooooo! Tía, tía, tíaaaaaaaaaaaaaaa, ¿tú eres consciente de lo que acaba de pasar?

—Acaba de mover medio tablero sin levantar la voz.

—¡Este tío es la bomba! Es guapo, educado, con pasta, valora el arte, te hace pedidos y te lleva el jersey al tinte.

—¿Al tinte? ¿Qué dices? —inquirió Olivia—. No. Me lo ha traído y le he dicho que se lo lleve. No lo necesito.

—Qué mono. No me digas. Es… perfecto.

Olivia se apoyó en el mostrador, resopló y la corrigió:

—En todo caso es peligrosamente perfecto. Ha ido a Barcelona.

—¿Y?

—Ha ido a cerrar un negocio. Según él, le jersey le ha dado suerte. Y también ha visto a su ex.

—¿Cómo que la ha visto? ¿Han vuelto?

—Este es de los que nunca cierran una relación. Imagino que se habrá liado con ella. Pobre chica.

Sara, que estaba escuchándola con suma atención, dedujo, porque la conocía muy bien:

—¿Te gusta?

Olivia tardó un instante en responder con la verdad…

—Y a quién no. Y eso es justo lo que no me gusta.

Luego, se quedó mirando el mostrador donde había estado el jersey y pensó que, sin ese talismán, la vida había seguido avanzando.

Quizá incluso mejor. Pero ahora había algo nuevo, que no controlaba.

Y eso le daba miedo y también le gustaba…

Capítulo 10

El sábado llegó con un cielo limpio y un frío que parecía que la primavera no iba a llegar nunca.

Olivia cerró la floristería a su hora y subió a casa a cambiarse.

No se arregló como para San Valentín. Nada de moño sofisticado, ni la emoción de «hoy empiezo una historia», pero sí se puso guapa: vestido entallado bonito, tacones, maquillaje sutil y su perfume favorito.

La ocasión lo merecía. Era la primera exposición en solitario de Sara, al café iba a acudir mucha gente y, aunque ella fingiera que no, llevaba toda la semana con un nudo raro en el pecho desde que Gonzalo había aparecido con el jersey.

Enseguida estuvo lista, pero Sara tardó veinte minutos más…

—¿Te puedes dar prisa? —gritó desde el salón, mirando el reloj por quinta vez—. Hoy no puedes llegar tarde. Hoy no da igual.

—¡No vamos a llegar tarde a mi gran debut porque yo soy una artista! —respondió Sara desde el baño—. ¡Los artistas llegamos cuando el arte nos lo permite!

—¡Acaba de una vez, artista!

Olivia resopló, pero sonrió. Llevaba días viéndola en un estado que oscilaba entre el pánico y el éxtasis y entendía que estuviera atacada.

Un minuto después, Sara salió con un minivestido rojo, botas por encima de la rodilla, labios rojos y la melena larga al viento.

Se pusieron los abrigos, se colgaron los bolsos y mientras bajaban las escaleras Olivia le comentó divertida:

—¿Quién te iba a decir que tu colección «Bodegón contemporáneo y venganza contra el sistema» iba a terminar en el café Larra?

—Que no puede ser más sistema…

—Ja, ja, ja.

—Tía, estoy muy nerviosa.

—Normal.

—Pero estoy feliz también. Digamos que estoy nerviosa-feliz.

Salieron por fin a la calle y Olivia le preguntó por lo justas de tiempo que iban:

—¿Cogemos un taxi en Fuencarral?

—No voy a dilapidar el dinero fresco que me acaba de entrar. ¡Ni me lo creo! El dios de las cafeterías paga muy bien.

—Bueno, pues pago yo.

—Mejor vamos caminando así me relajo un poco.

—Vas a llegar muy justa —le advirtió Olivia.

Se echaron a andar en dirección a Fuencarral y Sara insistió:

—Prefiero dar un paseo, de verdad. Así te cuento lo de Nil…

—¿Nil? —repitió Olivia, extrañada.

Sara la miró como si Olivia le acabara de preguntar algo más que obvio:

—Nil. El chef.

—¿El chef del Larra?

—Sí. ¿Qué otro Nil que sea chef conoces?

—Vale. ¿Y? —inquirió Olivia, sin tener ni idea de por dónde iba a salir.

Sara soltó un suspiro tan grande que puso los ojos en blanco y por poco no se llevó por delante a una señora con carrito Rolser.

—Nil está… —buscó las palabras—. Bueno, tú ya sabes cómo está…

—Ni idea. El día que estuve en el restaurante no le vi. No sé cómo es.

—Nil es como Aquaman.

—¿Cómo Aquaman? —soltó Olivia, entre risas.

—Igual, pero con camiseta negra y delantal. Y con unas manos grandes de esas que lo hacen todo bien.

Olivia la miró un tanto alarmada y masculló:

—Sara…

—¡No me mires así! —la interrumpió—. Yo tampoco quería que pasara, pero ha pasado. Y tú sabes lo que me pone Aquaman. ¡La de fantasías que me he montado con él!

—Solo quiero saber ¿qué ha pasado?

Sara apretó los labios y se le escapó una sonrisa que era realmente una confesión:

—Amor a primera vista.

Olivia por poco no se atragantó con su propia saliva y masculló:

—¿Amor a primera vista? ¿Otra vez?

—Esta es la definitiva.

—¡Dios!

—Sí, tía. La flecha me impactó de lleno el mismo martes en que lo conocí. Vamos, que fue verlo y dije: «¡Ya está liada!».

—¿Desde el mismo martes? —masculló Olivia, sin dar crédito.

—Sí. Tiempo suficiente para confirmarte que estoy pilladísima.

—Sara, por favor, frena. No mezcles negocios y placer.

—¿Qué negocios?

—Tu carrera, las acuarelas, tu oportunidad. No te líes con el chef del sitio donde te están exponiendo. No se mezcla, tatúatelo.

Giraron hacia la Gran Vía y Sara iba flotando sobre los tacones de sus botas color vino:

—Lo sé. Al principio tuve muy presente que *donde se tiene la olla*, no hay que meter… nada. Es más, te juro que ese martes me repetí un montón de veces: «Sara, céntrate, no te dejes llevar por tus bajas pasiones». Pero luego lo vi perforando una pared con el taladro percutor.

Olivia la miró desconcertada y repitió dando un respingo:

—¿Una pared?

—Sí, porque estaban colgando mis acuarelas y faltaba un soporte y él… taladró. Oli… —añadió Sara y se llevó la mano al pecho—, ¿tú sabes lo que es ese hombre taladrando una pared con la espalda en tensión y esa concentración? Tú tenías que haber visto su cuello… ¡Creí que me corría ahí mismo! De verdad, no exagero.

—Sara —masculló Olivia, intentando que recuperara la cordura.

—Déjame que te diga algo más. Nil no es solo un cuerpo empotrador, ni un amasijo de músculos que es acero para los trasatlánticos… es también un amor de tío.

—Deliras —murmuró Olivia, que se echó a reír.

—Nunca he estado tan cuerda. Y te confieso que no quería decirte nada para no gafarlo, pero estos días que he estado allí con las acuarelas, él me ha hecho cositas.

Olivia dejó de reír y la miró espantada:

—¿Cositas? ¿Cómo?

—Platos, hija. Platos… cada día.

—¿Te ha cocinado?

—Sí. Y no en plan «toma, una ensalada de bolsa con un tomate y medio aguacate». No. Platos sublimes que me planta sobre una mesa bien puesta y luego me dice con su voz de buenorro: «siente y disfruta».

Olivia negó con la cabeza, porque tenía que pincharle el globo como fuera:

—Sara, te estás montando una película.

—No. Estoy montándome… un hombre.

—¿Cómo que montándote? ¿Te lo has tirado ya?

—Noooo. Ojalá. Pero de momento no. Lo que quiero decirte es que lo estoy conociendo. Mejor dicho, nos estamos conociendo.

—¡Madre mía, Sara! —exclamó Olivia, pidiéndole prudencia con la mirada.

—Es tan majo. Él se expresa a través de la comida. Hoy me ha hecho un risotto que… —Sara cerró los ojos y por poco no se tropezó con una farola.

—Saraaaaaaaaaaaaa, ¡cuidado! —chilló Olivia, que la agarró del brazo y la paró en seco.

—Casi me empotro a la farola antes que al cocinero —soltó muerta de risa.

Siguieron caminando cogidas del brazo en dirección a Plaza de España y Olivia le rogó encarecidamente:

—Sara, escúchame. Esto es muy importante. Tienes una exposición. La primera en solitario, en el Larra, un sitio que va a estar petado, vas a conocer a clientes, a gente con dinero que compra arte. Van a ver tus acuarelas y las van a querer en sus paredes. Tienes que centrarte en eso. Hoy no es día de «ya solo quiero comerme crudo al cocinero».

—¿Y por qué no puedo hacerlo todo? Nada me impide triscar con el cocinero y colocar mis acuarelas a todo quisqui —replicó Sara, abriendo los ojos, algo molesta.

—No te renta. ¿Lo pillas así? Hazlo cuando firmes el contrato para las otras cafeterías. Cuando cobres. Cuando no haya posibilidad de que salga fatal lo tuyo con el chef y se te joda el negocio.

—Oli… —dijo esbozando una sonrisita— eres la persona más sensata del mundo.

—Alguien tiene que mantener la cabeza fría.

—Cuando esté a punto de caer en los brazos de Nil, recuérdame esto.

Olivia agitó las manos al aire y le advirtió risueña:

—Yo no te voy a recordar nada. Yo voy a fingir que no te conozco.

Sara se rio y le preguntó tras echarse la melena a un lado:

—Bueno… y tú, ¿qué?

—¿Yo?

—Sí. Tú también estás nerviosa.

—No estoy nerviosa —mintió Olivia, descaradamente.

—Sí.

—No —insistió Olivia, que apretó el paso.

Sin embargo, a Sara le dio igual lo que dijera y volvió a la carga:

—Estás nerviosa porque hoy lo vuelves a ver.

Olivia se encogió de hombros y replicó como si le diera lo mismo:

—No tiene por qué estar.

—Pero va a estar.

—Yo qué sé, que haga lo que le dé la gana. Quiero decir que…

Sara se inclinó hacia ella y dijo una sonrisa de oreja a oreja:

—Que va a estar en la expo, tía. ¡Déjate de rollos!

Olivia apretó la mandíbula y siguió caminando a su paso mientras pensaba que Sara había acertado de pleno.

Le daba una rabia tremenda, pero tenía que reconocer que el corazón le latía más rápido cuando pensaba en Gonzalo, en su voz, en su forma de mirar, en que en San Valentín no la dejó sola con el ridículo ni hizo sangre.

Y también, aunque le fastidiara admitirlo, en lo bien que le sentó que le llamara «especial», como si lo dijera de verdad.

Llegaron a Plaza de España con el viento frío clavándose como agujas.

El Larra se veía desde lejos, con el luminoso encendido y espectacular, nada que ver con el de la floristería, y las ventanas empañadas por el calor de dentro.

Las chicas se detuvieron en la puerta antes de cruzarla. Escucharon música suave, Olivia retiró un poco con la mano el vaho de la cristalera y vio a mucha gente, bandejas con copas, luces cálidas…

—Estoy acojonada. Yo no tengo ningún problema en admitirlo —reconoció Sara.

—Es lógico en tu caso.

—Y también me siento como en una nube.

—También es normal —dijo Olivia, sin quitar la vista a lo que estaba pasando dentro.

—¿Y si no gusta mi arte? —preguntó Sara, mordiéndose los labios por la ansiedad.

Olivia inclinó la cabeza, invitándole a que echara un vistazo adentro:

—Gusta. Parecen encantados.

—Pero no tanto como para hacerme encargos —afirmó tras mirar un segundo.

—Te los van a hacer. Ya verás. Y en cuanto te conozcan, van a alucinar más todavía.

—¿Y si me tiembla la voz?

—Pues que te tiemble. Le da un toque artístico.

—¡Ay, qué miedo! Creo que no voy a entrar —murmuró Sara, mirando la puerta aterrada.

—¡Claro que sí!

Sara la cogió de la mano, empujó la puerta y entraron así en el café que estaba precioso.

Habían cambiado la decoración y aquello parecía un café-galería de arte. Las acuarelas estaban colgadas en la pared principal, iluminadas con focos discretos. Y la gente estaba fascinada con los bodegones modernos elaborados con objetos cotidianos: peines, pastas de dientes, maquillajes, perfumes… y fondos sorprendentes en tonos muy fuertes.

Había personas con la copa en la mano, hablando bajito, señalando detalles y acercándose a mirar.

Una chica con un abrigo de estampado de cebra y gafas de pasta naranja comentaba que el color tenía una fuerza sobrecogedora y un

tipo de pelo amarillo asintió y añadió que la luz le daba un sentido muy profundo.

A Sara por poco no se le cayó la mandíbula al suelo.

Estaban hablando de su obra con un respeto casi académico, como si sus acuarelas llevaran años colgadas en museos y no desde hacía quince minutos en un café.

Olivia sonrió feliz y orgullosa y cogió al vuelo dos copas de vino de una bandeja que pasó delante de ella.

Sara no podía ni hablar, estaba paralizada.

—Dime que no estoy soñando —logró decir al fin.

—Es real —confirmó Olivia pasándole la copa.

Y entonces apareció Nil. Olivia supo que era él, porque no solo era un bombonazo, era un problema.

Alto. Grande. Moreno. Ojos azules y barba perfecta. Camiseta negra que marcaba el cuerpazo perfecto y un delantal que le daba un punto de «puedo cocinarte y también ponerte la vida del revés, si te dejas».

Sara emitió un sonido raro al verle, casi preorgásmico. Una especie de «ay».

—Ahí está Aquaman —atinó a decir.

Olivia le pisó el pie y le exigió entre dientes:

—Compórtate.

Nil la vio y sonrió de un modo que Sara confirmó que no había nada que hacer:

—¿Tú has visto esas pintas de «garrotazo y a la cueva»? Mi cerebro ya no emite pensamientos coherentes. Pero mis instintos primarios me están funcionando como nunca. ¿Marco mucho pezón? —preguntó mientras se quitaba el abrigo.

Olivia ni la miró, se quitó su abrigo también y Nil entonces se plantó frente a ellas:

—Sara, ¡qué bueno verte otra vez! Y tú debes ser Olivia… —Su voz era tranquila, cálida—. ¡Bienvenidas!

Les cogió los abrigos, se los pasó a un camarero para que los llevaran al ropero y luego las saludó con besos en las mejillas.

Sara se quedó sin palabras, algo insólito porque ella no callaba nunca. Y Olivia tomó el control:

—¡Qué bonito ha quedado! ¡Enhorabuena!

Nil lo agradeció con una sonrisa. Esa sonrisa que tenía a Sara al borde de la hiperventilación y replicó:

—Es mérito de Sara. Nosotros solo hemos colgado los cuadros y ahora estamos poniendo toda nuestra energía en que la gente disfrute de la maravilla de su obra y que se sienta a gusto. —Miró a Sara y añadió—: ¿Estás bien?

—Solo quiero pecar hasta hartarme —respondió con un hilillo de voz.

Habló tan bajito que Nil arrugó el ceño porque no había escuchado nada y farfulló:

—¿Cómo?

—Picar —se apresuró a responder Olivia— que quiere picar algo. Está muerta de hambre. Los nervios…

—Ahora os traigo unos canapés —dijo Nil con una sonrisa que provocó que Sara soltara una especie de jadeo.

—Ay.

—Es que es hipotensa. Tiene que comer algo —inventó Olivia.

A Nil le faltó tiempo para estirar un brazo, coger una bandeja de canapés que pasaba por allí y ofrecérsela a Sara:

—Para ti, preciosa —dijo mirándole a la boca como si quisiera devorarla.

—¡Oooooh! —soltó Sara, como si se estuviera corriendo.

Olivia estaba tan nerviosa que cogió un canapé y se lo metió a Sara en la boca.

—¡Hala, come! Y te quiero centradita, ¿eh?

Sara masticó sin dejar de mirar a Nil, extasiada:

—Ay, ¡qué rico!

Nil sonrió y añadió:

—Luego, te paso otros canapés que vas a…

—Ver a Dios —afirmó Sara, sin dudarlo.

Nil soltó una carcajada y le cuchicheó algo al oído. Luego se miraron y saltaron tantas chispas, que Olivia le comentó al chef para evitar el incendio:

—¡Cuánta gente! ¡Estarás hasta arriba! ¡Lo mejor es que te dejemos trabajar!

—Ya he terminado en cocina. Mi misión ahora es atender a la gente y que encarguen acuarelas. La expo es un exitazo. He llamado a Gonzalo para contarle, pero no lo coge. ¡Ojalá llegue a tiempo!

Olivia notó cómo le empezaba a vibrar el párpado de los nervios:

—¿No ha llegado? —masculló con la voz temblorosa, buscando la silueta de Gonzalo sin querer y no la encontró.

—Está en Barcelona —respondió Nil, encogiéndose de hombros—. Se fue ayer viernes a primera hora. Asuntos urgentes.

Olivia fingió que le daba lo mismo…

—Ah.

Pero por dentro se le encogió algo. Porque solo tuvo que escuchar las palabras: «Barcelona, urgente y asuntos», para que un nombre le saltara como un resorte.

Vanessa.

Capítulo 11

Sara, que estaba en su mundo, ni se enteró del microdrama de Olivia. Estaba levitando entre el éxito de la exposición y Nil que se acercó a ella y, en un tono amable y profesional, le dijo:

—Sara, quiero presentarte a unas personas que están muy interesadas en tu obra. Son clientes importantes.

Sara, que no podía ni creérselo, replicó temblando entera:

—¿Importantes de los que compran o importantes de los que miran y se van?

Nil sonrió de un modo que ella tembló más aún:

—Compran y no escatiman.

Sara se llevó una mano al pecho y solo pudo susurrar:

—Me va a dar algo.

Olivia colocó una mano en el hombro de Sara y la empujó suavemente:

—Ve. Va a salir todo bien.

Sara asintió, tomó aire y siguió a Nil, sin parar de repetirse que todo aquello no podía ser verdad.

Olivia se quedó a un lado y se puso a observar la sala. Había más gente todavía y se sintió muy orgullosa de Sara. Se acercó a las acuarelas y escuchó fragmentos de conversaciones que le hicieron pensar que ese sábado estaba cambiando ya el rumbo de la vida de su amiga.

Dio un paso atrás para ver mejor un bodegón, con una lavadora y una fuente con limones encima, y chocó con alguien.

Un pequeño choque, pero suficiente.

—Perdona —dijo Olivia, automáticamente.

—No, perdona tú.

Olivia se giró y se quedó de piedra.

Gonzalo.

Estaba ahí, con un abrigo oscuro, el pelo un poco despeinado por el viento y esa presencia que lo ocupaba todo.

Olía a calle, a perfume caro y a algo familiar que le hizo ponerse más nerviosa:

—Estás aquí —se le escapó y se mordió el interior de la mejilla, tarde.

Gonzalo sonrió, pero no como siempre. Sonrió cansado y también se le veía contento.

—¿De verdad pensabas que me lo iba a perder?

Olivia notó que se le aflojaban los hombros, como si su cuerpo dejara de sostener una tensión que había fingido que no existía.

—Nil ha dicho que estabas en Barcelona.

—Estaba —asintió él—. Llegué hace un rato.

—¿Y has venido directo?

—Sí.

—Pero ahora tendrás muchísimo trabajo allí, con la cafetería nueva —supuso Olivia.

Gonzalo ladeó la cabeza y pensó que sí, que tenía muchísimo trabajo. Pero Madrid estaba empezando a retenerle mucho más de lo que tenía previsto.

—Muchísimo. Pero tenía que volver.

—Hoy —repuso ella con la voz entrecortada.

—Me moría de ganas de estar aquí —confesó Gonzalo, que exhaló por la nariz como si le hubiera costado decirlo.

Olivia bajó la vista a la copa y la giró sin darse cuenta:

—¿Aquí en el Larra?

Gonzalo le sostuvo la mirada y respondió con sinceridad:

—Aquí.

Olivia contuvo la respiración porque esa palabra, en boca de Gonzalo, no sonó a «mi negocio», sino a otra cosa.

—Bueno… —dijo ella, porque aquello estaba siendo demasiado intenso—. Enhorabuena por lo de Barcelona.

—Gracias. Voy a dejar el abrigo. Enseguida vengo.

Olivia vio cómo se metía detrás del mostrador, después de saludar rápido a un montón de gente. Sobre todo, mujeres que se derretían al verle. Dejó el abrigo y volvió tras saludar apresurado a más personas.

—Conoces a mucha gente —dejó caer Olivia, mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja, sin necesidad.

Gonzalo pensó que sí, pero esa noche solo deseaba estar con una persona:

—Sí. Pero tú eres la que más sabe sobre estas acuarelas, aparte de la artista.

Se quedaron un segundo en silencio, rodeados de gente que hablaba de arte, pero como si ellos fueran una burbuja en mitad del evento.

Olivia clavó la vista en las acuarelas, porque le daba un corte tremendo sostenerle la mirada. No sabía qué le pasaba esa noche con él.

Y Gonzalo se situó a su lado contemplando un bodegón. Su hombro rozó el de Olivia y ella no se apartó.

—Las acuarelas son buenas —opinó él.

—Lo son —musitó Olivia notando el calor de él a su lado y fingiendo que miraba el cuadro.

—Tu amiga tiene talento.

—Lo sé.

Gonzalo asintió, como si eso lo confirmara y luego añadió:

—A ti también te va bien. Y sin jersey —bromeó.

—¿Cómo sabes que me va bien?

—Es obvio.

Olivia se inquietó un poco y sonrió medio orgullosa y medio a la defensiva:

—Trabajo mucho.

—Eso no siempre se traduce en que vaya bien.

Olivia lo miró con un punto desafiante en la mirada:

—Para mí sí.

Gonzalo arqueó una ceja porque tenía una visión totalmente opuesta:

—¿Sí?

—Sí. No me guio por los resultados. Para mí el éxito no es abrir una cafetería cada vez que respiro.

Gonzalo ni se dio por aludido, es más sonrió de oreja a oreja.

—Para mí tampoco es eso —señaló alrededor y añadió—: Es expansión, sí. Crecimiento. Proyectos…

—Es la gentrificación que se carga los barrios —le cortó ella apretando la copa con más fuerza de la necesaria.

—Creo espacios que la gente disfrute. Monto lugares donde pasen cosas. Mira esto… Un sitio donde la gente se queda, donde la cultura y el arte tienen sitio.

—Tú lo dices de una manera que suena bonito. Pero…

—Lo digo de verdad —replicó él, mirándola sin perder la calma.

Olivia bebió un poco de su copa y bajó un poco la guardia:

—Para mí el éxito es que mi floristería se sostenga. Que pague autónomos. Que Sara pueda pintar sin morirse de hambre. Que yo pueda dormir sin pensar en que mañana me quedo sin nada.

—Raíces —concluyó Gonzalo, serio.

Olivia asintió porque era justo eso y no pensaba renunciar a ello por nada del mundo:

—Raíces. Estabilidad. Cuidado. Permanencia. No necesito conquistar el mundo abriendo una floristería en cada esquina.

Gonzalo tampoco se molestó con esa frase porque lo suyo era otra cosa:

—Yo necesito movimiento.

Luego, le devolvió el saludo a una chica guapísima que le había tirado un beso con la mano.

—Ya te veo, ya —murmuró Olivia, confirmando que tenía que ser un golfo de mucho cuidado.

—Pero no siempre es por ambición. A veces es por incertidumbre o por miedo que venzo actuando. Por eso estoy en Barcelona.

A Olivia ese comentario último le tocó algo. Gonzalo no parecía un hombre que titubeara o tuviera miedo, por eso que reconociera que lo tuviera le resultó humano.

Aunque por mucho que se mostrara vulnerable, ella no pensaba confiarse y aprovechó para soltarle lo que llevaba quemándola desde el martes.

—Y en Barcelona también está Vanessa.

Gonzalo abrió mucho los ojos y, por primera vez, se le vio perder la compostura un milímetro.

—No decías que no querías hablar del tema el otro día…

—Ahora quiero sacarlo.

Gonzalo se pasó la mano por la nuca, bastante incómodo y admitió:

—La vi el otro día, pero no como tú piensas.

—¿Cómo lo sabes? Yo pienso muchas cosas —replicó Olivia, que se tensó y le mantuvo la mirada, fría.

Gonzalo cogió una botella pequeña de agua de una bandeja que pasó por su lado, la abrió, se la bebió del tirón y le dijo, sin humor:

—Me la encontré saliendo del centro de salud. Iba empujando un carrito de bebé.

Olivia flipó. Esperaba cualquier cosa menos que apareciera en el relato un bebé y se le quedó la lengua pegada al paladar.

—¿Cómo? —soltó ella, con los dedos helados alrededor de la copa.

—Llevaba un carrito con un bebé —repitió él con tal cara de circunstancias que Olivia tenía muy claro que no estaba vacilando.

Olivia abrió la boca, pero no le salió nada.

Gonzalo respiró hondo, pensándose si contaba algo que no quería volver a recordar nunca.

Instantes después, fue ella la que dedujo…

—Y es tuyo.

—El bebé fue concebido en la época en que estábamos juntos.

—Ya. O sea que eres… papá —murmuró Olivia, completamente alucinada.

—No, que yo sepa.

Olivia hasta sintió un pequeño mareo y confesó:

—Me he perdido.

Gonzalo la miró con una mezcla extraña de rabia y resignación:

—El bebé es… suyo. Se quedó embarazada cuando estábamos juntos, pero no de mí.

Olivia sintió que el suelo se movía…

—¿Tú no te diste cuenta de que estaba embarazada?

—Yo no sabía nada. No tenía ni idea de que estaba liada con un compañero del trabajo. Con Julio.

—¿Qué? —Olivia se quedó sin respiración.

Él apretó la mandíbula y siguió contando en voz baja la verdad que aún le dolía:

—El otro día me confesó que, a los seis meses de estar con Julio, se quedó embarazada. Mío seguro que no es. Llevábamos un montón sin tener relaciones… y el martes entendí por qué nunca tenía ganas. Ella no sabía cómo decirme lo que había pasado. No quería ser la mala. No quería dramas. Ni escenas. —Gonzalo miró un segundo al suelo y luego siguió—: Tenía miedo. Por ella, por el bebé, por todo. Y en lugar de reconocer que había metido la pata a lo grande, decidió salvarse.

Olivia, que estaba escuchando con suma atención, replicó:

—Y te echó de casa.

—Necesitaba una excusa que resultara convincente. Algo que pudiera usar para decir «tú eres el malo».

—Y encontró el mensaje que le enviaste a tu ex con el «siempre te llevaré en mi corazón».

—Exacto.

Olivia dio otro sorbito a su copa, de lo seca que tenía la garganta:

—O sea… que lo del mensaje… —farfulló después.

—Fue la primera bala que encontró —contó Gonzalo, con una sonrisa amarga—. Me montó un pollo enorme, me echó de casa y me dijo que no volviera nunca. Y yo no volví.

Olivia lo miraba sintiéndose fatal porque lo había prejuzgado, cuando él era la víctima.

—Además se deshizo de tus cosas —añadió ella.

—Las vendió. Por eso el jersey acabó en Malasaña.

Olivia se llevó la mano al pecho, estremecida con la historia y con el hecho de que, de pronto, Gonzalo no encajaba en la imagen de tiburón sin escrúpulos.

Era alguien a quien le habían hecho daño de una forma muy sucia, además.

—Y de todo esto te enteraste el martes.

—Sí. La vi con el carrito y me lo contó todo. Se comportó como una loca celosa por miedo, por culpa, por tapar una mentira horrible.

Olivia bajó la mirada y no pudo evitar acordarse de Hugo cuando le dijo que «las mentiras son mentiras si tú las quieres creer».

Sintió asco.

—Lo siento —dijo ella, que le dio la vuelta a la copa y se le derramó una gota en los dedos. No se atrevía ni a mirarlo.

Pero los dos habían sido víctimas de lo mismo: las jodidas mentiras.

En el caso de Gonzalo mucho más graves…

—¿Qué sientes exactamente? —quiso saber él.

Olivia se frotó el pulgar contra la servilleta, alzó la mirada y le dijo con un nudo en la garganta tremendo:

—Que hayas pasado por eso. Y que yo me haya equivocado al pensar que tú eras…

—Ya —le interrumpió Gonzalo sin que hubiera nada de reproche en su tono de voz—. Pensaste que era el típico que va dejando historias abiertas y que nunca acaba de comprometerse del todo.

—Sí —admitió, tras apretar los labios.

—Te entiendo —asintió Gonzalo, sin enfadarse.

Y el hecho de que no se enfadara, de que no le devolviera el golpe, a Olivia le rompió un poco más las defensas.

Y fue a decir algo, cuando vio al fondo, en un rincón, un movimiento.

Primero vio una mano en la cintura, luego una risita acompañada de un gesto de la cabeza hacia atrás, luego un giro y después… el beso.

Sara estaba besando a Nil, en la boca, con ganas, con lengua, con hambre, con intención.

Olivia se quedó petrificada. Se tapó la cara con una mano, pero dejó un ojo mirando.

Ambos habían olvidado que no hay que mezclar negocios y placer.

Nil la pegaba contra él con ambas manos y Sara se aferraba a su espalda como si le fuera la vida en ello.

Y volvieron a besarse más largo todavía, sin importarles absolutamente nada más.

O eso parecía.

Olivia apartó la mano de la cara y abrió la boca, espantada:

—No.

Gonzalo siguió la dirección de su mirada y vio el beso. Arqueó una ceja divertido y masculló:

—Vaya.

Olivia se llevó las manos a la cara indignada y furiosa:

—¡La voy a matar!

Gonzalo la miró con una sonrisa ladeada y le recordó:

—¿Por qué? ¿Por estar viva?

—¿No se da cuenta de que esto es lo que menos le conviene en este momento?

—Tu amiga mide el éxito de otra forma —ironizó él.

Olivia bufó, sin poder evitar reírse un poco, a pesar del shock.

—Debe medirlo en labios y lenguas que se enroscan.

Gonzalo soltó una carcajada. Y ese sonido, esa risa, fue tan sencilla y tan inesperada que Olivia se quedó mirándolo un instante más de lo que debería.

Y por primera vez en medio del ruido del Larra, de las copas, de la exposición y del beso escandaloso, Olivia se percató de que el puzle se estaba moviendo. Y de que, por mucho que ella intentara mantenerlo todo en su sitio, aparecían piezas nuevas.

Piezas peligrosas… que quemaban.

Y piezas que, contra todo pronóstico, encajaban.

Olivia apartó la mirada y dijo como si estuviera siguiendo el dictado de su cabeza, no el de su corazón:

—No pasa nada. No pasa nada.

Gonzalo la miró sintiendo algo muy parecido a ella, se acercó medio paso y Olivia no retrocedió.

—Claro que pasa —replicó él.

Y él tampoco se estaba refiriendo a Sara y al chef.

A Olivia se le fue la vista a su boca, volvió a los ojos, rápido, y se quedó en silencio, más que nada porque no supo qué replicar…

Capítulo 12

Durante el mes de marzo, el plan del viernes por la noche se convirtió casi en una costumbre.

Olivia y Sara cenaban siempre en el Larra. Olivia acudía con la excusa de acompañar a su amiga, a la que Nil invitaba a cenar, a las once de la noche, cuando el trabajo ya aflojaba.

Sara y Nil estaban juntos, sin etiquetas, lo suyo no tenía nombre, pero era tan evidente que hasta daba pudor mirarlos.

Era una relación apasionada, intensa y desbordada. Se buscaban todo el rato, se comían con la mirada, se tocaban sin disimulo, se reían demasiado cerca y se hablaban al oído.

Pero Sara se empeñaba en que los viernes no fueran solo ellos dos. Siempre invitaba a Olivia y siempre se apuntaba Gonzalo. Y Sara feliz, cualquier cosa antes que sentarse a cenar a solas frente a Nil, mirándose demasiado, como si aquello tuviera que convertirse en algo serio solo por repetirse.

Ir a cenar a solas con él le parecía un paso peligroso, que formalizaba de alguna manera lo que tenían, que reconocía que lo suyo no era algo que estaba pasando, sino algo que era.

Con Olivia cerca, todo seguía siendo ligero, informal, casi accidental.

Una historia sin declaraciones, sin decisiones, sin palabras que luego no pudieran ser desdichas.

Así era la única manera de convencerse de que no tenía nada de lo que temer, ni nada importante que perder.

Olivia acudía a las cenas de los viernes por Sara, que se ponía pesadísima para que la acompañara y porque, aunque no lo dijera en voz alta, Gonzalo la atraía cada día un poco más, con reservas. En el fondo, no terminaba de fiarse del todo de él.

Y en esas cenas siempre solía pasar lo mismo.

Al principio, los cuatro se reunían alrededor de la mesa cenando unos platazos increíbles. Sara y Nil, a su bola, ajenos a todo. Olivia y Gonzalo charlando de cosas cotidianas, de trabajo, de la semana, del vino. Conversaciones tranquilas y cómodas, sin sobresaltos.

Hasta que, inevitablemente, Sara y Nil desaparecían de la mano, sin que nadie supiera muy bien hacia dónde.

Entonces se quedaban a solas.

Gonzalo no forzaba nada. Ni provocaba, ni invadía, ni coqueteaba de forma explícita. Se limitaba a estar ahí, atento, presente, escuchando de verdad.

Eso a Olivia la desarmaba, porque se iba instalando poco a poco una cercanía para la que no estaba preparada.

Todo iba despacio, sin gestos grandilocuentes, sin fuegos artificiales, sin grandes palabras. Solo conversación, risas y silencios que lo llenaban todo.

Todo era fácil, sencillo, natural y eso lo hacía mucho más peligroso que una pasión loca y arrebatada.

Olivia se encontraba a gusto con él casi sin darse cuenta, se sentía escuchada como no recordaba, para nada juzgada, incluso relajada.

Se reía con él más de lo habitual, se sorprendía opinando lo que le daba la gana, divirtiéndose, dejándose llevar.

Lo inquietante era que a pesar de que no ocurría nada extraordinario en esas cenas, realmente, pasaba de todo.

Porque el verdadero riesgo no era enamorarse de golpe, sino sentirse bien sin esfuerzo. Fluir y no querer que aquello terminara.

Así pasaron varias semanas, hasta que, un viernes de finales de marzo, Gonzalo apareció en la floristería a media mañana.

Olivia estaba terminando un centro cuando levantó la vista y lo vio entrar con paso decidido. Llevaba abrigo oscuro y una sonrisa que la dejó con las rodillas temblando.

—¡Hola! El parpadeo del luminoso hoy es como rabioso. ¿Le pasa algo?

Olivia sonrió mientras dejaba el centro a un lado y replicó:

—Buenos días, que yo sepa no le pasa nada. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—Necesito un ramo de azucenas.

Ella levantó ligeramente las cejas:

—¿Para hoy?

—Sí. Quiero un ramo especial. De esos que no pasan desapercibidos.

Olivia tragó saliva. Las azucenas eran sus favoritas…

—Justo hoy tengo unas preciosas. Son de las que me gustan: enormes, imponentes, elegantes…

—Son perfectas. Justo lo que necesito.

Olivia no pudo contenerse y soltó:

—¿Para…?

Gonzalo no aclaró nada. La miró y le pidió confiando plenamente en su criterio:

—Elige las que más te gusten y hazme el ramo ideal. Confío en ti.

Ese «confío en ti» le hizo estremecerse un poquito y volvió a preguntar:

—¿Para cuándo lo quieres?

Aunque en el fondo lo que quería saber era para quién.

—Para hoy. Me llevo el ramo ahora mismo. En cuanto lo tengas listo.

Olivia preparó el ramo en silencio. Cortó, ajustó y envolvió con el papel más bonito, muy profesional y concentrada, por fuera. Por dentro, con el cuerpo en piloto automático y la cabeza a mil por hora.

Cuando terminó, colocó el ramo delante de él.

—Son unas azucenas maravillosas —dijo en el tono más neutro que encontró—. A quien se las regales, le van a impresionar.

Gonzalo sonrió agradecido y replicó mientras sacaba la cartera:

—Eso espero.

Pagó y ya con el ramo bajo el brazo, se detuvo antes de irse. Y dudó un instante antes de hablar. No porque no tuviera claro lo que quería, sino porque no estaba seguro de cómo decirlo.

—Por cierto, esta tarde voy a Matadero. Hay una exposición que me han recomendado. Dicen que está muy bien.

Olivia no entendía por qué le decía eso, pero algo en su estómago se tensó:

—Ah.

—Si te apetece venir… —añadió sin presión, casi casual—, quedamos a las siete y media en la expo. Luego podríamos pasar a cenar al Flaínez, el café que tengo en el barrio de Salamanca.

Olivia, sorprendida, frunció el ceño y respondió:

—Cierro la tienda a las siete. No puedo.

—¿No podría quedarse Sara un rato? Y luego que se vaya a cenar al Larra con Nil, como siempre —propuso él, sin darle importancia.

Olivia se quedó perpleja, es que ni parpadeaba:

—¿Iríamos… solos?

Gonzalo le sostuvo la mirada, manteniendo el tipo y respondió:

—Si no te apetece, no pasa nada.

No insistió. No mostró decepción. No sonrió de más. Y lo dijo absolutamente en serio.

Olivia se mordió el labio. Pensó que obviamente aquello no tenía tono de cita. No había insinuado nada, era tan solo una invitación… amistosa.

Y le apetecía. Una expo siempre le apetecía. O eso se dijo a sí misma.

—Vale —dijo ella—. Le pediré a Sara que me cubra un rato.

Gonzalo sonrió satisfecho y se marchó con el ramo bajo el brazo. Olivia se quedó mirando la puerta cerrarse tras él y pensó en la suerte que tendría la chica que recibiera ese ramo.

Chica que por supuesto no era ella.

Poco después llegó Sara, exultante, con una carpeta bajo el brazo y una sonrisa que no le cabía en la cara.

—¡Oliiiiiiiiiii! ¡Acabo de cerrar otro encargo!

—¿Otro? —preguntó ella, forzando una sonrisa.

—Sí. No paro. No me lo creo. —Luego Sara la miró con atención y preguntó extrañada—: A ti te pasa algo…

Olivia dudó un momento, pero terminó contándoselo todo. La visita de Gonzalo. El ramo y la invitación.

Sara ni lo dudó y gritó dando saltitos:

—¡Es una citaaaaaaaaaaaaaaaa!

Olivia se llevó las manos a la cara, resopló, negó con la cabeza y por fin habló:

—No —aseguró tras apartar las manos—. No lo es. Con quien tiene la cita es con la chica a la que le ha comprado el ramo de azucenas. Esa es la persona que le gusta de verdad.

Sara negó con vehemencia, porque ella lo tenía clarísimo:

—Es para ti.

—Me lo habría dicho, habría dejado caer que es una cita. Y no. No es el caso —dijo Olivia, con un pequeño quiebre en la voz.

—Porque no quiere presionarte. Tía, ¿no lo ves?

—Pues no.

—Yo sí. ¡Y me encanta para ti! —exclamó Sara, entusiasmada—. No es un macho infalible.

—¿Y eso qué es?

—Un tío frío, calculador y malo con avaricia. Ah, y sexy. Terriblemente sexy. Como un mafioso buenorro que va pegando tiros en la frente… Gonzalo no es así.

—Solo me faltaba que fuera un asesino internacional.

—No, eso no. Pero sexy sí que es.

—Demasiado —afirmó Olivia, resoplando.

—Y que lo haya pasado mal en el amor, lo hace mucho más atractivo.

—¿Tú crees? —inquirió Olivia, arqueando una ceja.

—Por supuesto, Oli. Es un tío que confió y al que le salió mal. Perdió, pero siguió de pie. No se volvió un cínico. Eso le hace muy atractivo. No es un cacho de carne insensible. Es un tío al que engañaron no porque fuera débil, sino porque creía que estaba en una relación honesta. Él estaba comprometido, él confió… no era un controlador de mierda que se pasa el día con la mosca detrás de la oreja. Él no fue el que le cotilleó el teléfono. Y ella lo traicionó y le expulsó de la historia. Pero ni se victimiza ni pide compasión. Es un tío con una dignidad que lo flipas. Y los dos compartís la misma herida. A ti también te mintió el gilipollas ese de Tinder…

—Lo mío con Hugo no fue nada. No es comparable. Y en cuanto a Gonzalo siempre tengo la duda de si se acerca a mí porque le podría gustar o porque en realidad lo que quiere es comprarme la floristería.

—Por Nil sé que retrasa viajes y que ha puesto un encargado en Barcelona, porque prefiere quedarse en Madrid. A mí me da que la razón va mucho más allá de los negocios.

—La razón debe ser la tía de las azucenas.

—O sea tú —dijo Sara, apuntándola con el dedo índice.

—Un tío como él tiene a un montón de tías pululando a su alrededor. Debe estar tonteando con varias a la vez y no quiere nada serio con nadie.

—Claro, claro. Por eso cena contigo los *findes* y te ha invitado a expo y cenita. Ponte la lencería chula y ¡gozarlo, mami!

—Aquí la única que goza eres tú, que llevas un ritmo que para qué.

—No paro de chingar. Pero nada más —reconoció Sara, divertida.

—¿Te parece poco?

—Quiero decir que solo nos estamos dejando llevar.

—Y os estáis pillando —aseguró Olivia.

—Nil tampoco es un prota de romance oscuro. Lo pasó mal, ha sufrido mucho, tuvo que salir adelante sin familia y sin nada, en eso se parece a mí, pero sigue creyendo.

—En el amor…

—En todo. No tiene el corazón helado y cerrado con mil candados. Y me sabe llevar. Con él no me canso. Ya sabes lo que me suele pasar con mis flechazos, que a los tres días me aburro. Con él no. Va todo bien. Y tú ya verás en tu cita…

—Me alegro por ti. Y lo mío no es una cita. No lo es.

Y así estuvo Olivia repitiéndoselo hasta que llegó a la exposición en Matadero.

Gonzalo la estaba esperando apoyado en una pared de hormigón, vestido con otra ropa. Estaba espectacular como de costumbre, pero no había ni rastro del ramo.

Ese detalle, confirmar que no era la chica de las azucenas, en lugar de tranquilizarla, la puso todavía más nerviosa.

Él levantó la vista en cuanto la vio llegar y sonrió. Una sonrisa abierta y sincera, de esas que no se ensayan frente al espejo.

—Hola —saludó Olivia, con las manos temblándole un poco.

Entraron juntos en la exposición, que era el lugar menos romántico del mundo.

Un espacio en desuso, frío y oscuro, atravesado por canaletas de agua que fluían entre estructuras metálicas.

Hierro, humedad, sombras y un rumor constante que lo llenaba todo.

Olivia se detuvo y observó el entramado de esculturas extrañas, el discurrir del agua y la luz que se rompía en reflejos irregulares sobre las paredes.

Algo en aquel lugar la atrapó. No podía dejar de mirar. Era hipnótico.

—Es mágico. Parece que los elementos mutan al contacto con los otros —comentó Gonzalo en voz baja, como si temiera romper algo —. Nada permanece igual.

Olivia asintió con una sonrisa.

—Es una pasada. Me encanta. No hay principio ni final —murmuró Olivia—. Es como una búsqueda constante de algo que no llega.

Se miraron y los dos sintieron el mismo vértigo. Ese instante en que se reconoce algo que no se ha nombrado nunca.

Siguieron recorriendo la instalación, caminando despacio, rozándose sin querer, o tal vez queriendo, todo el rato.

Un hombro. Un brazo. Los dedos que se rozaban apenas un segundo.

Gonzalo pensó que llevaba semanas conteniéndose, que había aprendido a leerla, a esperar…

Pero allí, con el sonido del agua envolviéndole y la complicidad de esas paredes frías, supo que todo estaba a punto de cambiar.

Olivia notó cómo el pulso se le aceleraba, cómo su cuerpo iba por delante de su cabeza y pensó que debería decir algo, apartarse un poco, recordar todas las razones por las que aquello no era buena idea.

No lo hizo.

La luz se reflejaba en el agua y en sus rostros. Estaban muy cerca. Pero Olivia dio un paso más y Gonzalo no se apartó.

Se miraron la boca. Luego los ojos. Y ya no hubo nada más. El beso primero fue suave, apenas un roce, casi torpe, y después se volvió desesperado.

Manos que se buscan como si llevaran tiempo deseándolo, labios que se reconocen y respiraciones que se pierden en la boca del otro.

Cuando se separaron Olivia apoyó la frente en el pecho de Gonzalo, aturdida, con el corazón latiéndole bien fuerte.

—Esto —susurró—. Esto no estaba en el plan.

Gonzalo cerró los ojos un instante antes de responder, igual de descolocado que ella.

—Nunca lo está.

Y se quedaron ahí, rodeados del sonido del agua, de la oscuridad, de la luz tamizada y de algo que acababa de empezar sin saber cómo…

Capítulo 13

El café estaba lleno, pero no abarrotado, en ese punto exacto en el que hay gente suficiente para que nadie se sienta observado y, a la vez, el ambiente conserve cierta intimidad.

Gonzalo había reservado para ellos la mejor mesa del local, que para algo era el suyo.

No era la mesa más ostentosa, ni la más visible, sino una ligeramente apartada, junto a una cristalera que daba a la calle, con una luz cálida que no encandilaba y permitía hablar sin elevar la voz.

Olivia se sentó y en ese instante se dio cuenta de que su mesa tenía algo distinto.

No supo qué fue primero: el jarrón, el color o el olor.

—Espera —dijo de repente, inclinándose un poco hacia delante.

En el centro de la mesa, en un jarrón de cristal grueso, había un ramo de azucenas blancas, abiertas, imponentes y perfectas, idénticas a las que había preparado esa misma mañana.

El corazón le dio un vuelco.

—Dime —respondió Gonzalo, sonriendo.

—¿Son…? —preguntó con la vista puesta en las azucenas.

Gonzalo siguió su mirada y asintió, tranquilo:

—Las mejores —contestó, terminando la frase por ella—. ¿Cuáles van a ser?

Olivia, sin dejar de mirarlas, sintió una emoción que ni esperaba y notó cómo se le aflojaba algo por dentro.

—Pensé que eran para otra persona —confesó con una sonrisa tímida.

Gonzalo ladeó la cabeza, entre extrañado y sorprendido de verdad:

—¿Otra? —repitió—. No hay otra.

Ella alzó la vista y masculló aún sin creerlo:

—Pero el ramo de esta mañana…

—Era para esta noche —aclaró él—. Para ti.

Olivia respiró hondo de lo ansiosa que estaba y tras apartarse un poco el flequillo, ese que a él le volvía loco, dijo con la cautela del que pisa un terreno que aún no conoce:

—Yo pensé que estabas conociendo a más gente.

Gonzalo negó con la cabeza y respondió con la verdad:

—No. Estoy conociéndote a ti.

Esa manera natural de decirlo, sin solemnidad, sin énfasis ni promesas de nada, dejó a Olivia sin palabras.

—¿Conociéndome? —repitió, casi para sí misma.

—Sí —asintió Gonzalo—. Es lo que estamos haciendo, ¿no?

Olivia sonrió un poco aturdida y respondió con la voz entrecortada:

—Sí, supongo que sí.

Después vino el camarero para tomarles la nota y, cuando de nuevo se quedaron a solas, Gonzalo dejó caer:

—Lo del beso…

Después del beso, siguieron disfrutando de la exposición y luego se fueron al café como si no hubiera pasado nada. Hasta ese momento en que Olivia, después de bajar la vista a la copa, lo miró y replicó:

—¿El beso?

—Ha sido genial —afirmó él, sin rodeos.

Olivia notó cómo un calor le subía por el pecho y admitió:

—Sí. Inesperado y… maravilloso.

Gonzalo apoyó los codos sobre la mesa y bajó un poco la voz:

—No voy besando a chicas por ahí.

Ella arqueó una ceja y bromeó entornando la mirada:

—¿Ah, no? ¿Soy la primera?

—No me habría importado que fueras la primera —respondió él con una sonrisa lobuna que a ella la mató.

—Pues tú has sido el primer chico que me regala flores.

—¿En serio? —repuso él, haciendo esfuerzos para que se le notara lo emocionado que estaba.

—Ajá. Y no te imaginas la ilusión que me ha hecho.

—Me alegro un montón. Para mí es un honor haber sido el primero que te regala azucenas.

—Te lo agradezco muchísimo —musitó Olivia, con una sonrisa que él encontró preciosa.

—No hay nada que agradecer. Y en cuanto a los besos… Quiero que sepas que llevo un tiempo que solo quiero besarte a ti.

Olivia sintió tal vértigo que tuvo que agarrarse a la mesa para soportarlo:

—Yo tampoco estoy conociendo a nadie más —confesó con el corazón acelerado—. Pero contigo todo es… complicado.

—¿Por qué? —preguntó él, sin ponerse a la defensiva.

Ella dudó un segundo antes de responder y le recordó tras dudar un instante:

—Hay cierta floristería que deseas.

—Estos días he estado pensando algo y ganaríamos los dos.

—¿El qué?

—¿Te imaginas *corners* de tu floristería en mis cafés?

Olivia dio un respingo, lo miró muy seria y contestó al figurarse lo que vendría después:

—Y luego tú querrías vender tus cafés en mi floristería y que sea el próximo Café Ferrer.

Gonzalo soltó una carcajada, dio un sorbo a su copa de vino y replicó:

—No estaría nada mal.

—¡Olvídalo! Estoy a gusto así. No quiero más. Y no es que sea conformista, es que valoro mucho más mi tranquilidad. No todo tiene que crecer hasta desbordarse.

—No es que te conformes, es que eliges estabilidad. Está bien —afirmó él y Olivia respiró un poco más tranquila.

—Supongo que todo está bien. Aunque lo tuyo no lo entienda.

—A mí me gusta la acción. A pesar de que tanto empuje a veces sea jodido —confesó él, luego hizo una pausa y añadió—: Barcelona me está costando más de lo que pensaba. Tendría que estar allí más… He puesto a una persona de mi absoluta confianza. Pero cuando algo arranca tengo que estar. Y no lo estoy haciendo. Madrid me está tirando demasiado y no solo por trabajo. Estoy descentrado.

A Olivia se le aceleró el pulso al escuchar aquello último:

—Descentrado —repitió ella, medio temblando.

—Nunca me había pasado esto —continuó Gonzalo—. Descentrarme así por una mujer.

Olivia bajó la vista al mantel, estremecida por completo. Y agradeció que apareciera el camarero con los primeros porque no sabía dónde meterse.

La cena continuó sin que Gonzalo volviera a hablar de su descentramiento. Conversaron entre risas, miradas intensas y largas, y una complicidad que crecía por momentos.

Cuando salieron a la calle, el aire fresco de la noche les despejó un poco la cabeza. Tomaron un taxi y se apearon muy cerca de la floristería.

Caminaron juntos casi sin hablar. Y, ya en la puerta, Olivia se dio cuenta de algo, que no le extrañó porque había salido de casa atacada de los nervios:

—Creo que he salido sin llaves —masculló, rebuscando en el bolso. Así estuvo unos instantes y nada—. Voy a llamar a Sara. —Llamó y Sara tenía el teléfono apagado—. No lo coge.

—Últimamente los viernes los pasa en casa de Nil —comentó él.

—Pasa con él toda la noche y no regresa hasta las diez de la mañana, que vuelve a casa a seguir pintando.

—Voy a llamarlo.

Gonzalo le llamó, pero el teléfono de su chef también estaba sin cobertura.

—¿Nada? ¿No responde? —preguntó Olivia agobiada.

—No te preocupes. Sube a casa. Y por la mañana vuelves con Sara.

Olivia pensó que esa noche nada salía como esperaba. Ella suponía que lo que tocaba era un besazo de buenas noches en la puerta, una sonrisa que se queda suspendida en el aire y cada uno a su casa.

Sin embargo, de pronto, sucedió algo inesperado.

—No suelo pasar la noche con alguien en la primera cita. Si es que esto lo ha sido —dijo Olivia, sin reproche. Más como una constatación que como una advertencia.

Gonzalo la miró sin apuro, sin esa ansiedad del ligoteo barato que ella había aprendido a detectar y esquivar:

—No va a pasar nada —repitió él, con una sonrisa tranquila—. Tengo cuatro habitaciones más, aparte de la mía. Puedes hasta

elegir.

Y no añadió más. Ni siquiera dio un paso hacia ella. Tan solo abrió una puerta. Nada más.

Olivia pensó que lo más sensato era irse con él. No eran horas para ponerse a buscar hoteles o improvisar planes absurdos. Y aceptó. Además, se dijo, solo era dormir.

Caminaron juntos por la calle desierta y ella se dio cuenta al momento de que aquello de sensato tenía poco.

Él iba a su lado, lo bastante cerca como para notar su calor, pero sin invadir.

Cada vez que sus brazos se rozaban, Olivia sentía un pequeño latigazo que le recorría la piel.

Y ahí empezó todo. Su olor, la forma en que su presencia llenaba el espacio sin imponerse, el roce involuntario de los hombros, de las manos que no dejaban de encontrarse…

Olivia se dio cuenta de que estaba demasiado atenta a todo. A cómo respiraba, a cómo se movía y a la tensión que se le iba metiendo bajo la piel, hasta que se detuvieron en el portal durante un instante que duró demasiado.

Ella lo miró, Gonzalo le sostuvo la mirada y luego bajó la vista a los labios carnosos de Olivia.

Ella tragó saliva. Notó cómo el pulso le golpeaba en el cuello y tuvo que inspirar hondo para no acercarse antes de tiempo.

Con todo, Olivia no pudo evitar hacer lo mismo y descendió con la mirada a la boca de él. Y ya no pudieron más.

Él apoyó una mano en su espalda baja, firme pero contenida, y los dos se miraron con las mismas ganas.

El beso fue inevitable. Primero suave, después más lento y finalmente más intenso y profundo, como si necesitaran confirmar que aquello estaba ocurriendo.

Fue un beso sin prisas, que buscaba respuestas.

Y las encontraron.

Subieron al piso casi sin hablar.

La puerta se cerró a sus espaldas con un sonido seco, que a Olivia le recorrió el cuerpo entero.

Apenas se fijó un momento en cómo era la casa. Grande, espaciosa, minimalista, pero con mucho encanto. Y olía muy bien. A limpio, a madera y a él. Un olor que se le quedó atrapado en el pecho.

Ya en el vestíbulo, los abrigos fueron lo primero en caer.

Luego la chaqueta de Olivia, que él deslizó por los hombros con una delicadeza que le erizó la piel.

Todo sin dejar de besarse, de devorarse las bocas cada vez con más ganas.

—Me gustas demasiado —susurró Olivia con la boca pegada a él.

Gonzalo le desabrochó la blusa, botón a botón, sin prisa, mientras la miraba como si quisiera memorizar el mapa de su piel.

A Olivia se le aceleró el corazón y el deseo empezó a ocuparlo todo.

Pasaron al salón, Gonzalo dejó su chaqueta sobre una silla sin apartar los ojos de ella. Se quitó la camisa y Olivia lo recorrió con la mirada… y después con todo.

Gonzalo era absolutamente impresionante.

Los besos volvieron y las manos exploraban, aprendiendo y reconociendo.

Apenas había palabras y esa mezcla de deseo y cuidado que solo aparece cuando hay más que piel.

Después, se dejaron caer en el sofá entre respiraciones cortadas y risas.

No había prisas.

A pesar de que llevaban tiempo deseándolo, o tal vez por eso, lo demoraron disfrutando de cada caricia, de cada beso, de cada roce.

Luego, se levantaron y caminaron hasta la habitación sin soltarse, temiendo que si lo hacían la magia se rompiera.

Olivia ya llevaba solo los pantalones y las braguitas puestas…

Y él se las quitó.

Se sintió expuesta y deseada como nunca. Él la miraba como nadie. Como si quisiera grabarla en su mente, sin urgencia, pero con un hambre y un deseo que la hizo estallar en llamas.

Se tumbó en la cama, él le abrió las piernas y ascendió con la lengua hasta el vértice.

Olivia perdió el sentido del tiempo y se dejó arrastrar por el placer y por todo lo que Gonzalo le estaba dando.

La recorrió, la acarició y la llevó hasta extremos que no había conocido en la vida, o al menos no lo recordaba, y sucumbió a un orgasmo con los dedos clavados en las sábanas y la respiración rota.

Gonzalo se tumbó a su lado, mirándola de un modo que Olivia se derritió más todavía.

No dijo nada durante unos segundos y después musitó fascinado:

—Eres preciosa.

Se besaron, él se liberó con la ayuda de ella de la ropa que le quedaba y, ya desnudo, Olivia creyó que se corría otra vez de sentirle de esa manera tan intensa.

Él estiró la mano y cogió un condón que tenía en la mesilla. Olivia lo miró y él pareció leerle el pensamiento porque le dijo:

—Eres la primera chica que viene a esta casa.

—Llevas poco aquí —susurró Olivia, con una sonrisa.

—No quiero a nadie en mi cama más que tú.

Y se lo dijo con tal verdad en la mirada que Olivia solo pudo pensar que estaba siendo sincero.

Luego, se colocó el preservativo y se abrazaron de un modo que los estremeció a los dos.

Él se apoderó de la boca de ella, se besaron, se acariciaron y al fin entró dentro de ella.

Olivia gimió, le lamió la boca, él la besó y volvió a hundirse dentro de ella.

Empezaron a hacerlo. Él cuidaba cada gesto, mantenía el control y ella poco a poco fue pidiéndole más, hasta que aquello se desató.

Empezaron a hacerlo con más intensidad y pasión, el aire se llenó de jadeos, de palabras, de susurros.

Cambiaron de postura y Gonzalo, al verla desnuda sobre él, con el pelo cayéndole un poco sobre el rostro y la mirada encendida, pensó que aquello era muchísimo mejor que como lo había imaginado en su cabeza.

Había fantaseado mucho con aquello y ahora que tenía a esa chica en sus brazos se estaba dando cuenta de que Olivia no tenía nada que ver con las historias que se había montado.

Era muchísimo mejor.

Su boca, sus besos, su piel, su pasión…

Olivia empezó a moverse, a agitar las caderas, a escalar más todavía en un placer que les tenía desbordados.

Y al poco sucumbieron a un orgasmo, casi a la vez, que los dejó exhaustos y respirando juntos en la oscuridad.

Ella apoyó la cabeza en su pecho, escuchando su corazón y cómo la respiración iba volviendo poco a poco a la calma.

En ese instante, fue justo cuando ambos sintieron el peso real de lo que acababa de pasar.

Después, les envolvió el silencio y así se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, Olivia despertó con la luz filtrándose por la ventana. Gonzalo la miraba, apoyado sobre un codo, con una expresión tranquila, casi vulnerable.

Y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza, sin pensarlo un segundo:

—¿No te gustaría despertarte todos los días en una habitación espaciosa, luminosa, de techos altos, con una cama gigante y…?

El cuerpo de Olivia se tensó de inmediato por la preguntita que había activado su miedo más profundo.

—Y no en el cuchitril de mierda en el que vivo —le interrumpió ella, molesta—. ¿Es eso lo que quieres decir?

Gonzalo se pasó la mano por la cara, lamentando haber sido tan torpe y se excusó como pudo:

—No lo decía por…

No dijo nada más. Ella ya había salido de la cama, desnuda y nerviosa. Vio el jersey, el de siempre, el que había comprado en la tienda de Manu, sobre un banquito y se lo puso. Hizo lo mismo con las braguitas y los pantalones y salió casi corriendo, sin mirar atrás, porque sabía que, si lo hacía, no se iría.

—Olivia… —dijo Gonzalo, desconcertado.

Olivia se calzó las botas que estaban tiradas en el vestíbulo, dejó abandonadas las prendas que estaban por el suelo y se fue.

Gonzalo escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

Se sentó en la cama, sintiéndose un auténtico cretino. Su intención solo había sido preguntarle si querría levantarse cada

mañana a su lado. Porque eso era lo que él deseaba. Sin embargo, había soltado esa pregunta de mierda que lo había estropeado todo.

Bufó, desesperado, consciente de que se estaba pillando más de lo que le convenía.

Con Olivia era todo distinto. Con las otras nunca había nada en juego, algunas se acercaban a él por interés, otras por inercia, otras por simple diversión. Eran historias fáciles, con las que no le apetecía quedarse a desayunar ni le importaba qué pensaban al despertar.

Con ella era tan diferente...

Ella le importaba demasiado.

Tal vez porque no lo necesitaba, ni lo admiraba de más, ni le bailaba el agua. No parecía impresionada por lo que tenía ni por lo que era. Iba a lo suyo, le llevaba la contraria, lo miraba de frente y, a veces, hasta parecía que pasaba de él.

Y eso, lejos de tranquilizarlo, lo descolocaba.

Con ella no solo quería un rato, ni una noche, ni lo sencillo.

Con ella lo quería todo. Y quererlo era justo lo que más miedo le daba…

Capítulo 14

Olivia salió del portal con el jersey puesto y el corazón desbocado.

Eran las nueve de la mañana y hacía un frío impropio para la época. Se subió el cuello del jersey que le tapaba las manos y pensó que estaba haciendo lo correcto.

Caminó deprisa, sin mirar atrás, pero la lana olía demasiado a él. Le entraron ganas de llorar, pero lo que hizo fue llamar a Sara.

Lo cogió al primer tono.

—Sara, tía, ¿dónde estás?

—¡Eso mismo me pregunto yo! Acabo de llegar y no hay nadie en casa.

—Estoy a punto de llegar. ¡Ni te muevas!

—¿Cómo me voy a mover cuando tienes tanto que contarme!

—No me hables… —murmuró Olivia.

—¿Fue mal la cita?

—No fue una cita.

—¿Y con quién has pasado la noche? —preguntó Sara, con una curiosidad tremenda.

—Con él, y por tu culpa. ¡Me fui sin llaves y me tocó quedarme a dormir en su casa!

—Ja, ja, ja.

—Os llamamos y nada.

—Nosotros es que nos desconectamos del mundo. Y tú imagino que has hecho lo mismo —supuso Sara, entre risitas.

—¿Yo?

—Sí, con Gonzalo. Gracias a mí habéis tenido una nochecita loca.

—Pero mal. Muy mal —insistió Olivia, abatida.

—¿Es un patán en la cama?

Olivia no pudo evitar sonreír y responder:

—No, no lo es.

—Ja, ja, ja. ¡Lo sabía!

—No sabes nada —le cortó Olivia, zanjando el tema—. En la vida no todo es follar. Cuelgo.

—¡Pero ahora me lo cuentas todo!

Al poco Olivia llegó a casa, subió las escaleras y cuando Sara la vio se tronchó de risa:

—¿Otra vez con el jersey? ¿No decías que no lo necesitabas?

—Era lo primero que tenía a mano. El resto de la ropa…

—¿Te la arrancó en el ascensor? —preguntó Sara, alzando las cejas.

—No tenía tiempo de ir recogiendo prendas. He tenido que salir pitando de allí.

—Pero ha habido tema…

—Sí, qué pesada, pero fatal —farfulló Olivia, con la cara hasta los pies.

—Es imposible —replicó Sara, cruzándose de brazos.

—Lo es. Y ahora voy a pegarme una ducha a ver si me aclaro la cabeza.

Media hora después, Olivia ya se había duchado, se había puesto el jersey otra vez y tenía una taza de café caliente entre las manos, pero el runrún de su cabeza no paraba.

Sara la observaba sentada frente a ella, con las piernas cruzadas y el pelo recogido de cualquier manera.

—Habla, Oli. Ya sabes que cuando lo sueltas, pesa menos. Como te lo guardes, se queda enquistado y te salen arrugas y granos.

—¿Qué dices?

—Que sí. Solo con decirlo en voz alta, ya ayuda. ¿Tú sabes lo bien que te vas a sentir después?

Olivia dio un sorbo al café sin mirarla y respondió mordaz:

—De maravilla.

—Te estoy hablando en serio. De verdad que sí.

—Te lo cuento, pero solo para que cierres el pico de una vez —le advirtió—. Y nada de agobiarme a preguntas. Te lo cuento y te callas.

—A ver si puedo.

—Como no puedas, no hablo —le advirtió otra vez.

—Venga, anda, si lo estás deseando.

—Sin preguntas. Bien, pues… nos besamos en la expo.

—¿Queeeeeeeeeeeeeé? —chilló Sara, dando un respingo.

—¿Tú no escuchas? —replicó Oli, alterada y risueña—. No quiero perderme en detalles. Nos dimos un beso en la expo. Nos miramos y pasó sin más. Ya está. Un pedazo beso que con el que me quedé…

—Con el chichi… —interrumpió Sara y Olivia la miró con los ojos muy abiertos—. Perdón, perdón. Sigue, por favor.

—De ahí nos fuimos al café. Y estaban las azucenas en un jarrón.

Sara se llevó las manos a la cara y exclamó entusiasmada:

—¡Te lo dije! ¡Te dije que eran para ti!

—¿Qué te he pedido?

—Tía, no es una pregunta. Es una opinión.

—Abstente de todo —le exigió Olivia.

—Mira que eres sosa.

—Estoy fatal y ahora cuando te cuente, si me dejas y no me interrumpes más, lo entenderás. La cena fue increíble. Nos reímos un montón. Y de vuelta a casa, resulta que no tenía llaves. Me las dejé por los nervios y acabé en la casa de él. Fue precioso. Una noche perfecta, hasta que esta mañana lo ha estropeado todo, cuando nada más abrir los ojos me ha preguntado si imaginaba lo que sería despertar cada mañana en una habitación espaciosa, luminosa, con una cama enorme…

—Y él —le interrumpió Sara, que estaba alucinada con el relato.

—No has entendido nada —sentenció Olivia, borde.

—Perdona, esa eres tú. Lo que ha pasado no ha sido por lo que él ha dicho, sino lo que tú has entendido.

Olivia la miró, desconfiada.

—¿Y eso cambia algo?

—Lo cambia todo —respondió Sara, sin dudar.

—Me ha dado tanta rabia que he salido por piernas y él se ha quedado ahí. Quieto. Tampoco te creas que ha salido corriendo detrás de mí.

—Porque habéis actuado igual. Tú has huido por miedo y él se ha quedado quieto por lo mismo. Eso es simetría emocional, amiga.

Olivia se llevó la taza a los labios sin beber y siguió abriéndose:

—Esa frase me ha removido todo. Me ha hecho sentir pequeña. Como si mi vida, este local y esta casa fueran insuficientes. Poquísima cosa.

—Él no ha dicho eso.

—No, pero es lo que yo he oído.

Sara se inclinó hacia ella, sonrió para destensar y afirmó:

—Él quería saber si te apetecería despertar a su lado. Pero no lo has dejado terminar.

Olivia negó con la cabeza, porque para ella aquello solo había sido una anécdota:

—Y aunque lo hubiera hecho, daría lo mismo. Somos muy distintos. Esto no puede salir bien. Siempre va a estar sobrevolando la misma sospecha: ¿está conmigo por mí o porque me está liando para que le venda el local?

—Puede querer tu tienda y estar enamorado de ti —opinó Sara—. No es incompatible.

—Sí que lo es —aseguró Olivia con firmeza—. Si me quiere, tiene que respetar mi sueño. No querer transformarlo en el Café Ferrer. ¿Cómo te quedas si te cuento que me propuso instalar *corners* de flores en sus cafés?

—No es mala idea.

—Y a los tres días tenemos sus cafés hasta en el cuarto de baño —ironizó Olivia, cabreada.

—No va a pasar nada que tú no quieras. Además, Oli, a ti él te gusta. Y mucho. Por eso te has puesto el jersey otra vez. A mí no me engañas.

Ella miró el jersey, pasó el pulgar por la quemadura de la manga, como si necesitara confirmar que seguía ahí y confesó:

—Me lo he puesto para recordarme que tengo que luchar y que tengo que currar más duro que nunca. Jamás me van a quitar esto. Ni él ni nadie.

Olivia después se puso a hablar de números, de márgenes, de estrategias para vender más sin perder identidad…

Sara la dejó hablar, hasta que terminó y retomó el tema:

—¿Entonces ya no quieres saber nada de él?

Olivia se quedó callada, notó el cuello del jersey rozándole la barbilla y luego le vino el olor.

Ese jodido olor y no le quedó más remedio que reconocer:

—Es guapísimo. Me gusta mucho. Y esta noche he tenido el mejor sexo de mi vida. Y mira que la primera vez siempre es un tanto birriosa, pero con él ha sido perfecta —soltó rápido, como si temiera que al decirlo despacio se le notara demasiado.

—Y él te quiere en su cama grande —soltó Sara, risueña—. ¿Por qué no sigues?

—Porque siempre habrá fricción.

—¡Fricción de la buena! ¡Este no es de los que la tiene tamaño tampón!

—Por favor… —farfulló Olivia, que rompió a reír.

—Como aquel con el que estuve que se le caía el condón de lo diminuta que la tenía. Gonzalo además de tener una buena flauta, tiene que ser un maestro pilonero que lo flipas. Y debe aguantar, no como aquel con el que estuviste que se corría con solo verte un pezón —recordó Sara, muerta de risa.

—Que sí, que todo bien —reconoció Olivia, riendo también.

—Como Nil, ¡hasta el desayuno me lo hace bueno!

—Pero Gonzalo y yo somos muy diferentes.

—¡Cómo nosotras! ¿O es que nos parecemos nosotras en algo? ¡Y aquí estamos! ¡Juntas desde la guardería!

—Gonzalo y yo pertenecemos a mundos distintos.

—Mejor me lo pones. ¡Más divertido! —exclamó Sara, frotándose las manos.

—Nosotras somos familia. Pero con él no me veo. Sin embargo, tú y Nil…

—Yo con Nil tengo algo chulo, bonito, una pasión loca… —se apresuró Sara a explicar—. Él es un salvaje en la cama y una buena persona, pero lo que tenemos no tiene ni nombre.

Olivia la miró con preocupación y le preguntó porque aquello lo había vivido antes:

—¿No te estará pasando lo de siempre? ¿Ya estás pensando en que puede haber alguien mejor que él por ahí?

Sara negó porque esta vez era diferente, muy diferente:

—Es imposible que exista un hombre como él.

—Eso te iba a decir.

—Y me gusta además que él se esté tomando esto que tenemos como yo. Solo vive el presente. No se proyecta. Ni piensa en mañana.

—¿Y eso que tenéis es abierto? —quiso saber Olivia, curiosa.

—No, más que nada porque no podemos estar con nadie. Solo tenemos necesidad de estar el uno con el otro. No nos apetece nadie más.

—Eso se llama relación. O novio. O churri. O mi bebé —dijo Olivia con guasa.

—*Bebesote*, más bien. Pero no, no necesitamos etiquetas.

Olivia suspiró y pensó que ella no sabía hacer eso…

Después abrió la tienda y decidió que lo mejor que podía hacer era centrarse en trabajar.

Aunque no tuvo que pasar ni un día para que se diera cuenta de que echaba demasiado de menos a Gonzalo.

El domingo él le dejó unos cuantos mensajes disculpándose y diciéndole que se iba a Barcelona, que cuando quisiera que le llamara.

Ella por supuesto que le dejó en visto y no le llamó, ni le escribió.

Pero no podía dejar de pensar en él a todas horas. Era horrible.

Por mucho que luchara contra sus sentimientos, Gonzalo le gustaba más de lo que debería.

Y así fue transcurriendo la semana hasta que llegó el viernes y aprovechó que estaba Sara en casa para pasarse al mediodía por la tienda de Manu.

Le debía una visita. Se probó un pantalón y, al pagarlo, dejó mucho más dinero del que marcaba la etiqueta.

—Por lo del jersey —le recordó ella.

Manu sonrió y le preguntó mientras le metía el pantalón en una bolsa:

—¿Qué tal te fue con él?

—Descubrí quién era el dueño.

—¡Noooooooooo! —exclamó Manu, dejando la bolsa sobre el mostrador.

—Gonzalo Larra, el chico que…

—¡Sé quién es! —le interrumpió eufórico—. El buenorro de las cafeterías que se ha mudado hace poco al barrio.

—El mismo. No debí enamorarme…

—¿Del buenorro?

—Del jersey —aclaró Olivia, encogiéndose de hombros.

—¿Te ha ido mal con él?

—¿Con quién? —replicó Olivia, confundida.

—Mira, nena, me estás volviendo loco. Te pregunto por el jersey.

—Ah. Vale. El jersey hizo que fuera consciente de la energía que tengo dentro.

—Es porque te contagiaste de la energía del buenorro. Las personas exitosas operan desde unos estados de seguridad, confianza y merecimiento. Y tú con el jersey te pusiste en modo: merezco recibir.

—También es verdad que me he currado lo de la confianza, trabajo como una mula… y voy sacando la cabeza.

—Es jodido —masculló Manu—. Te entiendo. Nos aprietan por todas partes. Aguantar en estas condiciones es tremendo.

—Estoy aquí. Al pie del cañón. Pero él quiere comprar mi negocio. Y yo no quiero. Es todo lo que tengo. Y todo lo que soy.

—¡Esa es mi chica! ¡Empoderada máxima! —celebró Manu.

—Y además de comprar mi negocio… también le gusto. Y él a mí. Vamos, que nos liamos el otro día —siguió contando, porque necesitaba hablar del tema—. Y él me preguntó si me imaginaba despertar cada día en su habitación grande, espaciosa y en su cama gigante…

—¡Hombre, me lo imagino hasta yo! ¡Pues para morirse de gusto!

—Tío, pero estaba como burlándose de mi casa enana —refunfuñó Olivia.

—Lo que pasa es que tú estás muy sensible con el tema. Pero no. Era su forma torpe de decirte que te quiere follar todos los días de su *fucking* vida. ¡Y vas tú y te cabreas! ¡Nena, qué mal estás! Pero te entiendo, ser autónoma te vuelve turururu.

—¡Ahí te doy la razón! —exclamó Olivia, risueña.

—Y ahora que lo pienso… nunca os he visto juntos, pero ahora os visualizo y guauuuuuuu. ¡Hacéis un parejón!

—No tenemos nada que ver. Somos opuestos totales.

—¡Eso es lo mejor! —replicó él—. Y él es justo lo que buscas. Por algo te enamoraste del jersey.

—¿Ah sí?

—Claro, porque es la energía que necesitas para equilibrar la tuya. Yo también he conocido a un tío así. Manda mogollón. Es un superjefe de Carrefour. ¡Y no hay color, nena! Las mejores historias surgen de lo diferente y lo arriesgado.

—¿Tú crees? —inquirió Olivia, perpleja.

—Que te digo que lo estoy viviendo en carne propia. Y no veas lo que está gozando este cuerpito…

—Se te ve bien —comentó Olivia, riendo.

—Y a ti. Hazme caso.

Olivia salió de la tienda y se pasó el resto del día dándole vueltas a la conversación con Manu.

Desde que se había marchado de casa de Gonzalo a toda prisa no había vuelto a comunicarse con él.

Aún lo tenía en visto.

Pero después de cenar, se tumbó en el sofá y cogió el móvil. Se quedó mirando la pantalla unos segundos más de la cuenta, respiró hondo y escribió:

Olivia: Tengo un jersey que no es mío. Cuando quieras, puedes venir a por él.

Y al enviarlo, por primera vez desde aquella mañana, dejó de huir…

Capítulo 15

El sábado, a última hora de la tarde, Gonzalo apareció en la floristería. Desde que había empezado abril, los días se estiraban un poco más y el aire era menos frío, mucho más agradable.

Olivia estaba cerrando la caja cuando levantó la vista y se quedó inmóvil.

Era él. Ahí. En la tienda, como si no hubiera pasado nada y, a la vez, como si hubiera pasado todo.

El corazón le dio un vuelco, porque era la última persona que esperaba en su tienda.

No le había mandado ningún mensaje para avisar, ni había respondido al asunto del jersey.

Respiró hondo y durante una fracción de segundo pensó que tal vez estaba soñando. Pero no. Ese hombre alto, guapísimo y con abrigo oscuro era él, con esa presencia imponente que lo invadía todo.

—¡Hola! —dijo él, con media sonrisa.

Olivia aún ni podía creerlo, de hecho, tardó unos instantes en reaccionar y replicó:

—Hola. No esperaba verte.

—Ya —asintió despacio—. Por eso he venido.

Olivia dejó la caja y se cruzó de brazos, apoyándose ligeramente en el mostrador.

—Y yo que pensaba que estabas aquí por el jersey —bromeó intentando disimular el temblor en la voz.

Gonzalo negó con la cabeza, serio, y habló con voz grave:

—No. He venido a pedirte disculpas.

Olivia ni parpadeó, desconcertada:

—¿Disculpas? —murmuró, con la garganta atenazada por los nervios.

—Acabo de llegar de Barcelona. Y lo primero que he hecho es venir aquí. No te respondí al mensaje del jersey porque prefiero hablarlo en persona.

—Pues tú dirás —musitó Olivia, con las rodillas temblorosas.

—Te escribí unos mensajes disculpándome. Pero lo mejor es hablarlo. Quiero que sepas que me arrepiento de lo que dije el otro día. Por lo mal que me expresé. No quería que sintieras que tu casa es pequeña, ni que tu vida lo es.

—Me sentí ninguneada.

—No era mi intención hacerte de menos. De verdad que no. Todo lo tuyo me encanta. ¡Y seguro que es maravilloso despertar en tu habitación!

Olivia lo miró en silencio, tratando de averiguar si aquello era un discurso preparado o le salía de verdad.

Y parecía que era sincero.

—Mi casa no es que sea muy grande… —dijo ella, en un tono más relajado.

—Pero es preciosa —interrumpió Gonzalo.

—No la conoces.

—Conozco tu tienda y con eso me basta para imaginarla. Tiene que ser el lugar con más encanto del mundo.

A Olivia esas palabras la emocionaron, disimuló como pudo y afirmó tras echarse un poco el flequillo a un lado:

—Es acogedora. Es… casa.

Él dio un paso más dentro del local y miró alrededor con interés y atención real, aunque esta vez no como alguien que evalúa un espacio, no como un tasador, sino como alguien que por fin lo comprende.

—Como la tienda…

—Gracias.

—Es lo que pienso. Mira —empezó Gonzalo—, en un barrio donde todo se convierte en Airbnb, franquicia o sitio para turistas donde se vende lo mismo, encontrar un lugar como este es un lujo. Un regalo. Paso por aquí a diario y lo veo. Tú conoces a la gente. Sabes sus nombres, sus historiales médicos y los amorosos. Sabes cuando alguien viene porque celebra algo y cuando viene porque necesita consuelo. Eso no se compra. Eso se sostiene a base de horas, de impuestos, de nervios, de no dormir…

Olivia bajó la vista al suelo para que no viera que se le estaban llenando los ojos de lágrimas:

—La gente no ve eso —musitó.

—Yo sí —afirmó él, sin dudar—. Y me parece admirable. En serio te lo digo. Lo que haces es heroico. Estar aquí lo es. Con tu tienda. Y siempre con ese mimo, ese detalle, ese cariño. Por eso vuelven y van a seguir volviendo. Lo que das tú no lo da nadie más.

Olivia respiró hondo, lo miró como si no acabara de creer que él hubiera pronunciado esas palabras y dijo:

—Me gusta lo que hago. Y trato de hacerlo lo mejor que sé.

—Y sé lo que esto significa para ti. No solo es un negocio. Es tu historia. Tu identidad. Tu vida. Este barrio te necesita, no necesita otro café más.

Olivia, con un nudo en la garganta tremendo, replicó:

—Entonces, ¿ya no quieres que mi local sea el próximo Café Ferrer?

Gonzalo negó con una sonrisa que Olivia encontró irresistible:

—No. Quiero seguir viniendo a tu Y que huela bonito y comprar azucenas a la chica que me gusta.

Ella cerró los ojos un segundo, porque ya no podía más.

—No sé ni qué decir.

—Me gustas —añadió él—. Me gustas mucho.

Cuando ella volvió a mirarlo, Gonzalo estaba más cerca. Y ya era inútil ocultar que ella sentía lo mismo.

La distancia entre ellos se fue acortando de un modo natural, como si ambos supieran que el otro no iba a apartarse.

Cuando los cuerpos ya casi se tocaron, ella levantó un poco el rostro, él bajó el suyo, se miraron un instante en el que ambos sintieron que temblaban por dentro y entonces se besaron.

Fue un beso profundo y apasionado, sin urgencias, pero con todo lo que habían estado conteniendo esos días.

Las bocas se pegaron la una a la otra, las lenguas se enredaron y las manos se buscaron desesperadas.

Los dos necesitaban ese beso, que les hizo sentir que de pronto todo encajaba.

—Tú también me gustas —admitió Olivia, cuando se separaron un poco casi sin aliento—. Y me alegra un montón que hayas entendido lo que significa esta tienda para mí.

—Lo entendí un poco tarde —reconoció él, que apoyó la frente sobre la de ella, respirando el aire del otro—. Y fui torpe con las palabras. Lo único que quise decirte aquella mañana era que me encantaría despertarme contigo, a tu lado. No en una casa mejor que la tuya. Contigo.

Ella respiró hondo y le propuso sin más con una sonrisa nerviosa:

—Si algún día quieres conocer la casa…

—Por mí, ahora mismo —afirmó él, sin pensarlo ni un instante.

Olivia sabía que aquello no tenía marcha atrás y no le dio ningún miedo.

Sara había salido y no volvería hasta el día siguiente. Así que cerró la tienda, puso el cartel de cerrado, le agarró de la mano y subieron las escaleras casi a trompicones.

Olivia iba delante, tirando de él de la mano, con una urgencia que no dejaba espacio ni para pensar.

Gonzalo la seguía, con la respiración cada vez más descontrolada y el deseo acumulado punzando en la boca del estómago.

Al llegar, Olivia buscó la llave con dedos torpes. Las encontró. Abrió y nada más cerrar la puerta ya no pudieron más.

Se miraron apenas un instante. Y el beso llegó como un rayo. Se comieron las bocas con las ganas atrasadas y un hambre atroz. Ambos tenían la misma rabia por los días perdidos, el mismo alivio y la certeza de que aquello era imparable.

Olivia se pegó a él y gimió de antelación al sentir la dureza de su cuerpo y esa forma en que tenía de sujetarla como si necesitara sentirla por completo ya.

Entraron en la casa casi sin mirarse, chocando con la pared, riéndose, devorándose como si les fuera la vida.

Y ni llegaron al dormitorio. En el salón, Gonzalo la empujó hasta la pared del fondo.

El espacio era pequeño, pero cálido.

La casa de Olivia era eso, como ella había dicho. Hogar. Casa. Un refugio encima de la floristería, de cuarenta y dos metros llenos de vida.

Había plantas, libros, cojines desparejados, acuarelas de Sara y fotos divertidas por todas partes… y un olor a flores frescas

delicioso.

Gonzalo apenas tuvo tiempo de mirar alrededor, pero lo hizo y algo en su expresión cambió.

—Es preciosa —murmuró entre besos—. Joder, tiene un encanto brutal.

Olivia sintió algo extraño en el pecho con el comentario, pero no pudo detenerse en él.

Antes había otra cosa que requería toda su atención.

Las manos de Gonzalo recorrieron sus brazos, la cintura y subieron por la espalda con un peligro que era inminente.

Olivia le desabrochó el abrigo, lo colocó sobre una silla, le quitó el jersey y luego la camisa.

Él hizo lo mismo con ella y el salón se llenó de ropa abandonada, respiraciones agitadas y cuerpos que no querían separarse.

—No me mires así —susurró ella.

—No sé mirarte de otra manera —respondió él, mirándola maravillado.

Olivia estaba con los pechos al descubierto, la besó en el cuello y luego en los pezones.

Ella gimió. Y siguieron las caricias, los lametones, los mordisquitos, los soplidos… hasta que se quitaron el resto de la ropa.

Desnudos, los besos se volvieron más lentos y más profundos. Casi quemaban.

Y fue entonces cuando Gonzalo sacó un condón de la cartera y se lo puso. Después agarró a Olivia por las caderas, la levantó, ella rodeó el cuerpo con las piernas y así la sostuvo un instante largo contra la pared, mirándola de un modo que ella se estremeció por completo.

A Gonzalo el corazón le latía muy fuerte y, con unas ganas infinitas de clavarse dentro de ella, confesó:

—Nunca me ha pasado esto…

—¿El qué? —replicó Olivia, sintiendo cómo presionaba la erección enorme contra el pubis.

—Me moría por estar aquí. Por conocer tu casa. Es algo nuevo para mí. En otras ocasiones me daba igual el sitio, el lugar, todo.

Pero contigo es tan diferente…

Olivia no podía ni hablar. Le besó en el cuello, en la mandíbula, le devoró la boca otra vez.

Y entonces, tras tantear un poco, él se hundió dentro de ella.

Olivia gritó, se aferró fuerte a sus hombros y él comenzó a hacérselo con un control perfecto. Y así fue aumentando el ritmo hasta que de la fricción, esa de la que había hablado Sara, acabó sucumbiendo a un orgasmo increíble.

Y así, sin soltarse, él la llevó hasta la habitación, chocando con los muebles y besándose como podían.

—¿Cuál es tu habitación? ¿Derecha o izquierda?

—Esa —señaló Olivia.

Olivia encendió la luz con el codo y él se fijó en que la cama ocupaba casi todo el espacio. Era demasiado grande para una habitación pequeña, pero con todo resultaba acogedora.

Las paredes eran claras, había plantas junto a la ventana, la ropa estaba doblada sin orden y él solo pudo decir una cosa, mirándolo todo:

—Podría pasarme aquí.

—Toda la vida. Tiene un tamaño tan ideaaaal —bromeó Olivia.

Él la atrajo hacia sí, ella notó esas manos grandes presionando su carne, luego la besó con firmeza y respondió con miedo a meter la pata otra vez:

—No hablo de metros. Hablo de cómo me siento.

—Ya —asintió Olivia, sin dejar de sonreír.

—Te lo digo en serio.

La besó de nuevo, más despacio y profundo, y la dejó sobre la cama.

Allí con la luz encendida, el ritmo fue lento otra vez y los movimientos más conscientes.

Las manos exploraban por todas partes, había muchísimo deseo en las miradas, pero también la sensación de que aquello era más que sexo.

Cambiaron de postura, se estimularon con las bocas, luego ella se puso arriba, después él probó ponerse detrás, después se giraron, aumentó el ritmo, la intensidad… y así estuvieron disfrutando hasta

que al final ella acabó tumbada boca arriba con las piernas en los hombros de él.

Y entonces Gonzalo no pudo más. La penetró unas cuantas veces, con contundencia, y acabó corriéndose como no recordaba. Y ella, tras él.

Se abrazaron, jadeantes aún, y ambos cerraron los ojos sintiendo que aquello había sido demasiado especial. Mucho más intenso que la primera vez, más auténtico y verdadero.

—Estoy bien aquí. En esta cama. En esta habitación. Contigo —dijo Gonzalo, acariciándole el pelo.

Olivia sintió una cantidad tremenda de mariposas en el estómago, pero ni le dio agobio ni ansiedad.

—Quédate. Sara no vendrá hasta mañana.

—Genial.

—Bien.

—Me encanta estar aquí…

—Ja, ja, ja. Como lo digas una vez más ya vas a resultar un tanto… cansino.

Gonzalo se rio también, sin separarse de ella y respirando aún acelerado, y entonces lo vio.

El jersey, que estaba sobre una silla, como si fuera un elemento decorativo más.

—Anda… —habló él, señalándolo—. Mira dónde está…

Olivia siguió su mirada y esbozó una sonrisa gigante:

—Ah, sí.

—Tengo mi ropa aquí. Más en casa, imposible.

—Lo cierto es que el jersey no es del todo tuyo —dijo Olivia, medio en broma.

—Me escribiste diciendo que tenías un jersey que no era tuyo —le recordó.

Olivia dudó un segundo y luego suspiró, rendida a la evidencia:

—Supongo que no. Pero ahora que lo pienso, es más bien… de ida y vuelta.

Gonzalo sonrió de esa manera suya, tan seductora, y replicó:

—Entonces me lo llevaré, pero solo por un rato.

Olivia apoyó la cabeza en el pecho de Gonzalo y preguntó:

—¿Cuánto rato?

—Si lo echas mucho de menos, vienes a casa y te lo llevas otra vez.

—Me parece justo —aceptó Olivia, risueña.

—Yo lo he echado mucho de menos en Barcelona.

—Al jersey —ironizó ella.

—Claro —aseguró con una sonrisa gamberra—. Aunque estos días en Barcelona me han servido para entender muchas cosas.

Olivia levantó la cabeza:

—¿El qué?

Gonzalo se quedó mirándola unos instantes, por un momento pareció que no iba a responder, pero de pronto soltó:

—Que estoy enamorado de ti.

Y dijo la frase con tanta verdad que Olivia no tuvo ni la menor duda de que estaba siendo sincero…

Capítulo 16

Abril llegó revuelto y caprichoso. El desconcierto típico de la primavera. Un día pedía abrigo, al siguiente parecía verano y al tercero diluviaba.

Lo de Olivia y Gonzalo fue igual: un poco improvisado, un poco sin normas, hasta que, contra todo pronóstico, empezó a asentarse sin darse demasiadas explicaciones. Simplemente pasó.

Al principio fue casi sin darse cuenta.

Una noche Olivia se quedó a dormir en casa de él porque se les había hecho tarde.

Otra porque al día siguiente Gonzalo tenía una reunión temprano y a Olivia le daba pereza volver a casa con la que estaba cayendo.

Luego un «me quedo» dicho sin pensarlo.

Las noches de los viernes en casa de Olivia.

Después, un neceser de *brillibrilli* que se quedó en el cuarto de baño azul de la casa de Gonzalo.

Una mochila que empezó a aparecer sobre una silla de la casa de Olivia: ese refugio enano que olía a flores, a caldo y a hogar, que les encantaba a los dos.

Pero a medida que se sucedían los días, cada vez pasaban más noches en la casa de Gonzalo, sin que eso le generara a Olivia el rechazo que había temido.

Gonzalo, por su parte, no dejaba de pasarse por la floristería. Y de tanto en tanto caía una siesta, un desayuno en la mesa pequeña de la cocina, con las piernas encogidas y la radio de fondo, o le compraba una azucena y ella se la colocaba en el pelo o en la solapa de la chaqueta.

La floristería, por cierto, cada día iba a mejor.

A Gonzalo también le iba de maravilla en los negocios.

Abril se estaba portando genial.

En ningún momento dijeron que vivían juntos, ni lo plantearon como un paso, tan solo se colaron el uno en la vida del otro.

Gonzalo empezó a viajar menos, no porque se lo prometiera a Olivia, ni mucho menos porque ella se lo pidiera. No le apetecía irse.

Y un viernes por la mañana, soleado, más de verano que de primavera, mientras desayunaban en casa de él en silencio, con las ventanas abiertas y el ruido del barrio colándose por la casa, le contó sin darle ninguna importancia:

—Tenía pensado abrir un café en Ámsterdam.

Olivia levantó la vista del café y preguntó sorprendida:

—¿Tenías?

—Sí. Un proyecto que lleva tiempo rondándome por la cabeza. Y tengo el local fichado, socios interesados y todo bastante encaminado.

—¿Y? —replicó ella, notando una pequeña tensión en el estómago.

Gonzalo, tras dar un sorbo a su café, se encogió de hombros y respondió:

—Y nada. No lo voy a hacer.

Olivia dejó la taza en la mesa, con cuidado y preguntó con una mezcla de curiosidad y alivio:

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo no me compensa —contestó él, mirándola con honestidad—. No me apetece empezar algo nuevo lejos de aquí, donde estoy bien.

Gonzalo no dijo en ningún momento que fuera por ella. Pero a Olivia no le hizo falta, lo entendió igual.

Y no sintió ninguna culpa, lo que sintió fue paz.

Ese mismo viernes por la noche, como siempre, cenaron con Sara y Nil.

Cenaron entre risas, vino, platos compartidos que el chef elaboraba en exclusiva para ellos, y esa sensación de estar los cuatro en un momento bonito.

Sara y Nil seguían en su burbuja, tan apasionados, tan intensos, tan pegajosos y tan felices.

O eso parecía.

Hasta que, a finales de abril, todo se rompió.

Fue un martes por la tarde, gris, tontorrón, de ni mucho frío ni mucho calor, soso, absurdo, aburrido…

Era imposible que ese martes pasara nada.

Pero pasó.

Vaya que sí pasó.

Olivia estaba en la floristería, colocando unas peonías, cuando la puerta se abrió de golpe.

Sara entró con un llanto desbordado, apretando el bolso contra el pecho como si temiera que pudiera romperse también.

—¡Me voy para arriba! —sollozó con la voz rota.

Olivia dejó las flores tal cual estaban y la miró alarmada.

—¿Qué ha pasado?

Sara se había puesto un vestido rojo de lunares que había estrenado ese día para dar un paseo romántico por el Retiro.

Ella no había dicho que fuera romántico, pero el paseo tenía pinta de que iba a serlo.

Incluso se había llevado un ramo de flores silvestres para regárselas a él.

—A mi Aquaman le pirran las flores. Y se las merece tanto… —le contó justo antes de irse.

Y ahora regresaba así. Que ni podía ni hablar. Negó con la cabeza y subió las escaleras a toda prisa llorando desesperada.

Arriba, se dejó caer en el sofá, cogió un cojín, se lo puso en la cara y se rompió por completo.

Olivia puso el cartel de «Ahora vuelvo», se fue detrás de ella, se sentó a su lado y la abrazó sin hacer preguntas, dejando que lo soltara todo.

—Hemos roto —dijo Sara al cabo de unos minutos.

Olivia se quedó rígida, abrió muchos los ojos y farfulló:

—¿Roto… roto?

—Roto —asintió a la vez que se secaba las lágrimas con la manga del vestidito tan mono.

—Pero si lo vuestro no tenía nombre —recordó Olivia, que estaba tan preocupada que dijo la primera cosa que se le ocurrió.

Absolutamente absurda, a lo que Sara replicó:

—Tía, ese vaso tampoco tiene nombre y si lo estampo contra el suelo, se rompe.

—Ya, ya.

—Pero esto se ha roto por no tener nombre —soltó Sara, con una sonrisa amarga.

—¿Cómo? —inquirió Olivia, tratando de entender algo.

A Sara le costó unos segundos recomponerse para explicarlo.

—A Nil ya no le basta con esto que teníamos: sin nombre. Quiere ponerle uno. Quiere que seamos pareja. Y no solo eso… —añadió agobiada—. Se imagina una vida juntos. Familia. Hijo. Hija. Hije. Lo que venga. Y perro. Sofá con estampado de cebra, que no sé dónde va a encontrarlo. Y Rutina y toda la pesca.

Olivia no pudo evitar sonreír, aunque le preguntó sintiendo lo mal que lo estaba pasando:

—¿Y tú no quieres nada de eso? ¿Ni el sofá?

Sara negó con la cabeza, desesperada. Resopló y logró hablar entre dientes:

—Yo no puedo. Tú lo sabes. Cuando alguien empieza a querer ir más allá me entra pánico.

—Pero Nil es distinto. No tiene nada que ver con los otros.

—Por eso mismo. Me da más terror todavía —dijo Sara, muy nerviosa.

—Estás pilladísima.

—Qué me vas a contar. Después de tanta lechuga y tan poco troncho: llegó él.

—Ja, ja, ja. Perdona, pero es que lo de la lechuga… —soltó Olivia, entre risas.

—Es la verdad. Y es un ser de luz. Pero no estoy preparada para que un ser humano así me quiera tan bien y tan en serio.

Rompió a llorar. Olivia la abrazó más fuerte y Sara habló de lo que trataba de olvidar desde hacía años.

De su padre, que se fue cuando ella era un bebé y no volvió nunca. De su madre, que a los dieciocho se casó con un tipo y la echó de casa sin miramientos.

Y, sobre todo, de esa maldita sensación constante de que la gente que quiere acaba marchándose.

—Yo nunca me voy a marchar —le recordó Olivia.

—Tú eres Oli. Mi todo. Tú estás siempre. Sé que nunca te irás. Pero los demás no lo sé. Nil quiere que adoptemos un perro y fijo

que me deja también.

—¡Qué dices!

—Una mañana, el perro cogerá la puerta y se irá a buscarse otra ama. Lo veo.

—Anda, anda. Y Nil no es como los demás —aseguró Olivia.

—¡Es perfecto! Bueno, generoso, cariñoso, me apoya, me busca clientes para mis acuarelas, me cuida, me desea y me hace el amor con tanta animalidad y ternura que me deja con los *eyes rolling*.

—Ja, ja, ja.

—Por eso no puedo seguir. Porque sé que me va a doler más cuando se vaya.

—¿Y por qué se va a ir? —replicó Olivia, a la que le apenaba muchísimo verla así.

A Sara se le cayeron dos lagrimones por el rostro y respondió compungida:

—Siempre se van.

—Jo, Sara. Yo estoy aquí.

—Tengo un trauma muy grande. Él lo sabe. Dice que haga terapia. Que a él le ayudó. A mí no. Fui a un psicólogo y en cuanto empezó a hurgar en la herida, no volví. No puedo. Y mira, lo siento mucho por él, lo siento en el alma, Oli, pero no hay otra. Prefiero romper, antes de quedarme a esperar el golpe —confesó estrujando el cojín hasta doblarlo.

Y de solo pronunciar la palabra «romper», se echó a llorar de nuevo, a lágrima viva.

Olivia se levantó a por unos pañuelos y en esto que le entró una llamada. Era Gonzalo.

Colgó. Se fue a por los pañuelos y le llegó un mensaje.

Gonzalo: Es urgente. Estoy en la puerta de la floristería.

Olivia le pasó los clínex y Sara le dijo tras enjugarse las lágrimas y sonarse:

—Atiende la llamada. Yo estoy bien.

—Sí. Fenomenal —ironizó Olivia.

—No puedes dejar la tienda cerrada. Baja. Yo estoy aquí. Me apetece estar sola, además.

—No voy a dejarte sola —insistió Olivia, tajante.

—¿Quién te ha llamado?

—Gonzalo. Dice que es algo urgente. Pero tú lo eres mucho más.

—¿Urgente? —preguntó Sara, dando un respingo—. Tía, mira a ver qué quiere —le suplicó Sara, angustiada—. ¿Y si le ha pasado algo a Nil?

—Está en la puerta. Bajo y me entero. Tú tranquila, que todo va a estar bien.

—Se quedó hecho mierda —masculló Sara, con una ansiedad que no la dejaba ni respirar—. ¡Dios mío! Baja y me cuentas.

Olivia bajó, removida, abrió y Gonzalo entró con gesto preocupado:

—Me han llamado del Larra —dijo tras darle un beso en los labios —. Nil está encerrado en la cocina. Se ha puesto a romper cosas…

—¡Madre mía!

—Al parecer Sara le ha dejado. Y se ha vuelto loco. Lo han logrado reducir entre tres y ahora le están dando una tila.

—Sara está preocupadísima.

—¿Está aquí?

—Sí. Está arriba, llorando sin parar —respondió Olivia, inquieta.

—He venido a ver si me enteraba de algo. ¿Tú sabes lo que ha pasado? —preguntó Gonzalo, pasándose la mano por el pelo.

—Espera, que le voy a contar que él está bien. Un momento…

Olivia subió a casa de nuevo y le contó a Sara lo de Nil:

—Pobrecito —se lamentó, destrozada—. Cuánto lo siento. De verdad, que me siento una bruja. Pero es mejor así. Esto es lo mejor.

—Ven, vamos a hablar —le pidió Olivia, cogiéndola de la mano.

—¿Ha mandado a Gonzalo para que me convenza para que vuelva? —preguntó Sara, que no podía sentirse peor.

—Gonzalo ha venido porque está preocupado.

—Es muy buen amigo. Pero yo no quiero hablar, Oli. Prefiero meterme en la cama. Baja tú, y cuéntale a Gonzalo que esto es lo mejor.

—No te voy a dejar sola —afirmó Olivia, sin soltarla.

—Que sí, por favor. Atiende a Gonzalo y abre la tienda. Si te necesito, te doy un grito.

Sara insistió tanto que Olivia le hizo caso. Bajó y le contó a Gonzalo cómo había sido la ruptura, la conversación y los miedos que arrastraba Sara.

Él escuchó en silencio y luego dijo en voz baja:

—Nil creció sin familia. Sus padres lo dejaron a cargo de su abuela y murió cuando él tenía doce años. Pasó por casas de acogida y no le fue bien. Su tabla de salvación fue la cocina. Empezó a trabajar con dieciséis en un bareto como friegaplatos, con lo que ganaba se pagó los estudios, era el mejor, le cogieron en un buen restaurante y luego conseguí convencerle para que se viniera al Larra. Allí dice que ha encontrado a su verdadera familia y hace poco me confesó que con Sara era la primera vez que llegaba a casa y sentía que lo era.

Olivia lo miró sintiendo un nudo en la garganta y le contó:

—Sara estaba feliz con él.

—Eso parecía. Te juro que no entiendo nada.

Olivia se quedó en silencio, bajó un poco la voz y le explicó:

—Sara tiene pánico a que la abandonen.

—Y Nil pánico a no tener a nadie.

—Una combinación complicada —añadió Olivia, frunciendo el ceño de la preocupación.

—Sí, están muy jodidos. —Gonzalo se acercó un poco más a ella y siguió—: Nosotros hemos tenido suerte.

—Nosotros —dijo Olivia, con la voz tomada por la emoción.

—Nosotros —repitió él, mirándola de un modo que Olivia sintió un estremecimiento súbito—. Afortunadamente, no hemos pasado por lo de Sara y Nil. Venimos de familias imperfectas, pero estables. Con padres presentes, hermanos, sobrinos, navidades ruidosas, abuelas que nos hicieron bocadillos de Nocilla…

—Una red —replicó Olivia, consciente de lo frágil que es todo cuando no la tienes—. Una tía como la mía, que me quiso sin condiciones y me dejó lo más valioso que tenía para que fuera independiente y libre. A pesar de tener que hacer trimestrales de autónomos —remató con guasa.

—Tengo dos hermanas que son unas brasas, pero no sé qué sería de mí sin esas sobremesas largas y esos sobrinos que me inflan a balonazos cada vez que me ven.

—Estoy liadísima y no subo tanto a ver a mis padres a la sierra como me gustaría. Pero sé que están ahí. Mis dos hermanos viven enfrente. Y para mis sobrinos soy la princesa de las flores.

—¡Qué honor! —exclamó Gonzalo, mirándola con una sonrisa enorme.

—Mola. Me encanta. Amo a mi familia —afirmó Olivia, llevándose la mano al pecho.

—Y yo.

Se miraron con complicidad, admitiendo algo que nunca habían dicho en voz alta.

Ambos venían de familias funcionales y estructuradas, con referentes estables, y buscaban relaciones parecidas a lo que habían visto en casa. Gente que se quería, que discutía sin romperse y que siempre volvían al mismo sitio.

Si bien no pudieron seguir hablando del tema, ya que apareció alguien en la puerta, que venía a recoger un ramo de flores.

Olivia le atendió y luego Gonzalo le dijo que subiera a ver cómo estaba Sara, que él se quedaba en la tienda hasta que cerrara.

Olivia se lo agradeció, pasó al cuarto de Sara y se la encontró llorando hecha un ovillo.

Se sentó a su lado y la abrazó.

—Estoy rota, Oli. Jodidamente rota.

—No estás rota. Estás herida. Y eso se cura, aunque ahora no lo veas.

Sara apoyó la cabeza en su hombro y sollozó exhausta:

—Ojalá supiera querer sin miedo.

Olivia cerró los ojos porque la entendía perfectamente. Con Gonzalo todo iba bien, pero ella también seguía teniendo miedo.

—Ojalá todos supiéramos —musitó Olivia, con los ojos llenos de lágrimas.

Y mientras afuera el barrio seguía con su vida, abril acabó así: afianzando unas historias y resquebrajando otras…

Capítulo 17

Mayo llegó con un aire distinto. El sol tardaba más en irse, pegaba con más fuerza, dejó de llover, las terrazas estaban a reventar y se empezaron a ver sandalias y polos de rayas por todas partes.

No era solo que oliera a primavera: se intuía el verano y estallaba la vida en cada esquina.

A Olivia le pasó algo parecido. Lo suyo con Gonzalo llevaba semanas avanzando sin hacer ruido. Y se fue volviendo formal a través de cosas cotidianas como la llave de la casa de Gonzalo que Olivia llevaba en el llavero por si acaso. El mensaje a media tarde de «¿has comido?». Las cañas de los domingos en La Manuela, el boquerón con patata y los torreznos en Bodegas Rivas. Los shows del Picnic… O una foto de una azucena mal colocada con un «he pensado en ti».

Olivia todavía alucinaba con lo tranquila que estaba, con lo fácil que era estar con él.

Ella que venía de sobrevivir, de medirlo todo, de sostener su mundo con fuerza para que nadie se lo quitara, de repente, sin querer, se estaba permitiendo descansar un poco en alguien.

Alguien con el que estaba a gusto y que no dejaba de sorprenderle.

La primera vez que se dijeron «te quiero» no fue una escena perfecta.

Fue un martes de mediados de mayo en que el sol no se dignó a salir.

Gonzalo se había pasado al mediodía «un segundo» como siempre y al final se había quedado veinte minutos, apoyado en el mostrador, observándola trabajar como si fuera la cosa más fascinante del mundo.

Olivia colocaba un ramo de margaritas y ranúnculos con la concentración de quien está diseñando un puente.

Gonzalo le pasaba margaritas, sin dejar de mirarla, como si quisiera leer algo dentro de ella que aún no se atrevía a decir.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó ella sin levantar la vista del ramo.

—¿Qué cara?

—La de estar dando vueltas a algo.

Gonzalo después de pasarle otro par de margaritas dijo, tras carraspear un poco:

—Estaba pensando que, si tú desojaras una margarita ahora mismo, te saldría siempre lo mismo.

Olivia se detuvo un segundo, levantó un poco las cejas y preguntó entre divertida y sorprendida:

—¿El qué?

Gonzalo dio un paso apenas perceptible hacia ella y le pasó otra margarita, rozándole con los nudillos el dorso de la mano, en un gesto mínimo, pero muy íntimo.

—Que yo te quiero —respondió Gonzalo, como si fuera algo evidente.

Olivia levantó la vista con el ramo aún entre las manos, sintió un mariposeo en el estómago, y replicó con una emoción que ni se molestó en disimular:

—Y yo.

Gonzalo sonrió con la certeza de que ese era su sitio, que esa chica era lo que siempre había deseado, recortó la distancia que los separaba y llegó el beso que ambos sabían que no iban a olvidar jamás.

Él la buscó con la boca, Olivia cerró los ojos, las lenguas se enredaron y la floristería dejó de existir.

Esa misma tarde, Gonzalo se fue a Barcelona.

Solo unos días por trabajo. No era nada importante. Solo una de esas idas y venidas rutinarias que antes eran su vida y que ahora le pesaban cada día más.

Y a Olivia también.

Aun así, cuando se quedó sola en la floristería, no se le borró la sonrisa de la cara. Recolocó flores con más cuidado de lo habitual, tarareó canciones, miró el móvil porque Gonzalo siempre le ponía un mensajito antes de volar y respiró hondo con la sensación de que todo estaba yendo bien.

Había complicidad, pasión, deseo, ternura… No se exigían nada, ni tampoco se pedían explicaciones.

Gonzalo le dejaba la taza del café limpia sobre la encimera, justo donde a ella le gustaba encontrarla por la mañana. Y Olivia, sin decir nada, le doblaba la chaqueta y la dejaba colgada detrás de la puerta.

No había agobios. Ni miedos. Ni mentiras. Ni nada que lastrara.

Ambos se encontraban a gusto, se dejaban espacio y compartían lo necesario para querer siempre volver.

Que no era poco.

Un rato después, Sara entró en la tienda, pálida, ojerosa y con la expresión de quien lleva sin dormir un montón de noches.

Olivia la miró y le preguntó, como cada día, porque la tenía muy preocupada:

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te fue?

—Me han encargado un montón de acuarelas. Es un contacto que me consiguió Nil.

—Ya —musitó Olivia, un poco triste al ver la cara que había puesto su amiga al pronunciar el nombre de Nil.

—Es muy duro esto, Oli. No estoy bien. Pero tú en cambio tienes una carita… —dijo Sara entrecerrando los ojos—. A ti te ha pasado algo. ¡Y muy bueno!

Sara dejó el bolso sobre el mostrador y la miró, pidiéndole que hablara.

—Me sabe mal verte así. Y yo… —admitió Olivia.

—Eh —la cortó Sara, batiendo las manos—. Para. Esto es lo que toca.

Olivia frunció el ceño y murmuró:

—Es jodido.

—Es la vida, tía. Unas veces me sostienes tú a mí y otras yo a ti. No pasa nada —dijo encogiéndose de hombros—. No vamos sincronizadas, pero vamos juntas en el camino siempre. Y eso es lo importante.

Sara le dedicó una sonrisa cansada, pero sincera y emocionada. Y Olivia la abrazó con los ojos vidriosos.

—Sara…

—Disfruta de lo que te está pasando, Oli.

Sara le dio un beso en la mejilla, deshicieron el abrazo, Olivia respiró hondo y le contó:

—Gonzalo ha estado aquí y me ha dicho que me quiere.

Sara abrió los ojos como platos, sonrió como hacía días que no lo hacía y exclamó feliz:

—¡Me alegro muchísimo, tía!

—Estaba haciendo un ramo de margaritas y me ha soltado así de golpe que no me hace falta desojar margaritas en mi relación con él.

—¡Ay, qué mono, por favor! —exclamó Sara, llevándose las manos a la cara—. ¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué le voy a decir? No tengo que pensarme nada. Le amo, Sara. Y se lo he dicho…

—¡Ay, que me da! —gritó Sara, abanicándose con la mano.

—Ja, ja, ja.

—¿Y luego qué? ¿Tracatá? —preguntó Sara, frotándose las manos.

—Solo un beso de esos que te dejan flotando tres días y medio. Y luego se ha tenido que ir porque vuela a Barcelona —contestó Olivia, que irradiaba felicidad por todos los poros.

Su amiga se quedó mirándola, suspiró largo, se llevó la mano al pecho y musitó:

—¡Qué bonito es el amor! ¡No me digas…!

—Pues sí —asintió Olivia.

—Es tan bonito, que esto que me has contado hace que me reafirme en la decisión que he tomado.

—¿Qué decisión? —inquirió Olivia, arqueando una ceja.

—El lunes tengo cita con el psicólogo. Quiero amar, Oli. Es una de las cosas más bonitas de la vida y no quiero perdérmela más.

Olivia la miró con una sonrisa de admiración enorme y le dijo:

—Eres muy valiente.

Sara negó con la cabeza, torció el gesto y aseguró:

—No es valentía. Es instinto de supervivencia. Estoy destrozada, tía —chasqueó la lengua y luego añadió—: Echo de menos a Nil como si me faltara un órgano de los importantes, tipo páncreas. En ese nivel estoy. Pero de momento no puedo hacer otra cosa más que salir corriendo cuando alguien por fin me ha querido de verdad. No

sé hacerlo mejor —lamentó bajando la vista al suelo, como avergonzada.

Dos lágrimas le rodaron por las mejillas. Olivia la abrazó y dejó que llorara en su hombro, luego le limpió la cara con un clínex que tenía en el bolsillo y susurró:

—Estás haciendo lo que puedes. Y eso ya es mucho.

Sara se abrazó a ella con más fuerza y reconoció sin parar de llorar:

—Ojalá que no me diera tanto miedo querer y que me quieran.

—Tú sabes querer. A mí me quieres.

—Y a Nil también pero no sé cómo hacerlo, Oli.

—Ya aprenderás…

Y se quedaron así un momento, las dos amigas sosteniéndose en distintos puntos del camino.

Entonces, llegó el mensaje de Gonzalo que acababa de enviar justo antes de que el avión despegara.

Gonzalo: Ya empiezo a contar los días para volver…

El viernes regresó…

Ese día, Gonzalo le escribió para decirle que su vuelo llegaba a última hora.

Olivia leyó el mensaje mientras estaba cerrando la floristería y, sin pensarlo demasiado, hizo algo que en ella no era muy frecuente: improvisó.

Llegó al aeropuerto con el pelo medio recogido, un vestido y una cazadora azules, y el corazón latiéndole tan fuerte como si estuviera haciendo una auténtica locura.

Para ella desde luego que lo era.

Se colocó detrás de una columna en la zona de llegadas, con una sensación nueva para ella que en su vida había organizado ni una fiesta sorpresa de cumpleaños. Y cuando lo vio salir, con la mochila al hombro y la cara cansada del viaje, el resto del mundo desapareció.

Gonzalo caminaba mirando el móvil. Alzó la vista por intuición y la vio. No podía creerlo.

Olivia corrió hacia él con tanto ímpetu que casi le tira.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, muerto de risa.

Olivia se encogió de hombros con una sonrisita que la delataba y respondió:

—Te he echado demasiado de menos.

Gonzalo la miró con deseo y amor, dejó la mochila en el suelo, la agarró por la cintura con las dos manos y la besó como si llevaran siglos sin verse.

—Pues yo no te cuento…

—¿Qué tal estás? —murmuró Olivia al separarse un poco, notando el cansancio en su cara.

—Estaba agotado —admitió Gonzalo—. Ya no. Y es viernes.

Los viernes por la noche solían ser «el viernes del Larra». La cena de los cuatro, donde Sara y Nil se perdían antes de que llegaran los postres y Olivia y Gonzalo charlaban de todo y de nada, con su mundo reducido a una mesa y dos copas.

Pero desde la ruptura, el plan había muerto.

El Larra seguía ahí, igual de bonito, igual de lleno, pero los viernes había un hueco extraño y triste en el lugar donde solían poner la mesa.

Y ya que se les había caído el plan un viernes más, Gonzalo le propuso mientras salían del aeropuerto:

—Te invito a cenar.

—Vale. ¿Al 2D? —propuso Olivia, porque les encantaba y estaba al lado de casa.

Luego, se apoyó sin querer un poco más de la cuenta en su brazo y Gonzalo replicó.

—Había pensado en un sitio donde no hayamos estado, tranquilo y bonito. Uno así como… el Numa Pompilio.

—Guauuu. Mono, muy mono… —asintió Olivia, sonriendo de oreja a oreja.

—Y si quieres, llama a Sara por si se apunta. ¿Cómo está?

—Mal —respondió Olivia—. Pero va a ir a terapia, lo va a intentar. El lunes tiene cita. Está harta de huir. ¿Y Nil?

—No levanta cabeza —bufó Gonzalo—. Ayer me tuvo una hora al teléfono diciéndome, de mil maneras distintas, que es la mujer de su vida.

—Me da mucha pena esta situación. Están los dos hechos polvo.

—Dile que se venga —insistió él.

—No sé —musitó Olivia, dudando.

—Nil me ha pedido que intente mediar, que haga lo que sea para que ella recapacite. Pero tranquila que no voy a decirle nada. No es una emboscada. Solo que no es bueno que se quede encerrada en casa. Y las pizzas carbonaras de allí están de vicio.

A Olivia le gustó que Gonzalo se acordara de cuál era la pizza favorita de su amiga. Pero también pensó en Sara, en lo que le estaba costando respirar sin culpa. Y dudó un segundo. Le daba miedo que interpretara la invitación de Gonzalo como un recordatorio cruel de lo que ella había perdido.

Pero también pensó que quizá le vendría bien salir, cambiar de escenario y no pasar otro viernes rumiando su pena encerrada en casa con las acuarelas.

—Está bien. La voy a llamar —decidió Olivia.

Gonzalo levantó la mano para parar un taxi.

Cuando el coche llegó, Olivia le tomó de la mano sin darse cuenta y él entrelazó los dedos con naturalidad.

Se subieron al taxi y entonces ella se fijó en el cielo rojo, intenso, casi exagerado. Un atardecer tan precioso que parecía que el sol se resistía a irse, cubriéndolo todo de una luz de verano, de playa, de mar… de todo ese que estaba por venir. En fin, una luz tan increíble que era casi irreal.

Olivia pensó que a veces los días también acababan así, estallando en un rojo de ensueño mientras vas de la mano del hombre al que amas.

Apretó un poco la mano de Gonzalo, que también estaba con la mirada puesta en ese atardecer.

—¡Qué maravilla! —masculló él, apretando la mano de vuelta.

Después la miró, Olivia sonrió y luego se acordó de Sara y Nil:

—A lo mejor a ellos les pasa como con este cielo. Y justo cuando parece que algo bonito termina, empieza otra cosa distinta.

—Y mejor y más de verdad —le interrumpió Gonzalo y ella ni dudó de que también estaba hablando de ellos.

Luego, sacó el móvil y marcó el número de Sara.

Gonzalo escuchó a medias la conversación y la voz de Sara sonaba apagada y lejana.

—No, no gracias. De verdad, que no tengo cuerpo —se excusó Sara.

—Gonzalo dice que las pizzas están que lo flipas.

—Me he pasado por el mercado de Barceló y me he comprado un jamón del bueno para cenar. De todas formas, dale las gracias a Gonzalo de mi parte. Por cierto… ¿por casualidad no habrá hablado con Nil?

—Gonzalo me ha contado que lo está pasando de pena.

—No sé para qué pregunto —se arrepintió Sara, al momento—. No me digas más, por favor. Prefiero no saber. Me duele demasiado.

—Como tú quieras, Sara.

—¡Pasadlo bien, chicos!

Olivia no quiso insistir más.

Colgó. Apoyó la cabeza en el hombro de Gonzalo y se sintió genial.

Pero mientras el sol desaparecía del todo, Olivia en quien pensó también fue en Sara y supo que, pasara lo que pasara, no iban a dejar de estar juntas.

Capítulo 18

Sara se subió al autobús con la carpeta grande bajo el brazo vacía. La llevaba para tener algo a lo que aferrarse y sentirse protegida.

En el autobús quedaban tres sitios libres y ella eligió uno al fondo junto a la ventana.

La gente tenía cara de lunes. Y ella también la llevaba.

Había dormido mal, tenía las ojeras de quien lleva días llorando y el cuerpo de quien va arrastrándose a todas partes, funcionando por pura inercia.

Se había repetido un montón de veces que ese era el día. Que sí o sí. Que no había más opciones. Que iba a sentarse en la consulta y pronunciar «me abandonaron», sin sarcasmo, sin hacer el chistecito fácil, sin pasar de puntillas y cambiar de tema.

Respiró hondo, intentando que la ansiedad no se le notara. Sentía una garra apretándole más fuerte que nunca. Le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes y tenía los dedos destrozados de tanto darse tironcitos en la piel.

El autobús bajaba por la Gran Vía, siempre llena de gente, aunque fuera un lunes a la una de la tarde.

Había personas con el café en la mano con cara de prisa, turistas moviendo la cabeza para todas partes, niños arrastrando mochilas con abuelos detrás pasándoles trozos de plátano…

Todos estaban en su sitio, haciendo lo que tocaba. Y ella también.

Sara miró el móvil. Releyó la dirección de la consulta una vez más, aunque se la supiera de memoria y alzó la vista.

Estaban a punto de llegar a la Plaza de España y, entonces, el semáforo se puso en rojo.

Y apareció él.

Fue como un fogonazo. La última imagen que esperaba que fuera a asaltarla ese lunes en el que había decidido ser más fuerte. Un poco más.

Nil estaba en una esquina agachado, recogiendo del suelo unas mandarinas que se habían desparramado del bolsón de tela de una señora mayor que sujetaba agobiada a un perro pequeño.

La anciana se llevó la mano al pecho, apurada y agradecida, mientras el perrillo olfateaba las mandarinas moviendo el rabo.

Nil, con las manos gigantes llenas de mandarinas, sonrió a la mujer y le habló con un cariño que Sara no pudo escuchar desde el autobús, pero lo reconoció por el gesto. Guardó todo en el bolsón, le dijo algo al perro y este le colocó las patas encima.

Sara no podía ni parpadear. Se quedó clavada en el asiento.

Nil estaba muy desmejorado, con la barba crecida, la camiseta un poco más grande, la cara pálida, los ojos cansados y una tristeza encima que se le notaba incluso en la curvatura de la espalda.

Aun así, a pesar de que sus ojos no brillaban, sonrió amable a la señora, le cogió el bolsón, le ofreció gentil su brazo y la acompañó hasta el semáforo.

Él era así: atento y siempre ayudando.

Sara sintió que se le revolvía todo por dentro. Apenas podía tragar ni respirar con normalidad. El estómago lo tenía encogido y el corazón con una pena tan profunda que le llenaron los ojos de lágrimas.

El semáforo se abrió, el autobús siguió con el recorrido y Sara estuvo a punto de pedirle a gritos al conductor que parara para bajarse y correr hacia él.

Pero no pudo. Se quedó rígida, respirando como podía, con el cuerpo desbordado ante tal avalancha de emociones.

Rompió a llorar con disimulo. Tomó aire, se retiró las lágrimas con el dorso de la mano. Y sintió que tenía que hacer algo que era mucho mejor que bajarse de ese autobús que acababa de dejar atrás Plaza de España.

Sacó el móvil, marcó el teléfono de la consulta y la recepcionista contestó al tercer tono.

—Buenos días, consulta de…

Sara la interrumpió antes de que pudiera cambiar de opinión y soltó del tirón:

—Hola. Soy Sara Horcajo. Tenía cita hoy a la una y media.

—Sí, Sara, te tengo aquí —habló la recepcionista, amable—. ¿Vienes de camino?

Sara miró por la ventana y vio en el reflejo del cristal su cara desencajada, los ojos brillantes, la mandíbula apretada y sintió que solo podía responder una cosa:

—Tengo que anularla.

Hubo un silencio, pequeño y profesional, al otro lado y luego la recepcionista preguntó:

—¿Estás bien?

Sara soltó una risita nerviosa y atinó a decir:

—Sí… no. O sea, que no puedo. No puedo ir hoy.

—Podemos darte otra cita —ofreció la recepcionista.

Sara apretó la carpeta contra el pecho como si fuera a quitarle la ansiedad de golpe.

—Pues sí. Me la vas a tener que cambiar. Quiero ir otro día. De verdad que sí. Pero hoy no puedo. Soy artista —masculló, como si eso lo explicara todo—. Y ahora lo que más me urge para no romperme es pintar. Necesito pintar. Necesito hacerlo como sea…

La recepcionista no la juzgó. Solo dijo con una delicadeza que a Sara le entraron más ganas aún de llorar:

—Cuando quieras, cariño. Aquí estaremos.

Sara colgó. Solicitó parada, se bajó, cruzó la calle y tomó el autobús de vuelta a casa.

Al llegar, subió las escaleras con la sensación de estar haciendo algo bien y algo mal.

Abrió la puerta, entró y se fue directa a su cuarto sin saludar siquiera.

Olivia estaba preparándose la comida en la cocina y cuadrando números con el portátil abierto y una libreta de cuentas al lado.

Al oírla entrar, le preguntó con cierta preocupación:

—¿Sara? ¿No estabas…?

Sara resopló y salió de la habitación porque sabía que su amiga no iba a parar hasta que desembuchara.

Apareció en el marco de la puerta con los ojos rojos:

—He vuelto.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Olivia, alarmada.

Sara no pudo explicarlo con lógica, tan solo pudo decir:

—Tengo que hacer algo.

—¿Comemos y hablamos? Me estoy haciendo una pechuga de pollo.

—Luego. Ahora es que me urge algo. Come tú.

Se volvió a su habitación.

Olivia retiró la sartén del fuego, dejó el filete de pollo tapado con un plato y se fue detrás de ella.

En la habitación, Sara tenía las acuarelas extendidas y había abierto las ventanas.

—¿Vas a pintar? —preguntó Olivia, que se quedó en la puerta.

—La luz de mayo es oblicua, muy bonita, tengo que aprovecharla.

Olivia arrugó el ceño y preguntó con mucho tacto:

—¿Has ido a…?

Sara negó con la cabeza, se sentó frente a las acuarelas y respondió con la voz rota:

—No me regañes. No he podido. Me he subido al autobús y lo he visto.

Olivia se acercó despacio, se sentó en el borde de la cama, sin agobiar y preguntó:

—¿A Nil?

Sara asintió mientras se ponía a dibujar…

—Sí, tía. Estaba ayudando a una señora mayor a recoger las mandarinas que se le habían caído. Y luego se puso a hacer carantoñas al perrito de la anciana… casi me dio algo. Lo he visto tan triste y tan apagado que no puede ser, Oli. Yo no puedo seguir viviendo de espaldas a lo que quiero.

Olivia se echó el pelo a un lado y preguntó confusa:

—¿Y qué quieres?

Sara levantó la vista y la miró con los ojos brillando de miedo:

—Lo voy a pintar porque si lo digo, me muero. Y ya cuando lo pinte, estaré lista de verdad para ir a terapia. Por eso me he venido corriendo a casa.

—Está bien —resopló Olivia, sin insistir—. Me voy a comer. Si necesitas algo, aquí estoy. Lo que sea. ¿Vale?

Sara asintió con una pequeña sonrisa y se puso a pintar como si fuera su única salvación.

Un rato después, salió a comer algo y luego volvió de nuevo a los pinceles. Y así estuvo toda la noche. Sin parar.

Fue una noche dura. A ratos desesperada y a ratos no paraba de decirse a sí misma cosas muy feas.

Pintó llorando, manchando el papel, secándose las lágrimas con la muñeca, sintiendo tanta rabia que no podía más, arrugaba el papel y lo tiraba.

Luego volvía a empezar.

Sara estaba librando una guerra con las uñas manchadas de azul y los dedos temblándole, a base de café y el par de tostadas que le pasó Olivia a la una de la mañana.

Olivia estaba tan preocupada que esa noche la pasó en el sofá dormitando hasta que, a las ocho de la mañana, le despertó el ruido que hizo Sara con el agua del grifo mientras limpiaba los pinceles.

Olivia se levantó, se fue al baño y vio la cara de agotamiento que tenía, sin embargo, por primera vez en semanas en su mirada ya no había esa tristeza tan honda.

—¿Qué has hecho? —inquirió Olivia, con la mano en la nuca de lo que le dolía el cuello, despeluchada y los ojos hinchados.

Sara la miró como si tuviera miedo de su propia respuesta:

—Dibujar lo que no me atreví a decir.

Sara se fue a su cuarto y Olivia se fue detrás de ella. Vio el papel sobre la mesa y se quedó sin respiración.

Era una acuarela hecha con el pulso de la madrugada. Pura pincelada rápida. No era perfecta, pero tenía tanta verdad que Olivia se emocionó.

En el dibujo estaban ellos: Nil y Sara. Y no en una cama, ni en un rincón, ni besándose como salvajes.

Estaban en una casa, bonita, acogedora, rodeada de árboles que se veían a través de una ventana abierta. Había una mesa con flores, con azucenas, y un perro tirado en el suelo con cara de felicidad.

Y dos niños. Dos niños con el pelo revuelto, churretes en las mejillas y las camisetas manchadas.

La escena era un poco torpe, como precipitada, pero tan sentida que era imposible apartar la mirada.

La acuarela era pertenencia, futuro y sobre todo amor.

Olivia se llevó la mano a la boca y casi sin poder hablar:

—Sara…

Sara se abrazó a sí misma, temblorosa.

—Estoy acojonada.

Olivia se giró hacia ella sin poder contener las lágrimas:

—¿Vas a enseñárselo a Nil?

Sara apretó los labios, asintió con la cabeza y respondió rotunda:

—Hoy.

—Le va a gustar muchísimo.

—Estoy deseando que lo vea. Si es que aún quiere hablarme…

—¿Cómo no va a querer?

Sara bajó la mirada al suelo:

—Lo entendería… —reconoció—. Lo normal es que esté harto de mí, que no quiera saber nada de alguien que sale corriendo cuando algo se vuelve importante.

Olivia dio un paso hacia ella y le cogió las manos:

—No estás corriendo. Esta vez te estás quedando.

—Eso parece, aunque me muera de miedo. —Y de nuevo, Sara miró la acuarela, sacando fuerzas de ella y añadió—: Pero dudo si sabré hacerlo bien, si sabré querer sin pifiarla.

Olivia le apretó las manos y le recordó:

—Nadie sabe. Tú al menos estás siendo valiente y honesta.

Sara pensó que, aunque aquello fuera todavía solo una posibilidad, le parecía que había avanzado muchísimo.

Y deseó con todas sus fuerzas que, cuando estuviera frente a Nil, esa posibilidad se convirtiera en certeza…

Capítulo 19

A las cuatro de la tarde, Sara se plantó en el Larra con la carpeta contra el pecho como un escudo.

Entró y el local le pareció más grande, algo ajeno, como si nunca hubiera estado allí, como si esa vida hubiera pertenecido a otra Sara.

Bárbara, una camarera, la vio y se puso muy contenta:

—¡Hola, Sara!

Sara dio dos besos a la camarera y le preguntó con la voz tomada por la emoción:

—¿Dónde está?

Bárbara sonrió apenas y respondió poniéndose nerviosa también:

—En la cocina. Todos queremos mucho a Nil.

—Ya lo sé.

—A ti también, Sara —aseguró Bárbara, sonriéndole de un modo que a ella le reconfortó.

—Sois lo mejor.

—Mucha suerte, preciosa.

Sara caminó hacia la puerta de la cocina y se quedó en la puerta respirando despacio.

El corazón le latía con fuerza y el cuerpo entero le temblaba, pero tenía que hacerlo.

Empujó la puerta y Nil estaba de espaldas hablando con un ayudante.

Llevaba puesta la camiseta negra y el delantal, y el pelo le había crecido tanto que lo llevaba recogido en un moño hecho de cualquier manera.

Se giró, como si de pronto hubiera percibido su presencia, y se quedó muerto.

Sara era la última persona que pensaba encontrarse en su cocina. Y estaba ahí, mirándole, con un vestido naranja entallado de escote barco, zapatillas y la carpeta debajo del brazo.

Parpadeó un par de veces para cerciorarse de que era cierto, de que su cerebro estaba cargando una imagen que era real y no una mera fantasía y logró decir en voz baja:

—Sara…

Ella creyó que no iba a poder soportarlo y le entraron unas ganas infinitas de salir corriendo. Pero no lo hizo. Se aferró a la carpeta fuerte y saludó:

—Hola.

Nil dio un paso, luego se quedó quieto, temiendo que, si se acercaba mucho, ella acabara huyendo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz ronca.

Sara se mordió los labios y respondió con sinceridad:

—Ayer te vi.

Nil se quedó perplejo, se pasó la mano por la cara y farfulló:

—¿Dónde?

—En la Gran Vía. Yo iba en el autobús y te vi ayudando a una señora a recoger las mandarinas que se le habían caído. Y hablaste con su perro dándole su sitio, porque también es alguien importante.

Nil se quedó sin palabras, apartó los ojos, como avergonzado, por haberle pillado siendo bueno.

—A veces hago esas cosas.

—Estabas triste —dijo Sara, acercándose un poco más.

Nil apretó la mandíbula y se le marcó en el gesto todo el dolor que llevaba soportando, como si estuviera sujetando algo a pulso.

—Estoy… —Nil no pudo acabar la frase, lo único que se le escapó fue un suspiro largo.

Sara se emocionó al ver cómo los ojos de Nil se humedecían y le confesó:

—Cuando te vi, pensé en una cosa.

Nil le clavó la mirada y soltó con el corazón desbocado:

—¿Qué?

Sara esbozó una sonrisa temblorosa y respondió encogiéndose de hombros, como disculpándose por lo que iba a decir:

—Pensé «qué suerte va a tener la chica que se quede con él».

Nil se quedó rígido y le pidió a Sara si podían hablar más tranquilos, pues los camareros entraban y salían y se escuchaba el rumor de la gente de cocina:

—¿Te importa que sigamos hablando en el despacho? Necesito hablar a solas, sin distracciones.

Sara le acompañó hasta el despacho que estaba al final de las cocinas y una vez dentro, él dijo casi sin voz:

—No quiero a ninguna chica, Sara. Solo… —se interrumpió y se tragó lo que iba a decir.

Tenía pánico a que sonara que estaba suplicando, Sara lo percibió y le dolió.

—Yo estaba aterrada —confesó por fin—. Y por eso hice lo que hice.

Nil bufó y puso cara de que eso que había hecho le había dolido como si le clavaran un cuchillo en el corazón.

—Ya.

Sara, conmovida, apretó más la carpeta contra el pecho y siguió sincerándose:

—Pero estos días sin ti han sido un tormento mucho peor que mi miedo.

Nil dio un paso más hacia ella, estaban tan cerca que casi podían tocarse.

—Puedo entender cómo te has sentido.

—Me entró un pánico atroz a que un día quieras irte —reconoció Sara, avergonzada.

—Y yo también tengo miedo, Sara. ¿Crees que no? Con lo que he pasado, con cómo me he criado… ¿Crees que no tengo miedo a que no haya nadie para mí, a que el resto de mis días sean conversaciones de ascensor con desconocidos o un intercambio de frases que no llenan el alma en el mercado cuando voy a por carne y espárragos? Pero ni lo quiero para mí, ni para ti. No quiero eso para nosotros… —se le quebró la voz—, si es que todavía existe un «nosotros».

Nil la miró con los ojos vidriosos y a Sara le costaba respirar.

—Existe —afirmó ella.

Luego, se forzó a hacer una inspiración profunda y abrió la carpeta. Sacó la acuarela y la sujetó como si fuera algo sagrado.

—Ayer tenía cita para empezar con la terapia. Me niego a seguir viviendo con este puñetero miedo a amar. Me subí al bus. Pero te vi y explotó todo. Llamé para anular la cita y les dije que tenía que pintar, porque es la única manera de sacar lo que tengo dentro sin

hacerme pedazos. —Nil miró el papel sin entender nada todavía. Ella se lo acercó y susurró—: Y pinté esto.

Nil bajó la mirada, vio la acuarela y se quedó sin aire. Los hombros se le aflojaron, como si se hubiera rendido.

Miró la casa, los niños, el perro… ellos dos ahí dentro y se le humedecieron los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó, con una voz que no parecía suya.

—Esto es un perro, aunque parezca un capibara. Estos de aquí, que parecen una mezcla de Pikachu y Mowgli, son una parejita de niños.

—Ya sé lo que son. Lo que quiero saber es lo que significa.

Sara tragó saliva, el cuerpo se le tensó entero y le explicó:

—Es lo que quiero, cuando dejo que el miedo no decida por mí.

Nil levantó la vista, sintiendo que le iba a explotar el corazón:

—¿Quieres tener con Aquaman un par de niños con la mirada de Pikachu? —bromeó él.

—El Aquaman eres tú.

—¿De verdad que esto significa…?

—Las azucenas es un guiño a Olivia. La chapata que hay sobre la mesa es porque me chifla y más cuando está calentita.

—Sara… —le interrumpió él, exigiéndole que fuera hasta el final.

—Vale. Esta acuarela significa que estoy muerta de miedo —soltó con una sinceridad brutal—, pero estos días me he dado cuenta también de que mi amor por ti es mucho más grande.

Nil tenía un nudo en la garganta y le temblaba la mano que sostenía la acuarela:

—¿En serio?

—Quiero tener un vínculo, un hogar, mi propia familia y darles a los míos lo que no me dieron —a Sara se le quebró la voz—, no desde la herida… sino desde la elección.

Nil estaba tan desbordado que no atinó más que a farfullar:

—Yo…

Sara se acercó todavía más a él y para que viera lo en serio que estaba hablando añadió en tono firme, mirándolo de frente:

—Voy a ir a terapia. De verdad. No es un «ya veré». Voy a ir. Ayer no pude. Ayer me urgía pintar para no volver a huir. Pero voy a ir. Y

si me da miedo, iré con miedo. Y si tengo que llorar, me lo lloraré todo. Pero te prometo que voy a plantar mi culo en esa consulta.

Nil sonrió, porque Sara, su Sara, estaba de vuelta y susurró:

—Yo te acompañaré y a la salida te esperaré con una chapata.

—Y una tableta de chocolate negro. Muy negro.

—El más negro que haya.

Sara lo miró, se quedó en silencio unos instantes y después soltó como quien se lanza al vacío:

—Te amo, Nil.

Y Nil colapsó con ese «te amo», que le desactivó las defensas y le dejó con las rodillas temblorosas.

La emoción era tan grande que sentía que el cuerpo no podía sostenerlo.

No se desmayó, pero tuvo que agarrarse al borde de la mesa para aguantar de pie.

Y no pudo. Al final acabó sentado en el suelo, con los ojos cerrados y respirando como si le faltara el aire.

Luego se echó un poco para atrás contra la estantería y los libros de cocina cayeron a plomo haciendo un ruido tremendo.

—¿Estás bien? —preguntó Sara, que se agachó de inmediato.

—¿Y tú?

—De maravilla. Ahora que estás aquí, genial.

—¿No te han golpeado los libros? —musitó Sara, preocupada.

—He logrado esquivar los más gordos —susurró él, con una sonrisa—. Pero estoy bien, solo es que no me lo creo —dijo mirándola—. ¡Qué calor!

Luego, se quitó la camiseta y se quedó ahí, con el torso desnudo.

—Dios… —susurró ella.

—¿Qué pasa?

—Se me había olvidado lo de tus enormes pectorales simétricos y los pezones perfectamente alineados.

Él sonrió y Sara no se lo pensó más, le agarró por el cuello y le besó como llevaba deseando hacerlo desde que se había plantado en el café.

Entonces, uno de los ayudantes abrió la puerta, asomó la cabeza y preguntó asustado:

—¿Jefe?

Nil se apartó de Sara y levantó una mano.

—Todo bien —dijo.

Y el ayudante al ver lo que estaba pasando les contó a los demás, con una alegría que no le cabía en el cuerpo:

—¡Se están besando! Y él ya está medio desnudo…

—¿Pero cómo la estás besando? ¿Cómo un animal? —preguntó Gonzalo que también asomó la cabeza.

Sara no sabía dónde meterse de la risa que le entró.

—Es que me ha dado un chungo cuando Sara me ha dicho que me ama y me he tenido que sentar en el suelo —comentó Nil, que trató de levantarse y le resultaba imposible.

—¿En el suelo para qué?

—Me ha dado un algo. Yo que sé. Ayudadme a levantarme.

—¡Eso está hecho! —exclamó Gonzalo, feliz—. En cuanto te levantemos del suelo, voy a contarle a Olivia que vuelven las cenas de los viernes.

Dos compañeros más entraron en el despacho, le ayudaron a incorporarse y a sentarse en la silla.

Nil se dejó caer, temblando aún entero, pero sin soltar la acuarela.

—¿Estás mejor? —preguntó Bárbara, que también entró con un vaso de agua.

Nil se lo bebió del tirón, les agradeció a todos la preocupación y les dijo que sí, que ya estaba bien.

Les dejaron solos de nuevo y Nil le confesó alzando la acuarela:

—Cuando me declaré, quería justamente esto. Lo que has pintado. Una casa. Una familia. Un lugar donde volver. Yo quería que alguien por fin me eligiera.

—Aquí estoy, cagada de miedo. Pero aquí estoy.

Nil se levantó despacio y se acercó a ella con delicadeza. Le rozó la mejilla con los dedos y susurró:

—Nunca me voy a ir, Sara.

Ella cerró los ojos y le pidió con una voz que le salía de lo más profundo del corazón:

—Prométeme que, si un día nos enfadamos, nunca te vas a ir a otro sitio.

—Ni a otra cama. Y tú prométeme que, si vuelve a entrarte el pánico, no me vas a sacar de tu vida como si no fuera nadie.

Sara asintió llorando.

—Lo prometo.

Nil la abrazó. Y Sara se dejó abrazar sin prepararse para el final, como siempre hacía.

Y allí, en ese despacho, con el ruido del restaurante de fondo, algo se reparó un poco, lo suficiente como para empezar.

Y así fue como mayo hizo lo suyo, afianzar unas historias y coser otras que parecían imposibles…

Capítulo 20

Con los días más largos de junio y sus noches tibias, también llegó la sensación de que encajaba todo sin necesidad de forzarlo.

Volvieron las cenas de los viernes con un grupo de WhatsApp que había creado Nil…

Nil: Esta noche retomamos lo nuestro.

La primera en responder fue Sara que a los cinco minutos puso el emoticono de un fuego.

Al momento apareció Gonzalo, que colocó una copa de vino y Olivia no escribió nada. Para ella fue suficiente con sonreír delante del móvil, de lo feliz que estaba de que se hubiera cerrado ese círculo invisible.

Esa noche volvieron a tener su mesa de siempre, la de la esquina, la que no estaba mejor ubicada que otras, pero que era suya.

Volvió el vino compartido, las risas que enseguida se hacían escandalosas, las conversaciones cruzadas y la sensación de que todo lo que había pasado había sido para mejor.

Aunque Sara y Nil tenían claro que les quedaba mucho por delante, que había que ir con cautela, despacio y dejando que el tiempo hiciera lo suyo. Sara había empezado con la terapia y Nil había colgado la acuarela que le pintó ella aquel día en el salón de casa, esperando que llegara el momento en que se hiciera realidad.

Mientras no se soltaban de la mano, no de forma pegajosa, sino para comprobar que el otro seguía ahí.

Olivia los miraba de vez en cuando sin decir nada, pero con esa alegría que da ver a alguien querido recomponerse poco a poco.

Ella y Gonzalo estaban sentados uno frente al otro. Él la miraba con cara de que se moría por besarla y ella le rozaba la rodilla de vez en cuando con la suya.

A los postres, para variar, Sara y Nil se levantaron para irse no se sabía adónde.

Así eran los viernes…

Pero los domingos a partir de junio empezaron a cambiar inesperadamente.

Todo empezó un sábado por la mañana en que el sol entraba a raudales por los ventanales. Olivia estaba en casa de Gonzalo, sentada en el sofá, con las piernas recogidas, contestando a mensajes atrasados mientras él preparaba el café en la cocina.

El móvil de ella vibró.

Era una videollamada y, cuando vio de quién era, sonrió y se lanzó a responder:

—¡Princesa de las flores! —gritó una voz aguda desde la pantalla.

—¡Hola, Edu!

El sobrino de Olivia, un niño de cinco años, apareció con la cara pegada a la cámara, despeinado, con una camiseta de su hermano mayor y una energía que atravesaba la pantalla.

—Le he cogido el móvil a papá.

—Eso no se hace —le regañó Olivia, entre risas.

—Le he pedido permiso antes —dijo Edu, poniendo cara de bueno.

—Ah, entonces, si te ha dado permiso es otra cosa —replicó Olivia, risueña.

—Está aquí al lado —le informó Edu, señalando a su padre con las cejas.

—¡Hola, Fran! —saludó Olivia.

—Oli, ¿cómo va todo? —preguntó Fran.

—Bien… ¿Y tú? —replicó, mientras el niño enfocaba a la mesa del comedor con la cámara.

Luego, Fran se incorporó para quitarle el móvil al niño, pero este le suplicó con voz exageradamente lastimera:

—Papá, déjame hablar, por favor. Que tengo algo muy importante que decirle a Oli.

—Habla, habla… —farfulló el padre, que volvió a sentarse.

—¿Cuándo vienes? —preguntó Edu—. Quiero jugar a los piratas contigo, navegar por mares con muchas olas y que los cocodrilos nos coman los pies.

—Estoy un poco liada estos días. Pero iré pronto, te lo prometo —aseguró Olivia, tras lanzarle un beso con la mano.

—Jo —protestó Edu—. Siempre estás liada.

Desde la cocina, Gonzalo se puso a cantar la canción que sonaba en la radio a grito pelado.

—¿Y ese qué canta? ¿Quién es? Tiene voz de capitán pirata malvado. ¡Mola mogollón!

Olivia se echó a reír y entonces apareció Gonzalo en el salón, con la taza en la mano, flipado con la sonrisa preciosa que se le ponía a ella, cuando la veía hablar con alguien a quien quería.

Oli se quedó callada unos instantes y respondió a su sobrino:

—Es un capitán pirata bueno.

El niño frunció el ceño, con la vista puesta en la pantalla y preguntó:

—¿Y tú dónde estás? ¿En su barco?

Olivia notó cómo se le calentaban las orejas, pero ni lo pensó, ni lo midió, ni quiso darle más vueltas:

—En su casa. Es mi novio.

La palabra quedó flotando en el aire. Era la primera vez que Olivia llamaba a Gonzalo de esa manera.

Él no dijo nada. Ni se tensó ni se extrañó, al contrario, sonrió encantado de la vida.

—¡Hola! —saludó Gonzalo, situándose delante del móvil para salir en pantalla—. Soy Gonzalo, capitán pirata molón y novio de la princesa de las flores.

Edu lo miró con atención, ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Y tu nombre pirata cuál es?

—El capitán de los cafés.

—¿De los cafés? —repitió el niño muerto de risa—. ¿No te gusta más la Coca-Cola?

—Cafés es porque tengo cafeterías.

—¿De verdad, verdadera? —insistió Edu, abriendo mucho los ojos.

—Nunca miento.

—¿Y vendes helados? —preguntó Edu, con una sonrisa traviesa.

—De chocolate —respondió Gonzalo.

—Me gusta más la fresa.

—Cuando vengas a mi café te pondré un buen helado de fresa —dijo Gonzalo haciendo el gesto con las manos de que iba a ser gigante.

—Vale. Y mañana te vienes con Olivia a comer a casa de los abuelos —le invitó Edu—. Vamos a estar todos.

Olivia se revolvió en el asiento, incómoda y le dijo al niño:

—Es que verás…

Pero Gonzalo le interrumpió para decir sin dudar:

—Claro que vamos.

—No hace falta —cuchicheó Olivia.

—Estás loca por ver a tus sobrinos —le recordó él.

—Ya, pero… ¿No íbamos a ir al Rastro a pillar una lámpara y luego…?

—Vamos a comer macarrones y chuletas de cordero —informó Edu, a gritos.

—¿Chuletas de cordero? ¡No me pierdo eso! —exclamó Gonzalo, para pasmo de Olivia.

—¿En serio? —musitó ella.

—En serio.

Al día siguiente subieron a la sierra, el coche avanzaba por la carretera entre pinos, con las ventanillas bajadas para que Olivia oliera a campo y a verano.

Gonzalo conducía relajado y ella jugueteaba con el collar de cuentas de colores:

—¿Nervioso? —preguntó ella, que sí que estaba nerviosa.

—Un poco —respondió Gonzalo, que parecía tan tranquilo—. Pero bien.

Cuando llegaron, la casa estaba llena de ruido. Niños corriendo, puertas que se abrían y se cerraban, el padre de Olivia dando órdenes desde la cocina y la madre tirada en el suelo buscando el encuadre perfecto para sacar una foto a un nieto.

Edu fue el primero en salir a recibirlos…

—¡El novio! —gritó, señalando a Gonzalo.

Gonzalo se agachó, le chocó la mano y se presentó como novio a todo el mundo.

Durante la comida, Gonzalo no intentó destacar, ni acaparar la atención, ni se hizo el gracioso. Ayudó a recoger la mesa sin que nadie se lo pidiera, se acordó del nombre de cada sobrino, se interesó por la pasión de la madre por la fotografía, por el trabajo de los hermanos de Olivia y sus parejas, escuchó a su padre con

respeto… ¡y hasta le limpió una mancha de tomate a Edu con la servilleta!

Olivia lo observó desde su sitio con una mezcla de orgullo y algo parecido al vértigo, jugando distraída con el borde de la servilleta, como si necesitara tocar algo para acabar de creerse lo que estaba viendo.

En un momento dado, la madre la llamó para que saliera a la terraza con la excusa de enseñarle unas flores.

—Mira qué bonitas están…

Cerró la puerta y dijo sin rodeos, con una sonrisa enorme:

—Es mucho mejor de lo que imaginaba.

—¿Y cómo lo imaginabas? —quiso saber Olivia.

—Pues como al principio lo pintabas como un tipo ambicioso sin escrúpulos, pensé que me habías traído a un capullo.

—Eso fue al principio. Ahora ya te dije que todo ha cambiado.

—Ya, pero tenía que verlo con mis propios ojos. Y sí, te doy la razón. Es atento, educado, escucha. Eso no se finge, es de los que no se esconde cuando hay que estar.

—Es un buen tío. Creo… —soltó Olivia, encogiéndose de hombros.

—Tiene muchas responsabilidades y las hace frente. Este es de los que en los momentos de incertidumbre o en los momentos malos, sabe caminar por la cuerda floja, sin soltar la mano del otro. Se le ve a él… Y hay que elegir pareja pensando en el futuro, no en el hoy —le recordó la madre, tras echar otro vistacito a Gonzalo a través del cristal.

—¿El futuro? —preguntó Olivia.

—Sí. Yo le veo perfecto para ti, para enfrentar lo que te venga. Porque le vas a tener a tu lado. Este no es de los que se achica cuando vienen mal dadas. Y eso es lo que verdaderamente cuenta porque tu padre también estaba bueno de joven y ahora mira el cascajo en el que se ha convertido. La belleza pasa pero, lo que importa de verdad, este chico lo tiene.

Olivia sonrió y le confesó a su madre, apoyando la espalda en la pared:

—Me gusta cómo es. Cuida a su gente, asume sus errores, sabe escuchar, jamás dice: «no es para tanto». Me tiene en cuenta. No es

como en otras relaciones que me sentía sola, aunque estuviera acompañada.

—¿Y conoces a su familia?

—Supongo que la conoceré pronto —respondió Olivia.

Y tenía razón porque al domingo siguiente fueron a comer a la casa de la familia de él en Boadilla del Monte.

Hubo de todo, barbacoa, piscina, balonazos y muchas risas.

Las hermanas de Gonzalo la acogieron como si llevara años en la familia, los sobrinos la adoptaron para los juegos y los padres y la abuela Carmen fueron muy cariñosos con ella.

Después de una sobremesa larga, ella y Gonzalo se apartaron un poco y se sentaron en un rincón del jardín, rodeados de flores.

—Tienes una familia bonita —dijo ella.

—Es una familia —precisó él—, que ya es bastante.

Olivia entonces se fijó en que el padre de Gonzalo estaba persiguiendo a un nieto haciendo el tiburón y se echó a reír porque la escena no podía ser más graciosa.

—Mi padre antes no era así —comentó Gonzalo—. Era estricto, duro y exigente. Tenía una empresa, pero nunca celebraba los logros, siempre estaba pensando en la siguiente meta, en ir a más. Crecí pensando que mi valor estaba en conseguir cosas y no paraba de ponerme objetivos.

—¡Madre mía!

—Para él nunca nada era suficiente y se pasaba el día estresado y de mal humor. Siempre serio y siempre tenso. Insufrible, vamos.

Olivia miró al padre de Gonzalo y vio a un hombre tan relajado y divertido que no podía creerlo:

—¿De verdad?

—Era como te digo hasta que le dio un infarto y levantó el pie. Así se dio cuenta de que la vida no iba de eso. Empezó a vivir de verdad. Pero tengo claro que jamás llegaré a ese límite. No quiero vivir solo para trabajar. No quiero llegar al extremo de poner en riesgo mi salud.

—Cuando te conocí… —le interrumpió Olivia.

—Estoy cambiando. Tú estás cambiando todo. Ya no quiero vivir solo para el negocio, para escalarlo sin límite. No quiero ser como mi

padre, tampoco como mi abuelo, que se pasó toda la vida con un solo café, tranquilito.

—Tu abuelo era como yo. Aunque tranquilito no creo que estuviera, yo estoy con un solo negocio ¡y no paro!

—Bueno, tú me entiendes. Yo lo que quiero decirte es que me planto con mis negocios. Voy a quedarme con lo que tengo, porque me gustaría en el futuro tener una familia y dedicarle el tiempo que se merece. Una familia… contigo.

Olivia pegó tal respingo que casi se cae de la tumbona, luego se recolocó despacio porque necesitaba tiempo para asimilar lo que Gonzalo acababa de soltar:

—¿Conmigo?

—No estoy pidiendo que tengamos hijos mañana, pero creo que saldría bien. Tenemos mucho en común y ya que estoy en el lugar donde aprendí a buscar y a dar amor, te digo que me gustaría tener algo parecido a esto… —señaló alrededor y luego a ella— contigo. Y si nos salen unas hijas cotorras como mis hermanas, pues qué le vamos a hacer.

—Tus hermanas me caen genial. Y en cuanto a nosotros…

—No quiero fluir —confesó Gonzalo, con los ojos muy brillantes—. No quiero un «vamos viendo». Quiero algo real y con futuro. Y solo contigo.

Olivia, que le escuchaba con el corazón dando brincos, replicó:

—A mí también me gustaría tener algún día mi propia familia. Ojalá que contigo…

—¡Gracias! —exclamó él, sonriendo.

—No dejo de sorprenderme de lo bien que está funcionando esto. No esperaba tener esta conexión tan fuerte —reconoció Olivia.

Gonzalo le cogió de la mano y asintió porque le estaba pasando lo mismo:

—Ni yo.

Y se quedaron así un rato, observando el jardín, los niños, el verano que empezaba a colarse en sus vidas.

Olivia pensó que no sabía lo que vendría después, pero en ese instante sentía que todo era perfecto…

—Auuuuuuuuuuuuch —gritó Gonzalo tras recibir un balonazo de su sobrino.

O casi perfecto, pensó. Y eso ya era algo enorme…

Capítulo 21

Julio llegó con calorazo, amaneceres con luz blanca y noches tropicales. Y Olivia ya no era solo esa chica que vendía flores en la casa que compartía con su amiga, ahora también era la que quería a un chico en cuya casa despertaba muchas veces.

El primer viernes de julio se juntaron para cenar en la mesa de siempre y en el mismo rincón.

Nil salió un momento de la cocina, se secó las manos en el delantal, les guiñó un ojo y desapareció de nuevo.

No obstante, solo con ese gesto ya entendieron que lo de esa noche iba a ser especial.

Sara estaba guapa sin esforzarse, con el pelo recogido con una pinza, un poco de gloss en los labios y esa luz que le volvía cuando lograba aparcar el miedo.

Gonzalo se sentó al lado de Olivia, no frente a ella, como si no pudiera estar lejos de ella.

Y por fin Nil se unió a ellos.

La cena empezó con risas.

Sara además había vuelto a reírse con ganas, con una risa que le salía de lo más profundo, llevándose un poco las penas. Nil seguía mirándola como si ella fuera todo lo que siempre había buscado y Gonzalo estaba relajado y sonriente, sin dejar de buscar la mano de Olivia, sin prisa, sin estrategia, solo por puro placer.

Se notaba que estaban bien. Su vida no era perfecta, seguían con sus heridas y sus cruces, pero todos sonreían.

El café estaba lleno, olía a pan recién hecho, a vino, a comida riquísima…

—Bueno —dijo Gonzalo, cuando ya tenían las copas servidas—. Tengo una propuesta.

Olivia soltó una risita sin saber por qué. Le dio un sorbo al vino, se limpió apenas la comisura con la yema del dedo y levantó una ceja:

—Cuando tú dices «tengo una propuesta», suena a que ya tienes el dosier de ocho folios.

Gonzalo sonrió, con esa sonrisa suya que empezaba en los labios y terminaba en los ojos que le brillaban muchísimo.

—No hay dosier. Esta vez no.

—Pero lo habrá —supuso Olivia, divertida.

Sara dio un sorbo y se inclinó hacia adelante, muy interesada en lo que tenía que proponerles:

—¡Desembucha, trucha!

Gonzalo apoyó los antebrazos en la mesa, se acercó un poco como si fuera a contar un secreto y soltó:

—Nos vamos de vacaciones.

Nil dio un respingo, arqueó una ceja y farfulló:

—¿Alguien ha dicho «vacaciones»?

—Diez días —respondió Gonzalo, levantando un dedo, serio como si estuviera anunciando un plan muy importante para los destinos del mundo—. Los cuatro.

Sara abrió los ojos como platos y, con una sonrisa enorme, repitió:

—¿Los cuatro?

Nil se quedó procesando, Olivia sonrió por inercia y luego fijó la vista en la copa como si la respuesta estuviera flotando ahí dentro.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sara, dispuesta a ir adonde fuera.

Gonzalo respondió como quien deja caer una carta ganadora sobre la mesa:

—Filipinas.

El silencio duró dos segundos. Los suficientes para que Olivia notara cómo se le cerraban un poco los hombros incluso antes de pensar.

Sara fue la primera en reaccionar, llevándose las manos a la cara:

—¡Me flipa!

Nil soltó un «joder» de deseo puro. Olivia, en cambio, puso cara de circunstancias y repitió:

—¿Filipinas… Filipinas?

Gonzalo asintió, encantado con el destino y contó:

—Estuve hace cinco años y me volvió loco. Sé que os va a fascinar. He hablado con el chico de la agencia.

Olivia se llevó la copa a los labios sin beber, solo por sostener algo. Miró a Gonzalo tratando de detectar en su mirada la parte en la que aquello se convertía en un plan razonable.

—¿Ya has hablado con el de la agencia? —insistió Olivia.

—Sí, le he pedido que nos prepare un viaje parecido al que hice.

Sara, que ya se veía en la hamaca rodeada de palmeras, aplaudió emocionada.

—¿Es muy caro? —quiso saber Sara en voz baja.

—Da igual, cielo —soltó Nil, tras darle un beso en los labios—. Yo te invito.

—Yo pago los vuelos. Y te invito a todo lo demás —le dijo Gonzalo, a Olivia.

—¡Me mola muchísimo! ¡Plan cerrado! —zanjó Sara.

—No, espera, cerrado aún no —habló Olivia, levantando una mano como si estuviera pidiendo la palabra en la junta de vecinos—. Te agradezco la invitación, pero necesito saber cómo fuiste. No me apetece pasarme tres días haciendo escalas raras.

Gonzalo ni se inmutó y dijo encogiéndose de hombros:

—Abu Dhabi.

Olivia pensaba que estaba de broma, pero por la cara que puso Gonzalo resultó que no.

—¿En serio que vamos a tener que pasar también por ahí?

—El aeropuerto es una joya arquitectónica. Merece la pena.

—¡Yo ya me estoy imaginando las fotacos que me voy a hacer con unas gafas de sol gigantes! —exclamó Sara, haciendo como que posaba.

Nil se rio.

—De Abu Dhabi volaremos a Manila. Ahí no os voy a engañar, hay controles y formularios. La típica pesadez de cuando viajas —comentó Gonzalo.

—Odio esos formularios y esos controles donde me pita todo y empiezo a dudar si no tendré una prótesis de cadera —admitió Olivia poniendo cara de espanto—. ¡Y lo sabes, Gonzalo!

—Sí, lo sé. Por eso he previsto un descansito en un hotel unas horas, para no quedarnos tirados en el aeropuerto y de ahí vuelo a Puerto Princesa.

—¿Otro vuelo? ¿Y no será mejor que vayamos al Hermitage y listo? —sugirió Olivia.

—Eso después —respondió Gonzalo—. En septiembre. Primero esto. El cuerpo pide playita exótica.

—¡Cómo lo sabes, Gonzalo! ¡Exotismo a tope! —exclamó Sara, bailando en la silla.

—Y allí en Puerto Princesa nos recogerá una furgoneta —siguió contando Gonzalo.

—Para ir al hotel, ¿no? —supuso Olivia.

—Para hacernos cinco horas por carretera.

—¿Cinco horas? —replicó Olivia, mirándole con horror.

Gonzalo frunció el ceño, intentando recordar un dato que para él no tenía importancia:

—Cuatro o cinco. No recuerdo. Pero es divertido.

Sara se partió de risa, sin embargo, Olivia preguntó mosqueada:

—¿Divertido en qué sentido?

—Mucha curva, gente que adelanta por la derecha, no hay carriles, hay derrapes, pero bien.

Olivia abrió la boca para decir algo, pero no le salió. Sara habló por ella, que se giró emocionada y exclamó:

—¡Tía, esto es increíble!

Olivia resopló y soltó hablando completamente en serio:

—Con lo bien que me lo paso en verano en Peñíscola. Mis padres tienen un apartamento tan mono y la playa es taaaaaaaan bonita.

Gonzalo se echó a reír.

—Iremos también. Pero quiero que conozcas los atardeceres de la isla Pangulasian, los mares cristalinos, los manglares, los cielos estrellados tan bonitos que te dan ganas de llorar, quiero que hagas snorkel en el paraíso y que comas de maravilla.

—¡Pásame por wasap el folleto! ¡Estoy que no puedo más de la emoción! ¡Filipinas, qué locura! —canturreó Sara, entusiasmada.

—En Filipinas, ¿no hay tifones? —preguntó Olivia, con pánico de verdad, recordando las imágenes que había visto en los telediarios.

Sara soltó una carcajada, Nil se apoyó en el respaldo, divertido. Y Gonzalo negó con la cabeza:

—A finales de julio no hay tifones. Solo chubascos cortos —aclaró —. Y no imaginas lo romántico que es ver llover en un hotelazo de ensueño o en una cabañita encantadora.

—¿Cabañita? ¡Quita, quita, que me suena a la de paja de los tres cerditos! ¡A mí dame una habitación en un sitio de ladrillo!

—La tendrás. Y os cuento también que una vez en El Nido, iremos en lancha a la isla de Pangulasian.

—¿En lancha? —Olivia ya estaba agotada antes de viajar.

—Es la única forma de llegar. Merece muchísimo la pena. Allí nos esperan pájaros bellísimos, varanos…

—¿Qué es eso? —farfulló Olivia, con cara de susto.

—Lagartos gigantes, son carnívoros y dan unos coletazos peligrosos. La mordedura es muy jodida, pero no son agresivos si no se sienten amenazados. Hay que verlos. Y luego están los monos. Son majísimos. Cuando estuve me robaron el pasaporte.

A Olivia ya solo le faltaba que le remataran con los monos…

—¿Te robaron el pasaporte? —preguntó Olivia, ansiosa ya de solo pensar que iba a tener problemas burocráticos en el extranjero.

Sara soltó una carcajada tan fuerte que se giró medio restaurante.

—¡Me muero! ¡Por favor, Oli, tu cara…! ¡Tendrías que verte!

—¡No seas cabrona! Hablo en serio. ¡No quiero ir a un sitio con monos ladrones!

—Es algo que pasa solo una vez —repuso Gonzalo, quitándole importancia.

—El mono ya le conoce, tía. Tú tranquila, ¡no le va a mangar dos veces!

—Y luego están las garzas… —añadió él, como si estuviera leyendo poesía.

—¿Y mosquitos? ¿Cuántos? —preguntó Olivia, con retranca.

—Te llevo repelente del caro —dijo Gonzalo, divertido.

Nil levantó la mano y por fin intervino arqueando una ceja:

—¿Y el plan en sí cuál es? Porque yo ya he escuchado derrapes y varanos y me está entrando hambre de aventura.

Sara asintió y Gonzalo les contó el plan:

—Cuatro noches en Pangulasian, donde por cierto vais a alucinar con el Halo Halo, un postre espectacular con hielo, frutas, leche condensada… Buah. ¡Es un vicio! De allí iremos a El Nido de nuevo, donde volaremos a Cebú. Y de Cebú cogeremos otro avión a Camiguin, donde estaremos el resto de los días. Es un sitio asombroso, donde no llueve, el cielo siempre es azul, hay volcanes,

aguas termales, playas increíbles donde hacer surf… ¡Os va a maravillar!

Olivia se masajeó la sien como si estuviera intentando no marearse:

—Seguro que sí, pero yo solo pienso en controles, curvas, lagartos gigantes, mosquitos y me está entrando un agobio que sigo apostando por Peñíscola.

Gonzalo sonrió, le tocó la rodilla por debajo de la mesa un instante, con una presión mínima como para recordarle que estaba con ella. Y sí, hizo su efecto porque Olivia se calmó un poco.

—Te va a encantar. Confía en mí —le pidió en un tono que sonaba a que nada iba a pasarle a su lado—. Y cuando estés allí te vas a dar cuenta de lo mucho que merece la pena.

Sara asintió y bromeó con una sonrisa pícara, mirando de refilón a Nil:

—¡Los polvazos allí tienen que ser míticos!

Olivia se atragantó con el vino, Nil soltó una carcajada y replicó:

—Mi voto es sí a Filipinas. Si hay polvazos en el paraíso, yo no puedo negarme.

—¡Ni yo tampoco! ¡Voto sí! —exclamó Sara, muerta de risa.

Gonzalo miró a Olivia como si tuviera la última palabra.

Ella se quedó un instante en silencio y pensó que si existía el infierno tenía forma de viaje en furgoneta en una carretera sin carriles y lagartos carnívoros.

Pero miró a Sara y a Nil y estaban ilusionados y felices como no los había visto jamás. Después, se fijó en que en la cara de Gonzalo había tantas ganas de compartir y de regalarles algo bonito que solo pudo suspirar:

—Vale —dijo con la resignación con la que solía subirse a la montaña rusa, arrastrada por Sara—. Vamos a Filipinas. Pero yo también voy a pagar cosas: los taxis, los autobuses, los cafés, la lancha, la furgoneta de la muerte…

—No vamos a morir —aseguró Gonzalo, risueño.

—¿Ah, no?

—Ahora no creo. Más adelante si eso.

—¡Y los Halo Halo corren de mi cuenta! —exclamó Sara.

Gonzalo sonrió, como si le acabaran de dar la noticia más feliz del mundo.

Y Sara dio unos golpecitos en la mesa mientras canturreaba:

—¡Nos vamos a Filipinas!

Olivia pensó que aquello era demasiado bonito para no tener truco.

Nil se giró un poco y gritó en dirección a la cocina, para que se enterara toda su gente:

—¡Chicooooooooos, nos vamos a Filipinas!

Y el restaurante estalló en una carcajada, pensando que allí no había ni uno solo cuerdo…

Capítulo 22

Una semana después, Olivia se despertó en casa de Gonzalo. Últimamente pasaba más tiempo allí que en la suya y vivía sin culpa. Su casa seguía siendo su refugio y su territorio, pero la de Gonzalo se había convertido en un lugar donde, sorprendentemente, también estaba empezando a sentirse tan cómoda como en la suya.

Eran las ocho de la mañana. La luz se filtraba por las cortinas con fuerza y Gonzalo estaba en la ducha. Se oía el agua, el sonido de su cuerpo moviéndose tras el cristal y le llegaba el olor del gel que él usaba y que a ella le gustaba muchísimo.

—¡Buenos días, Gonzaaaaaaaaaaa! —gritó mientras se estiraba en la cama.

—¡Buenos días, amor! —replicó él, desde la ducha—. ¿Puedes hacerme un favor?

Olivia, medio dormida, se incorporó y se frotó los ojos:

—Depende. Si te ha entrado antojo de varano, no cuentes conmigo.

Gonzalo se rio.

—No. Es para que imprimas un correo y le echemos un ojo mientras desayunamos. He abierto el WhatsApp y tenía un mensaje del chico de la agencia. Me dice que me ha mandado un email con todo lo del viaje. Vuelo, conexiones… me ha pedido que miremos a ver si está todo ok.

Olivia se quedó quieta un segundo.

—¿Quieres que imprima el correo?

—Sí, por favor. Lo tengo abierto en el despacho. Da a imprimir y listo. Así vamos adelantando. Echa un vistacito tú si quieres antes, mientras me afeito. Hay que confirmar que esté todo bien, que no haya errores con los horarios ni las fechas.

—Vale. Lo voy mirando.

Olivia se levantó, se puso una camiseta de Gonzalo que le quedaba enorme y caminó descalza hasta el despacho.

La casa estaba en silencio. A esas horas el edificio parecía aún dormido, pero por la ventana se intuía el calorazo que iba a hacer.

Pasó al despacho donde el portátil y el correo estaban abiertos.

Olivia se sentó en la silla. Apoyó las manos en el teclado y el correo de la agencia estaba ahí.

Sonrió ilusionada por los diez días que iban a pegarse los cuatro, a pesar de los formularios y los monos.

Antes de imprimir, Olivia leyó el documento en el mismo portátil: vuelos, horas, escalas… Abu Dhabi. Manila. Puerto Princesa. Hoteles. Traslados. El Nido. Pangulasian…

Estaba muy concentrada leyendo, comprobando que todo estuviera en orden y controlado.

Y parecía que sí.

Dio a imprimir y cuando la impresora estaba escupiendo folios, entró un mensaje nuevo.

El sonido del correo fue apenas un susurro electrónico, pero a Olivia le sobresaltó.

El asunto apareció en la bandeja de entrada, destacando como una mancha que no puedes dejar de mirar.

«Presupuesto cafetería Malasaña y Ámsterdam».

Olivia se quedó patidifusa.

Notó cómo la sangre se le subía a la cabeza y un calor súbito y desagradable le envolvía el cuerpo entero.

Su cuerpo había detectado la amenaza antes que su mente.

Su primer pensamiento fue racional: «No mires. Ese correo no es para ti».

El segundo también: «No desconfíes. No lo leas. Tienes que creer en él».

Y el tercero fue sensato: «Es solo un correo. No es nada. Cierra. Y sal de ahí».

Pero su dedo, como le había pasado en otras ocasiones, tenía vida propia.

Y lo abrió.

De: RaquelDecoInt@raqueldecoint.es

Para: GonzaloL@cafelarra.es

¡Hola, pajarón!

¿Cómo va todo? He estado liadísima, y eso es bueno. Muy bueno. No te he escrito antes porque como dijiste que no había prisa, pero tu Raquel siempre te tiene en el pensamiento y ahora que estoy más

desahogada por el veranito, he estado trabajando en lo que me pediste y te adjunto los dos proyectos para transformar la floristería en el nuevo Café Ferrer y para decorar el local tan cuqui que tanto te gusta en Ámsterdam.

El proyecto de Malasaña te va a volver crazy total. ¡Y no te pierdas la que tengo pensado liar en esos cuarenta metros de arriba!

Míralo todo bien y me dices.

Besitos, bb.

Raquel

Olivia se quedó blanca. Blanca de verdad, como si fuera un fantasma que pululaba por esa casa.

Sus ojos repasaron el correo una y otra vez, con la esperanza de que esas palabras fueran a cambiar y de pronto apareciera una frase nueva que dijera «es broma».

O mejor. Que llegara otro correíto de Raquel diciendo que se había equivocado de destinatario.

Pero no.

No llegó nada.

Y esa frase horrible seguía ahí, torturándola: «Transformar la floristería en el nuevo Café Ferrer».

Como también seguía: Ámsterdam. Cuarenta metros de arriba. Pajarón. Tu Raquel. Y bb.

No sabía que le dolía más.

Porque todo sonaba a intimidad, a confianza, a «tú y yo tenemos una historia», que Olivia no sabía que existía.

Él le había contado que Raquel era su ex, con la que Vanessa creía que le engañaba.

Aquella chica a la que tenía cariño y a la que llevaba en su corazón por amistad. Y nada más. No le había vuelto a hablar de ella, ni mucho menos que hubiera requerido sus servicios para transformar su floristería en el nuevo café.

Olivia notó un mareo. Apoyó una mano en la mesa y con la otra se agarró al brazo de la silla.

Le entraron unas náuseas tremendas de solo pensar en cómo podía haber sido tan cabrón con ella.

Su casa. Su tienda. Su refugio. Su historia. Su identidad. Y ahora también su corazón.

El muy cerdo se lo quería robar todo.

Era peor que los monos filipinos.

Tomó aire y como pudo se levantó sintiendo que dentro tenía un agujero enorme.

Las piernas apenas la sostenían, pero logró avanzar por el pasillo tocando la pared con la punta de los dedos para no caer.

Desde allí escuchó cómo Gonzalo estaba preparándose un café en la cocina.

El sonido de la cafetera y de la cucharilla golpeando la taza hacía parecer que era un día normal.

Pero no lo era. Olivia se quedó en el marco de la puerta de la cocina y Gonzalo se giró.

Tenía el pelo mojado, una toalla en los hombros, ese olor irresistible y la cara de recién duchado que a ella tanto le gustaba.

—¿Todo bien? —preguntó él, y enseguida frunció el ceño—. Estás rara.

Olivia sintió la bilis en la garganta y respondió con un hilo de voz:

—He visto el correo.

Gonzalo soltó un bufido, como si temiera un fallo del chico de la agencia:

—¿Nos la ha liado? ¿Hay problema en alguna conexión? ¿Hay fechas cambiadas?

Olivia lo miró y sintió la tentación de mentir y decirle que había un problema que se podía arreglar.

Pero no podía. Le miraba y solo sentía decepción y asco.

—He visto un mensaje de Raquel —soltó seca.

Gonzalo se quedó quieto. Pero Olivia notó cómo los hombros se le tensaban y la mirada se le endureció un poco.

—¿Raquel? —repitió en un tono que tenía un punto de desconcierto.

Olivia le mantuvo la mirada y confesó sintiéndose culpable:

—Lo he abierto.

Gonzalo hizo un gesto de contrariedad. Esas tres palabras reactivaron la herida antigua de su ex, de la desconfianza y la de la

mentira.

—¿Por qué? —preguntó borde.

—Sé que no debía. Pero vi el mensaje y no he podido hacer otra cosa.

Gonzalo cerró los ojos un segundo y se pasó la mano por la cara deseando que aquello fuera un mal sueño.

—Oli…

—Te envía una propuesta —le cortó, porque no podía aguantar con eso más dentro—. Mejor dicho: dos. Una para el café de Ámsterdam y otra —añadió con la voz que se le quebraba— para transformar mi floristería en el Café Ferrer.

Gonzalo no dijo nada. Solo dejó la taza de café humeante sobre la encimera, como si fuera lo que de verdad urgía en ese instante.

Luego, soltó el aire que tenía contenido y masculló:

—A ver…

Olivia no quería escucharlo. No todavía. Ella lo que quería era soltar todo lo que llevaba dentro y le interrumpió otra vez:

—Me dijiste que no ibas a abrir en Ámsterdam. ¿Recuerdas? Me contaste que querías parar. Me confesaste, en casa de tus padres, que querías una familia, que querías quedarte, que ibas a comprometerte conmigo.

Gonzalo miró como se mira algo que duele, pero que está ahí, real, imposible de negar.

Olivia notó que le temblaban las manos y siguió hablando con rabia:

—Le dijiste a Edu que tú no mentías. Yo le confesé que eras mi novio.

Gonzalo abrió la boca para decir algo, pero no le salió. Sin embargo, Olivia vio en ese silencio la confirmación de que lo que estaba diciendo era cierto.

—Pero a lo mejor tienes más novias. No solo una. Igual voy tarde.

—Déjame que… —masculló él, agobiado y muy tenso.

Olivia no le dejó, prefirió soltar con asco:

—¡Hola, pajarón! Besitos, bb. Tu Raquel siempre te tiene en el pensamiento. ¿Qué es eso Gonzalo? ¿Qué?

Gonzalo cerró los ojos otra vez. Se apoyó con ambas manos en la encimera y el agua del café hizo un pequeño sonido.

Esa fue la única respuesta que Olivia obtuvo.

Nada más.

Esta vez él ni intentó abrir la boca. Y Olivia se sintió mareada de nuevo.

—Y lo peor no es Ámsterdam. Lo peor es… «transformar la floristería». Lo grave es «liarla en esos cuarenta metros de arriba». ¿Sabes lo que son esos cuarenta metros para mí?

Gonzalo la miró, desbordado.

—¿Crees que no lo sé?

—¡Menudo palo! —respondió Olivia, furiosa.

—Si me dejas que te explique…

—¡No me expliques nada! —exclamó ella, batiendo las manos—. Me da igual lo que tengas que decirme.

Soltó eso, pero en realidad estaba mintiendo, le importaba tanto que estaba rompiéndose por dentro.

—Pues si es lo que quieres…

—Tú sabes lo que significa la tienda para mí. Tú lo dijiste. Tú conoces mi historia. Mi vida. Un día me miraste a los ojos y me dijiste que este barrio no necesitaba otro café más. Me aseguraste que no querías mi local, que querías seguir comprando azucenas a la chica que te gusta.

Gonzalo aguantó el tipo como pudo y ella lo miró asustada:

—Sé muy bien lo que dije.

—Yo te creí.

Gonzalo soltó el aire despacio y replicó sintiéndose fatal:

—Sigo pensando lo mismo. No es…

—No digas no es lo que parece, porque no puede ser más patético. Lo que parece es lo que dice exactamente el correo.

Gonzalo no podía ni hablar y Olivia, al ver ese silencio, sintió que algo dentro de ella se endurecía más todavía.

Se acercó a la encimera, señaló la taza de café y le soltó muy fría:

—Tómate tu café y responde a tu Raquel, que te está esperando.

A Gonzalo le sentaron esas palabras como una patada en la boca del estómago.

Olivia dio un paso atrás y dijo:

—Yo me voy a la floristería, que jamás me va a fallar y que jamás me va a quitar nadie.

Gonzalo la miró y le pidió tras apretar fuerte las mandíbulas:

—Olivia, espera.

Pero ella ya iba por el pasillo. Y antes de salir, sin mirarlo, dejó caer la última frase:

—Olvídate de mi café y de mí. Que disfrutes mucho los lagartos gigantes…

El portazo sonó en toda la casa y dejó a Gonzalo como si se le hubiera caído una bomba encima…

Capítulo 23

Olivia bajó las escaleras de dos en dos y, al salir a la calle, entornó la mirada porque el sol pegaba demasiado fuerte.

Caminó rápido en dirección a su casa, con la decepción y la pena pegada a la piel.

Subió, metió la llave en la cerradura con las manos temblorosas y se encontró con Sara.

Estaba en el salón, acabando de desayunar, aún con una camiseta vieja puesta y una carpeta que le habían dado en la consulta del psicólogo sobre la mesa.

—¡Qué bien que estés en casa! —exclamó Olivia, se fue directa a ella y la abrazó.

—He dormido aquí porque tengo cita en un rato y me pilla más cerca. Desde la casa de Nil en Getafe tardo mucho más.

—Menos mal —susurró Olivia, sin dejar de abrazarla.

—Cuéntame. ¿Qué te pasa?

Olivia se apartó un poco de ella, con los ojos vidriosos, dejó las llaves sobre la mesa y se derrumbó:

—Me ha hecho lo mismo —dijo con la voz quebrada.

—¿Quién? —replicó Sara, sin entender nada.

—Gonzalo —respondió quitándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No —masculló Sara, incrédula.

—Sí. Me quiere por lo que tengo, por mi tienda y por mi casa.

Sara negó con la cabeza, porque estaba segura de que estaba equivocada:

—¿Ha pasado algo nuevo? ¿Por qué dices eso?

Olivia se pasó la mano por la cara, desesperada y respondió:

—Porque lo he visto en un correo electrónico.

—¿Qué correo?

Olivia tragó saliva y soltó de corrido, como si quisiera soltarlo de golpe:

—Uno que Raquel, la ex aquella, le ha enviado hace un rato con dos proyectos: uno para transformar la floristería en el Café Ferrer y otro para un nuevo local en Ámsterdam.

Sara se quedó helada y farfulló, echándose el pelo a un lado:

—¿Qué?

—¿Te acuerdas cuando me dijo que no iba a abrir en Ámsterdam? Pues mentira. ¿Cuando me dijo que no quería mi local? Mentira también. ¿Y cuando me habló de una familia conmigo? Otra mentira.

—Tiene que haber una explicación para ese correo.

—¿Me quieres decir qué explicación tiene lo de «hola, pajarón», «un besito, bb» y «voy a liarla en esos cuarenta metros»?

Sara abrió la boca y solo pudo murmurar:

—No entiendo nada. Pero si estabais fenomenal…

—Yo sí que lo entiendo. Me ha hecho lo mismo que a la ex. Supongo que por eso le dejó. Ahora me cuadra todo. Por eso lo puso en la calle. Y ya mi cabeza se ha ido a lo peor y hasta he pensado en el bebé del carrito. Una locura… Yo qué sé, pero así de mal me ha dejado.

Sara la agarró de la mano firme, apretándole los dedos como si así pudiera bajarle el pulso, y le pidió:

—Para, por favor. Gonzalo no puede ser así.

—¿Cómo que no? ¿Necesitas más evidencias? Es un mentiroso. ¡Me ha mentido en todo!

—¿Y el qué te ha dicho? —preguntó Sara, muy preocupada.

Olivia se quedó en silencio unos instantes que lo dijeron todo:

—Nada —susurró—. He cogido la puerta y tampoco se ha venido detrás de mí.

—Estaría en shock. Todo esto ha tenido que reactivarle la herida de la ex.

Olivia se rio con amargura y replicó con rabia:

—Pobrecito. Me da una pena. Ya ves, solo quiere quitármelo todo.

—No te va a quitar nada si tú no quieres.

—Desde luego que no —aseguró, dando un tirón a la camiseta de Gonzalo con rabia.

—Pero de verdad que pienso que tiene que haber una explicación.

—No quiero que me explique nada.

—Yo lo escucharía. Y si no hay explicación, le mandamos a la mierda juntas. Pero si la hay y tú no lo escuchas, vas a cargarte algo muy bonito tú sola.

Olivia la miró con los ojos llenos de decepción y miedo:

—Ya está todo roto.

Sara la abrazó de nuevo, como si así pudiera recomponer sus pedazos:

—No estás sola, Oli.

Olivia cerró los ojos, apretó la frente contra el hombro de Sara y sollozó:

—Lo peor es que lo quiero. Lo quiero muchísimo. Y me ha hecho esta faena justo cuando yo por fin estaba creyendo.

Sara le acarició la espalda y le aconsejó:

—No tomes ninguna decisión en caliente.

—Ya está todo decidido. Y lo que voy a hacer es irme a trabajar.

Sara frunció el ceño…

—Oli…

—La floristería es lo único que tengo —soltó Olivia, dura—. Y lo único que jamás me va a fallar, aparte de ti.

Olivia se apartó de ella, se secó las lágrimas, se cambió de ropa y se bajó a la floristería.

El olor a flores la recibió como siempre, un olor limpio y fresco, que nunca mentía.

Olivia respiró profundo y sintió que ese era su único suelo. Y empezó a trabajar para que los tallos, el agua y las tijeras le hicieran no pensar en ese correo que acababa de abrirle una grieta en el pecho.

Durante unos minutos pudo olvidarse de la traición y salvarse del miedo llenándose las manos de flores.

Pero la magia duró poco. Porque en cuanto colocó unas azucenas en un cubo, le vino la imagen terrible de la frasecita: «Transformar la floristería en el nuevo Café Ferrer».

Olivia apretó la mandíbula y volvió a sus flores.

Porque si algo había aprendido era que cuando te quitan el aire, lo único que queda para sostenerte es lo que es tuyo de verdad.

Y así estuvo hasta que un poco antes de las dos de la tarde, bajó la persiana porque ya no podía más.

Por mucho que lo intentaba, la cabeza se le iba a otra parte y las manos se volvían torpes. Había colocado mal dos ramos, había

regado plantas que no tocaban y llevaba media hora con la vista fija en el cubo de azucenas sin verlas.

Subió las escaleras despacio, como si cada peldaño pesara más que el anterior.

Ya en casa, fue directa a su cuarto, abrió el armario, sacó el jersey de Gonzalo y lo apretó unos segundos contra el pecho.

Olía a él. Eso fue lo peor.

Luego, lo dobló con cuidado y murmuró para sí misma:

—No debí enamorarme. No debí.

Cogió el bolso, cerró y se fue directa a la tienda de Manu.

Cuando llegó se lo encontró detrás del mostrador doblando unos pantalones de campana espantosos.

—Hola, Manu.

Manu dejó a un lado el pantalón y ella puso el jersey sobre el mostrador con una pena infinita:

—Hola, nena. ¿Qué quieres que haga con tu jersey?

—Vengo a devolverlo. Gratis. No hace falta que me des nada.

Manu levantó una ceja y luego la otra, miró la prenda y la tocó con cuidado con los dedos como si fuera un perrillo dormido.

—¿Seguro? Es muy goloso.

—Sí —confirmó con la voz cansada—. Esta vez, sí. Ya no lo quiero para nada.

—Seguro que hay un montón de gente que lo quiere, aunque estemos a casi cuarenta grados. ¿De verdad que te quieres desprender de esta maravilla? Mira que, si lo pongo a la venta, ya no hay marcha atrás…

Olivia intentó sonreír, pero no le salió. Se mordió los labios y le confesó con la voz tomada por la pena:

—Me ha engañado.

Manu se quedó estupefacto.

—No me jodas.

—Pues sí. Me ha engañado en todo. Solo quería estar conmigo por interés. Por la tienda, por la casa, pero no por mí.

Manu chasqueó la lengua y soltó de un modo muy gracioso:

—Lo clásico de las ricas herederas. Te entiendo tanto, nena.

—Le he pillado esta misma mañana un correo donde una ex le saluda diciendo: «Hola, pajarón» y le envía proyectos para que transforme mi tienda en su próximo café y siga expandiéndose por el universo entero. ¡Cómo me ha engañado! Estoy taaaaaaaaaaaaaan furiosa.

—Te entiendo, guapísima, lo de «pajarón» tiene que doler más que un cuerno bien puesto.

—Duele que te cagas —confirmó Olivia.

—Ya te digo. Es un putadón que venga la ex a recordarte que antes hubo intimidad con ella. ¡No hay derecho, hombre!

—¿Qué? —replicó Olivia, que se había perdido.

—Supongo que lo de «pajarón» es por la pinga, ¿no? Y ya se sabe, que con una buena minga, bien se chinga.

Olivia soltó una carcajada que le hizo sentirse un poquito mejor y replicó:

—Pero se supone que solo estaba chingando conmigo.

—El gobierno debería tomarse esto en serio y obligarnos a ir por la vida con una luz encima, como en la fiesta del semáforo.

—¿Qué fiesta es esa? —preguntó Olivia, descolocada.

—¿No has estado nunca en una de esas? Pues en Peñíscola se hacen…

—No tenía ni idea.

—Sí, nena. Los solteros se ponen una luz verde y los pillados una roja. El problema es toda esta gente que va de verde por la vida y es roja como un tomatón.

Olivia suspiró, puso cara de asco y soltó:

—Gonzalo es de esos.

Manu negó con firmeza y replicó tras tocarse el *piercing* que tenía en el labio inferior:

—Ni de coña.

—¿Cómo que no? Si la otra se despide en el correo llamándolo «bb».

—Llamo «bb» a todo el mundo —confesó Manu—. Desde que el reguetón llegó a nuestras vidas todos somos «bb». El otro día mismo… estuve en el dentista y le dije: No me hagas pupita, «bb». Y no me quiero tirar al dentista, aunque está buenísimo. Y lo de los

proyectos, pues a lo mejor se lo pidió a la muchacha para que se entretenga. En plan: «dime qué harías con esto», pero no significa que lo vaya a hacer. Es como cuando voy al peluquero y le consulto cómo me quedarían unas extensiones, pero ni de coña me las pondría… ¿No sé si me pillas?

Olivia se cruzó de brazos, cerrada en banda y respondió:

—Te pillo, pero yo no quiero nada con él.

Manu cogió el jersey y volvió a preguntarle clavándole la mirada:

—¿Seguro que lo quieres devolver?

—Absolutamente.

—Qué mal, Oli. Aunque te digo una cosa: hagas lo que hagas, va a volver a ti. Parece mentira que todavía no te hayas enterado…

Olivia lo miró como si acabara de decir una estupidez:

—¿Qué dices?

—Que va a volver —repitió Manu—. Porque es tuyo.

—No digas chorradas, por favor.

Manu se acercó más a ella, bajó el tono de voz porque había entrado un cliente y habló:

—Te cuento una cosita. Me pasó una cosa parecida con el superjefe del Carrefour. Nos enfadamos por una tontería enorme de esas que cuando estás metido en harina te parece el fin del mundo. Yo me fui con unos amigos a una casa rural a un pueblo perdido de la mano de Dios a llorar. ¿Y sabes quién estaba en la entrada del pueblo, con una rueda pinchada, pidiendo ayuda?

Olivia negó, aunque intuía cuál iba a ser la respuesta.

—Él —respondió Manu—. Era para mí.

—Me alegro un montón.

—Las cosas que son para ti, acaban encontrándote. Aunque se equivoquen de carretera…

Olivia bajó la mirada y susurró:

—Lo de Gonzalo y yo no tiene arreglo. Me ha mentido y ha querido quitarme lo que más amo.

Manu no dijo nada. Rodeó el mostrador y la abrazó lamentando que estuviera así:

—Lo siento mucho, Oli.

—Gracias, bonito.

Olivia se separó despacio, se limpió una lágrima y miró al jersey por última vez:

—Cuídalo —le pidió a Manu.

—Siempre —repuso él—. Como a ti.

Olivia salió de la tienda con el corazón encogido, caminando despacio y tristísima.

Y mientras avanzaba calle abajo, con un calorazo que era insoportable, solo pensaba en una cosa: que había hecho bien en devolver el jersey, en marcharse y en proteger lo único que no podía permitirse perder.

Aunque doliera muchísimo…

Capítulo 24

El lunes amaneció con un calor pegajoso, de esos que empiezan a apretar desde primera hora de la mañana, como si el sol estuviera esperando detrás de la ventana.

Olivia llevaba dos noches sin pegar ojo.

El sábado intentó trabajar hasta que el cuerpo aguantara para no pensar, pero esta vez tampoco funcionó.

Abrió la floristería dispuesta a darlo todo. Puso agua en los cubos. Cortó tallos. Ató lazos. Sonrió a clientes que le hablaban y a los que contestó con palabras sueltas que ni recordaba. Se equivocó dos veces con un ramo, entregó uno con flores cambiadas y lo tuvo que rehacer. Volvió a regar plantas que no tocaban. Se le olvidó apuntar una venta…

Cuando quiso darse cuenta, tenía las manos destrozadas y la mente clavada en un correo.

En una frase: «Transformar la floristería en el nuevo Café Ferrer».

Cada vez que la frase le venía a la cabeza, sentía como si se le metiera una garra en el pecho y le apretara.

Luego, miraba el móvil para ver si tenía algún mensaje de Gonzalo o una llamada perdida y al no ver nada, la garra apretaba más.

El domingo fue peor.

Ya no tuvo fuerzas para fingir. Se quedó tirada en la cama, debajo del ventilador de techo, con el pelo pegado a la nuca y la camiseta empapada.

Afuera la calle olía a asfalto recalentado, protector solar, tapas ricas y a vida. Dentro olía a ventilador viejo, sábanas arrugadas y a pena.

Sara intentó que saliera un poco de casa, primero con paciencia y luego con insistencia.

—Oli, vámonos a la expo esa que te dije. Tienen además un aire acondicionado que te congelas. Hace tanto frío que hay que llevar jersey…

Sara se mordió los labios tras pronunciar la última palabra, Olivia dio un respingo y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo. Y no me hables de ningún jersey. Me duele demasiado.

—Vale. Te prometo que no te hablo de nada, solo de los cuadros.

Olivia se volvió a tumbar en la cama, clavó la vista en un punto del techo, como buscando un agujero por el que poder escaparse.

—No tengo ganas —murmuró con voz plana.

—Aquí te vas a recocer.

—Me da igual.

Sara se sentó al borde de la cama y le apartó un mechón de la frente. Olivia tenía los ojos hinchados y el gesto duro del que lleva dos días apretando la mandíbula.

—Deja que te dé el aire un poco. No puedes quedarte todo el día aquí.

—Sí que puedo.

Sara suspiró. Con la terapia estaba aprendiendo a quedarse, pero con Olivia llevaba años haciéndolo.

—¿Te traigo una tarrina de helado y nos la zampamos?

—No.

—¿Agua?

—No.

—¿Pongo un poco de música?

—Menos aún.

Sara aguantó un segundo en silencio y luego le preguntó lo que llevaba dos días flotando entre ellas:

—¿Quieres hablar?

Olivia cerró los ojos. Y lo que le salió fue un susurro roto en forma de pregunta:

—¿Por qué confié?

—No hay una respuesta. Quiero decir que solo hay… lo que hay.

Olivia habló con la voz apretada, con las palabras raspándole por dentro:

—Me fie, le creí y ahora soy la idiota que se enamoró del tío que quería quitárselo todo. ¡Un capullo más para mi colección!

Sara le agarró de la mano y susurró con la voz quebrada:

—Oli…

—No me digas Oli así —masculló Olivia sin abrir los ojos—. No me digas nada bonito. Ni que hay una explicación. No quiero escuchar que a lo mejor…

Sara se quedó callada, porque comprendió que Olivia lo que necesitaba era espacio y se retiró:

—Vale. Si quieres algo, me llamas. Estoy. Siempre estoy.

Sara le dio un beso en la frente y cuanto salió de la habitación Olivia rompió a llorar.

Así se pasó todo el domingo, hasta que terminó igual que había empezado, con el ventilador dando vueltas, con Olivia metida en la cama y con el corazón hecho añicos.

El lunes despertó sintiendo que el mundo seguía y que ella no. Le pareció cruel, pero la vida era eso.

Como pudo, se levantó y vio que Sara estaba roncando en el sofá.

No se había ido en toda la noche.

Olivia suspiró, se retiró las lágrimas que le cayeron por el rostro de puro agradecimiento, se duchó, se comió una manzana y abrió la tienda con el cuerpo en automático y la cabeza llena de ruido.

Hacía tanto calor que, al momento, se le pegó el sudor a la espalda. Levantó la persiana y el sol lo inundó todo, menos a ella que se sentía por dentro gris. Muy gris.

Puso la radio bajita, aunque ese día le importaba poco lo que pasara en el mundo y se obligó a cortar unas hortensias para que pareciera que todo estaba normal.

Pero se miró un instante en el reflejo del escaparate y se vio las ojeras profundas y la palidez por no haber descansado ni el cuerpo ni la cabeza.

Retiró la mirada del cristal, volvió al trabajo y a los diez minutos apareció en la tienda un chico joven con una camiseta de una empresa de rotulación, con la frente sudorosa y un albarán en la mano.

Detrás de él, en la acera, se intuía un bulto grande envuelto en plástico.

—¿Olivia? —preguntó.

Olivia se quedó quieta con unas tijeras en la mano.

—Sí.

—Te traigo… esto.

—¿Esto qué es?

El chico miró el albarán como si buscara una confirmación.

—El luminoso.

Olivia lo miró extrañada y le preguntó negando con la cabeza:

—¿Qué luminoso?

—El que se pidió hace un mes. Lo pone aquí. Y hoy vengo a colocarlo.

Olivia sintió un pellizco en la boca del estómago, no de ansiedad, sino de puro desconcierto.

—Yo no he pedido ningún luminoso.

El chico volvió a mirar el albarán y leyó en voz alta como si eso resolviera el enigma:

—Aquí pone que lo pidió: Gonzalo Larra. Y hace justo un mes.

Olivia tuvo que apoyarse en el mostrador con la mano libre porque por un segundo el suelo pareció inclinarse.

—Yo es que no tengo ni idea.

El chico, ajeno al derrumbe interno de Olivia, le dijo señalando la puerta:

—Pues nada. Iré metiendo el luminoso en la tienda mientras haces las llamadas que tengas que hacer.

Olivia fue a responder que no podía llamar a Gonzalo, cuando el chico ya arrastraba el cartel luminoso.

Lo metió dentro con cuidado, retiró el envoltorio sin decir nada y Olivia se quedó sin respiración.

El cartel no podía ser más bonito, era exactamente lo que Olivia había imaginado tantas veces. Un diseño elegante, donde podía leerse: Y que huela bonito, con unas letras preciosas y una azucena dibujada al lado, delicada, como un guiño íntimo.

El chico probó la luz, sin quitar aún el plástico protector, para que viera cómo quedaba iluminado… y Olivia pensó que era sencillamente perfecto.

La luz era cálida, justa, una auténtica promesa luminosa y una invitación a entrar.

Se llevó la mano al pecho de la emoción, el chico desconectó la luz y le dijo:

—Pues si te parece bien, lo colgamos.

Olivia, que estaba mirando el cartel como si fuera una alucinación, logró decir:

—Yo… yo no puedo aceptar esto.

Justo entonces, Olivia escuchó que alguien decía «buenos días» y giró la cabeza.

Era Gonzalo.

Olivia sintió que el mundo volvía a tambalearse a sus pies, pero esta vez era distinto.

No venía impecable, ni afeitado, ni con la camisa bien planchada como solía llevar. Se le veía desmejorado, con ojeras y con la mirada triste de haberse pasado el fin de semana en un sitio donde se le habían caído las paredes encima.

Él se quedó quieto al verla, como si de pronto le hubiera venido el alma al cuerpo.

Olivia sintió un escalofrío en la nuca y lo primero que le salió fue una pregunta cargada de rabia:

—¿Qué haces aquí?

Gonzalo miró el cartel y luego la miró a ella, devastado por dentro:

—Es para ti.

—No.

El chico del luminoso carraspeó, incómodo con la tensión que había:

—Eh, perdonad. ¿Me decís qué hago…?

—Olivia, por favor —masculló Gonzalo, mirándola.

Olivia, sin apartar los ojos de Gonzalo, le pidió al chico manteniendo el tipo como podía:

—¿Nos puedes dejar un momento a solas para que hablemos?

El chico dudó, bufó y luego le explicó rascándose la nuca:

—Es que tengo el día completito y el calor hoy va a ser tremendo. No tengo mucho tiempo. ¿Qué hago con el luminoso? ¿Os lo quedáis o no?

Olivia tragó saliva y echó un vistazo de nuevo al luminoso que, aunque estaba apagado, era tan bonito que parecía que la luz le estuviera entrando por dentro.

—Un momento —le pidió Olivia, luego sacó una botella de agua de una nevera pequeña y le pidió—: ¿Nos das unos minutitos mientras te tomas esta botella de agua fría?

El chico resopló con resignación, cogió la botella y salió arrastrando los pies.

Olivia se giró de golpe hacia Gonzalo y le preguntó entre molesta y perpleja:

—¿Qué es esto?

Gonzalo ni se movió del sitio, las manos parecían relajadas pero la mandíbula la tenía muy tensa.

—Eso es algo que encargué hace un mes, porque lo necesitas.

Olivia sonrió sarcástica, con la mirada fría y replicó:

—Lo necesito, pero realmente ¿qué pretendías con esto? ¿Hacerme un regalazo mientras por detrás no dejas de fantasear con poner aquí tu zarpa? No entiendo nada. No sé qué haces aquí ni para qué has venido.

Gonzalo dio un paso, solo uno.

—He venido porque aquí está lo que más me importa.

A Olivia le dio un vuelco al corazón y se quedó sin aliento. Cosa que le dio un coraje tremendo, pues odiaba que una parte de ella quisiera creerle y que su cuerpo estuviera reaccionando a su voz.

—No voy a venderte nada —soltó ofuscada—. No voy a vender mi tienda. No voy a vender mi casa. Así que si has venido a…

—No he venido por tu local —la interrumpió él, y ahí sí le tembló un poco la voz—. He venido por ti.

Olivia se llevó la mano al vientre, apretó los labios y le recordó:

—El viernes estabas en shock. O eso parecía. Porque te quedaste ahí, como si no fuera contigo.

Gonzalo cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, Olivia vio en su mirada culpa, pero también algo más…

—Porque se me removieron demasiadas cosas —dijo con necesidad de arreglarlo—. Me dolió la desconfianza y que no me dejaras hablar, no me diste la oportunidad.

Olivia levantó las manos que le temblaban:

—¡Te la di! Estaba ahí, delante de ti. Te dije lo que había leído, te dije lo que significaba para mí y tú ¡no reaccionaste!

—No podía.

—Pues vaya suerte la mía —ironizó Olivia—. Tú no podías hablar, pero yo sí que tenía que tragarme la traición.

Gonzalo arrugó el ceño y por primera vez bajó la mirada:

—Lo de ese correo…

Olivia se crispó al escuchar lo de «ese correo» dicho de esa manera, como si tal cosa. Y sintió que se la llevaban los demonios:

—Ni se te ocurra decirme que no es nada, que no es lo que parece o cualquier cosa parecida porque sé leer.

Gonzalo negó con la cabeza, resopló y murmuró:

—No voy a decirte eso.

Olivia se quedó un poco pillada…

—¿Entonces?

Gonzalo se apretó el puente de la nariz y respondió hablando despacio, porque sabía que una palabra mal puesta podía cargárselo todo.

—En enero le pedí a Raquel que me hiciera esa propuesta.

—¿Enero? —replicó Olivia, incrédula.

—Sí —repitió él—. Cuando aún no había nada entre nosotros, ni siquiera habíamos hablado en serio. Yo estaba todavía con la idea en la cabeza de crecer, es mi inercia, mi forma de funcionar, mi jodido «siempre más». Iba por delante de mí mismo, como siempre, con la cabeza llena de proyectos, de locales y le pedí que, sin ninguna prisa, porque para esas fechas estaba centrado en mantener los cafés de Madrid y el nuevo de Barcelona, que me hiciera una propuesta. Y me respondió el viernes…

Olivia sintió como una tensión fuerte en la espalda y preguntó desconcertada:

—¿No hablabas con ella desde enero?

—No. Ni nos hemos visto, ni hemos hablado por teléfono, ni nada de nada.

A pesar de las explicaciones de Gonzalo, había algo que Olivia no le encajaba:

—¿Y lo de Ámsterdam?

—Era algo que llevaba tiempo rondándome, pero tampoco lo voy a hacer.

—Sí, me lo dijiste…

—Y era verdad cuando te lo dije —añadió él—. No era un teatro. No era postureo para impresionarte. Era que he decidido parar.

Olivia sintió que se le encendían las mejillas y musitó bastante nerviosa:

—Entonces, ese correo es de antes.

Gonzalo la miró con una mezcla de dolor y ternura que a Olivia le enfureció, porque lo que quería eran certezas y él replicó:

—Exacto. Le pedí que hiciera la propuesta antes de que tú existieras en mi vida como ahora existes. Y te prometo que ya ni me acordaba de que se lo había pedido hacía meses…

—Ya, claro. Se te olvidó que habías pedido transformar mi floristería en un café —soltó mordaz.

Gonzalo dio un paso más y bajando la voz le aclaró:

—Lo pedí sin saber quién eras tú, sin saber lo que era este local y sin saber lo que esto significa para ti. No me había sentado aquí contigo, ni te había visto con las manos llenas de flores, ni estaba aún enamorado de ti… Pero cuando entendí lo que era este sitio para ti, ya no quise que fuera mío. Quise quedarme contigo…

Capítulo 25

La palabra «enamorado» se le clavó a Olivia en el corazón como una flecha.

—¿Enamorado? —repitió.

Él la miró a los ojos, asintió y luego respondió rotundo:

—Sí.

—¿Y lo de «pajarón»? —recordó molesta—. Porque no solo era la propuesta, era el tono, la intimidad, «tu Raquel», el «bb», el «te tengo en mi pensamiento». Todo eso que suena a que hay algo entre vosotros.

Gonzalo en lugar de tensarse, sonrió y le explicó tranquilo:

—«Pajarón» es por mi perro.

—¿Qué perro? ¿Tú tienes perro? —inquirió Olivia, que soltó una carcajada más que nada porque aquello le sonaba a puro invento.

—Lo tuve. Mi perro se llamaba Pájaro.

Olivia volvió a soltar una risotada incrédula, casi un resoplido:

—¿Tenías un perro que se llamaba Pájaro? ¡Venga ya!

—Sí —asintió él mientras sacaba el móvil y buscaba la foto—. Era muy travieso. Y como yo era su amo, ella empezó a llamarme pajarón. Una chorrada de cuando éramos novios.

Luego, le mostró la foto a Olivia del perro y se quedó muerta. Porque el perro, un mastín leonés, tenía una chapa en la que podía leerse perfectamente: Pájaro.

—Pájaro era muy guapo. Ja, ja, ja. Ay, ¡perdona que me ría, pero es que es un nombre tan raro! —se excusó Olivia.

—Me gustaba. Y le sigo echando de menos —admitió él, con nostalgia.

—Tenía pinta de majo.

—Mucho.

Se quedaron callados unos segundos, y luego Olivia se puso seria de nuevo, aunque menos tensa, y preguntó:

—¿Y lo de «bb»?

—Raquel lo usa con todo el mundo —respondió él, encogiéndose de hombros—. Y «tu Raquel» es porque somos amigos. Es algo cariñoso. Nada más.

—Cuando lo leí, me quedé muerta.

—Lo entiendo.

—No creo que lo entiendas, porque a ti nunca te han intentado quitar lo único que tienes. Ni sabes lo que es que tu identidad sea un local de cuarenta metros, ni te han hecho sentir —la voz se le rompió— pequeño.

La mirada de Gonzalo se humedeció y dijo con la voz ronca:

—Sí que lo sé.

—No —insistió ella, con obstinación.

—Yo sé lo que es que de repente la persona que amas te saque su vida por algo que no has hecho. Y no es que me sintiera pequeño, me sentí una mierda. Te confieso que lo que pasó el viernes me recordó a lo que viví con Vanessa. Tuve la sensación horrible de que daba igual lo que dijera: ya estaba condenado. Tú solo interpretabas todo de la peor manera, no me creías y yo… —se pasó la mano por la cara—, me quedé sin palabras porque me daba miedo que cualquier cosa que dijera lo empeorara.

Olivia sintió una punzada de culpa y no quería sentirse de esa manera, porque ella había actuado así para protegerse:

—Yo no soy tu ex.

—Por eso estoy aquí, porque contigo es diferente.

Olivia sintió un estremecimiento súbito y, justo en ese instante, el chico de la empresa de carteles asomó la cabeza:

—¿Ponemos ya el luminoso? Mi compañero ha conseguido aparcar. Estamos listos.

—Un momentito, por favor. No será mucho —le pidió Olivia.

El chico masculló algo ininteligible y salió de la tienda de nuevo. Gonzalo se acercó más a ella y le dijo:

—Jamás voy a quitarte tu floristería. Y no solo es que admire y respete tu mundo, es que lo necesito en mi vida tal y como es.

Olivia lo miró de reojo, todavía con un punto de desconfianza. Gonzalo entonces señaló el cartel y siguió hablando:

—Es tan cierto que quiero seguir comprando azucenas en la floristería de la chica que amo, que encargué ese luminoso hace un mes. Cuando no sabía que un correo me iba a estallar en la cara y que iba a tener que demostrar lo que siento.

Olivia notó que se le abría el pecho por dentro y replicó con la garganta tensa:

—No era necesario que me compraras nada.

Gonzalo respiró hondo y dijo con una verdad en la mirada que Olivia se conmovió:

—Sí que lo es, porque esta tienda se merece que se vea de lejos, que luzca brillante. Tú te lo mereces.

Olivia sintió un temblor en la barbilla y la rabia se le mezcló con el miedo a recibir cosas sin tener que pelearlas y con otro miedo que venía de atrás:

—Cuando vi ese mensaje —confesó ella con una lagrimilla en el borde del ojo—, me asusté. Pensé que me habías mentido, que me habías utilizado, que yo estaba haciendo el ridículo otra vez.

Gonzalo dio un paso más, muy despacio, no la tocó aún, solo la miró:

—No has hecho ningún ridículo. Porque no eres ridícula. Eres una mujer que por fin se estaba permitiendo creer y amar. Y yo tenía que haber reaccionado mejor. Debería haberte explicado esto en ese momento.

Olivia tembló entera y reconoció también:

—No debía haber leído el correo. Y después de hacerlo, debería haber esperado. Tal vez me precipité, tampoco lo hice bien…

—Estabas asustada. Y tu miedo no apareció de la nada. Lo que leíste era una amenaza para ti y entiendo tu reacción.

Olivia lo miró mordiéndose el labio inferior y preguntó, desarmada:

—¿De verdad que no quieres mi local?

—No —respondió rotundo.

—¿Y Ámsterdam?

Gonzalo no pudo responder porque desde arriba se escuchó una voz que decía:

—Oli, tía, que Gonza quiere estar contigo. ¡Para yaaaaaaaaaaa!

—¿Desde cuando llevas cotilleando? —gritó Olivia, mirando al techo.

—Poco —respondió Sara, desde arriba—. Y ahora me meto en la ducha que he quedado con Nil. Pero tía, que no se va a ir a

Ámsterdam. Adonde nos vamos a ir a final de mes es a ver a los monos trincones. Saluditos, Gonza.

—¡Saludos, Sara! —replicó Gonzalo.

—De verdad… —murmuró Olivia.

—Sara tiene razón. No voy a hacer nada en Ámsterdam. ¿Y sabes por qué? —preguntó Gonzalo, sintiéndose mucho más tranquilo.

—Dime —susurró Olivia.

—Porque me quedo —dijo como si necesitara que esa frase entrara en ella por completo—. Es mi decisión. No es un sacrificio. Estoy harto de vivir empujándome siempre a dar más. Y contigo he aprendido que también existe esto. Esto que es… hogar, presencia, estar, querer…

Olivia sintió que de pronto el nudo que tenía en la espalda se le aflojaba, porque no era un «me quedo por ti» como renuncia, sino «me quedo porque esto es lo que quiero».

Y eso sí que era sólido.

La puerta se abrió un poco y se asomó el chico de nuevo, sudando:

—Lo siento, pero no podemos esperar más. ¿Nos dices ya algo?

Olivia se giró hacia el cartel, luego miró a Gonzalo que la observó sin decir nada.

No la presionó, no dijo «por favor», ni le prometió que lo que acababa de decir fuera cierto.

Solo esperó a que se decidiera.

Olivia, con la vista puesta en el luminoso, pensó… pero sobre todo sintió.

Sintió a Gonzalo ahí, su cansancio, su verdad, su presencia…

Y también sintió que después de unos días espantosos el suelo volvía bajo sus pies.

—Espera un segundo más —le pidió al chico—. Y en compensación te regalo el ramo que quieras. ¿Te parece?

—Mi novia dice que nunca le regalo nada —confesó el chico, como disculpándose.

—Espera un poquito más y te hago el ramo más bonito del mundo.

—Hecho. Pero rápido, ¿eh?

Salió otra vez, Olivia se quedó sola con Gonzalo y él le dijo:

—Si no lo quieres, no pasa nada. No hay ningún problema.

Olivia negó con la cabeza, con una sonrisa pequeña que le temblaba en las comisuras.

—Lo quiero.

Gonzalo abrió un poco más los ojos y ella añadió, con la decisión más que tomada:

—Quiero el luminoso —la voz se le quebró—, quiero ir a Filipinas, aunque pite en los controles mil veces y me masacren los mosquitos… y te quiero a ti.

Él exhaló como si llevara minutos sin respirar y ya no necesitaron más palabras.

Se acercaron y se besaron como dos personas que se habían estado conteniendo dos días y por fin podían respirar.

Olivia le agarró la camisa con una mano, Gonzalo la sostuvo por la cintura con unas ganas que no podía con ellas y las bocas no podían apartarse, ávidas de todo.

Cuando se separaron ambos estaban con los ojos brillantes:

—No te voy a quitar nada —susurró, acariciándole el pelo—. Te lo prometo.

Olivia cerró los ojos y susurró:

—Yo tampoco quiero vivir desconfiando. No quiero que esto se rompa por mis miedos.

—Va a salir bien —aseguró Gonzalo, acariciándole la mejilla—. Porque lo estamos haciendo bien. Estamos juntos porque queremos ser nosotros.

—Nosotros —asintió Olivia, respirando al fin profundo.

—Te amo, Oli.

—Y yo.

Se besaron de nuevo y después se fueron a avisar al chico que entró junto a su compañero secándose el sudor con el antebrazo.

—Me lo quedo —afirmó Olivia, con una voz que por fin sentía suya.

El chico sonrió también, aliviado.

—Yo no sé qué te tenías tanto que pensar. ¡Está de lujo!

El chico se agachó a coger las herramientas, el compañero salió fuera a ver dónde iba a colocar el luminoso y Olivia se giró hacia Gonzalo porque de pronto sintió que tenía que hacer algo.

—¿Te importaría quedarte en la tienda que tengo que hacer algo muy urgente?

Gonzalo la miró entre divertido y curioso y contestó:

—¿Ahora?

—Ya mismo.

Gonzalo le dijo que no se preocupara por nada y Olivia salió corriendo calle abajo, con el calor pegándole en la cara y el corazón saliéndose por la boca, directa a la tienda de Manu.

Entró como un torbellino.

Manu estaba detrás del mostrador, doblando ropa con un ventilador pequeño apuntándole la cara.

—¡Oli! —exclamó—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿No vendrás buscando una camisa de cuello asimétrico? Porque tengo la más mamarracha del mundo.

Olivia solo tenía una cosa en la cabeza y le pidió casi desesperada:

—¡Manu! ¡El jersey!

—¿El jersey?

—¡El jersey! —repitió Olivia, desesperada—. Lo quiero. Lo necesito. ¿Se lo han llevado? ¿Lo has vendido? ¿Está? Dime algo, te lo suplico.

Manu la miró como si acabara de entrar un huracán en su tienda.

—¿Me puedes contar qué está pasando aquí? Porque es obvio que algo está pasando.

Olivia asintió y sonrió de oreja a oreja:

—¡Está todo bien con Gonza! Ha venido y me lo ha explicado todo. Le pidió esos proyectos a la ex en enero, cuando entre nosotros no había nada. Raquel es solo una amiga y ¡me ha traído un luminoso que es un sueño! Así que Manu —rogó levantando las cejas— por favor, dime que no vendiste el jersey.

Manu que estaba aún procesando la información soltó llevándose la mano a la cara:

—Nena, ¡un luminoso es mejor que un anillo!

—Y tienes que verlo…

—Ay, por favor, ¡qué fantasía!

Olivia asintió sin dejar de mirar alrededor con pánico.

—Venga, dime… ¿Dónde está?

Manu se encogió de hombros, se llevó el dedo índice a la barbilla y respondió:

—Lo guardé, pero no sé dónde. Aquí hay tanta ropa y yo hago lo que puedo en este caos.

Olivia empezó a buscarlo en estanterías, moviendo montones de perchas, metiendo la cabeza en cajas.

Manu la ayudó divertido y enternecido, pero Olivia cada vez estaba más nerviosa.

—Cálmate. Yo sé que no lo he vendido. Tiene que estar en la tienda, pero encontrar algo aquí… Tela… La gente me lo toquetea todo y para tener esto en orden, tendrían que contratar a ocho dependientes. Guapos, a ser posible.

Olivia no iba a rendirse. Siguió buscando y buscando, hasta que de pronto vio algo y gritó señalando con el dedo índice:

—¡Allí!

Manu siguió la dirección de su dedo y vio que, en una esquina, justo debajo de un montón de jerséis estaba el de Olivia. O del Gonzalo. Bueno, el jersey de los dos.

—¡Lo has pillado!

—Siiiií —chilló Olivia con una alegría que le reventó el pecho.

Se lanzó, sacó el jersey y lo apretó un segundo contra ella.

Manu la miró tan emocionado como ella, con una sonrisa de «te lo dije» y le recordó:

—¿Ves? Es lo que te dije. Si es que es tuyo.

Olivia lo miró con los ojos brillantes:

—Gracias.

Manu se acercó a ella, la abrazó y le dijo con cariño:

—El jersey es tuyo y el pajarón también. No lo olvides, nena.

Olivia se partió de risa, le devolvió el abrazo y le dijo:

—Vale. Lo tendré en cuenta.

—Créetelo, anda.

—En eso estoy.

Manu señaló el jersey y le pidió poniendo una cara graciosa:

—Cuídalo, que este jersey ha hecho más terapia que muchos psicólogos.

—Te prometo que sí.

Se despidieron y Olivia salió de la tienda con el jersey en los brazos como si fuera algo muy valioso.

Ya en la calle, con sol que casi la cegaba, Olivia sintió que por fin respiraba profundo.

Y sonrió.

No sabía qué iba a pasar después, pero sí sabía que Gonzalo le estaba esperando, que se habían elegido, que lo suyo era una decisión, y que su floristería, pasara lo que pasara, siempre iba a ser su casa…

EPÍLOGO

(Meses después)

El luminoso se encendía cada tarde cuando el sol empezaba a caer, no siempre a la misma hora exacta.

Olivia había aprendido a reconocer ese momento en el que la luz cambiaba a un tono más suave, el sol caía oblicuo por el escaparate y se reflejaba tibio en los cubos de zinc.

Bajaba un poco la intensidad del interior, se acercaba al interruptor y lo pulsaba:

Y que huela bonito.

Olivia lo observaba unos segundos cada vez, con una mezcla de orgullo y emoción, mientras se expandía despacio, y quien pasaba se detenía un momento.

Ese día Gonzalo estaba a su lado con el jersey puesto.

El jersey.

Ese que había ido y vuelto, que había sido inspiración, impulso, confianza, talismán, enfado, decepción, miedo, señal, protección y cambio.

Ahora era de los dos.

Desde que habían hablado de verdad, desde que se habían elegido, algo había cambiado en él.

Seguía siendo ambicioso, curioso, intenso, pero ya no iba empujándose a sí mismo contra el límite.

Ahora se quedaba. Unas veces en silencio y otras subiéndose a la escalera para coger las flores más altas. Pero siempre estaba ahí.

Olivia terminó de colocar unas azucenas, se lavó las manos y se acercó a él.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Salieron y bajaron la persiana juntos. El luminoso quedó encendido, como un pequeño faro cotidiano.

Hacía frío. Era principios de febrero y además estaba lloviznando. Gonzalo abrió el paraguas y se fueron caminando en dirección al Larra.

Era viernes y tocaba cena.

De pronto el móvil de los dos vibró. Era del grupo que tenían los cuatro.

Sara: No aguanto más. No puedo esperar a veros para contároslo. Tenemos notición.

Nil: No puedo más de la emoción.

Olivia se detuvo en seco, leyó el mensaje en voz alta y Gonzalo alzó las cejas.

—Suena a bomba. ¿Contamos los segundos que van a tardar en soltarla?

A los cinco segundos, los móviles volvieron a vibrar.

Sara: Hoy tocaba eco. Y sí. Confirmado: ojos de Pikachu.

Nil: Clavados, clavados.

Olivia se llevó las manos a la boca.

—No.

—Sí —se rio Gonzalo a carcajada limpia.

Sara se enteró de que estaba embarazada cuando volvió de Filipinas. Primero pensó que era el jet lag. Luego que había comido demasiados Halo Halo, pero Nil sabía que había sucedido una noche en Camiguin, mirando el cielo azul oscuro y las estrellas que parecían demasiado cerca.

Fue allí. Sin buscarlo y sin planearlo.

El test lo compraron en una farmacia del barrio. Sara entró en el cuarto de baño de la floristería y se quedaron los cuatro esperando en el salón enano.

Olivia fue la que entró a ver el resultado: dos rayas.

Sara lloró, Olivia también, Nil ni podía moverse y Gonzalo bajó a la floristería a preparar un ramo de flores que no pegaban ni con cola, pero le quedó extrañamente bonito.

—La vida, cuando quiere, sabe hacerlo bien —dijo pasándole el ramo enorme a Sara.

—Es que no me lo creo. Hace nada estábamos rotos y ahora… —musitó Sara, entre lágrimas, abrazada al ramo.

—Ahora estamos aquí… los cinco —replicó Gonzalo, con una sonrisa gigante.

—Estoy cagada de miedo —confesó Sara—. Pero feliz como no sabía que se podía serlo. Y seguramente lo haré fatal…

Nil por fin pudo levantarse, la abrazó por detrás, apoyó la cabeza en su barbilla y añadió:

—Vamos a hacerlo fatal, pero juntos.

Olivia, que de pronto se acordó de la acuarela que Sara había dibujado aquella noche, los abrazó también y aseguró:

—¡Va a ser precioso!

Así fue cómo se enteraron de la noticia…

Meses después, Sara estaba feliz con su barriga y con los ojos de Pikachu de su hijo.

La cena fue ruidosa. Sara estaba radiante y Nil no paraba de tocarle la espalda, todavía emocionado de haber visto la mirada de su hijo.

—Tenéis que venir a la próxima eco y que os mire así —comentó Sara, haciendo el gesto exagerado con los ojos.

—Así como diciendo qué familia tan cojonuda tengo —añadió Nil.

Olivia los miró con un nudo en el pecho de emoción y luego a Gonzalo que estaba sintiendo lo mismo que ella.

Más tarde, de vuelta a casa de Gonzalo, donde vivían, Olivia se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá:

—Esta noche nos miraba a los cinco y pensaba que hay algo que me gusta muchísimo.

—Dime —dijo Gonzalo quitándose el jersey.

—Que todos nos hemos atrevido…

—A quedarnos —terminó Gonzalo la frase por ella.

—Por un momento llegué a pensar que enamorarse era perder algo.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que es elegir todos los días. Y quedarse…

Gonzalo se sentó a su lado, la besó en los labios y dijo encogiéndose de hombros:

—Eso es crecer, aunque suene poco romántico.

—¿Poco romántico? Es lo más romántico que he vivido nunca.

Se quedaron en silencio. Todo parecía en su sitio.

El jersey estaba doblado en la silla. El luminoso brillaba en la calle y el móvil vibró una vez más:

Sara: Os queremos.

Olivia respondió que ellos también y apoyó la cabeza en el hombro de Gonzalo.

No sabía si habría bodas. Ni si vendrían los hijos que ellos deseaban. No sabía si todo sería fácil, pero sabía algo importante: no estaba sola. Amaba, y su floristería, con su luz encendida al caer la tarde, era su lugar en el mundo.

Y eso también era una forma de final feliz…

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias por llegar hasta aquí, por leer esta historia con tiempo, con cariño o incluso con prisas robadas al día a día.

Te agradezco que hayas acompañado a Olivia, a Gonzalo, a Sara y a Nil en este tramo de su camino, en el que tienen que elegir, cuando amar no siempre es fácil y quedarse a veces da más miedo que irse.

Si esta novela te ha hecho sentir, si en algún momento te has reconocido, has sonreído, te has enfadado un poco o has respirado hondo al cerrar una página, me harías un favor enorme si dejaras una reseña en Amazon.

No hace falta que sea larga ni perfecta. Basta con que la escribas con el corazón.

Las reseñas ayudan muchísimo a quienes escribimos para poder seguir haciéndolo y para que otras lectoras encuentren historias que quizá también necesiten.

Gracias por estar conmigo, por leerme y, sobre todo, por quedarte hasta el final.

Y ahora, te dejo un regalito.

Un ramo improvisado.

(El que Gonzalo hizo el día que supieron que venía el bebé de Sara).

Gonzalo bajó a la floristería sin saber muy bien qué hacer. No tenía ni idea de flores. No había hecho un ramo en su vida. Pero sabía una cosa: quería celebrar la vida.

Así que cogió lo siguiente:

Azucenas:

Porque representan el hogar, la raíz y porque son muy Olivia.

Rosas amarillas:

Le parecieron una flor firme, de tallo fuerte, para recordar que sostener también es una forma de amar.

Margaritas blancas:

Por lo sencillo, por lo que empieza, por lo que no necesita explicación.

Una flor de luna:
Porque un día Olivia le contó que se abre despacio y le encantó. Hay que saber esperar. No todo llega de golpe.

Eucalipto:
Para respirar. Porque cuando algo grande llega, lo primero es aprender a coger aire.

Jazmín:
Lo puso porque olía mucho y no pasaba desapercibido, igual que el amor, que cuando es de verdad, se nota.

Claveles:
Los eligió porque duran, porque quedarse también es resistir.

La primera flor que tenía a mano:
No sabía su nombre. Una cualquiera, que añadió al ramo porque la vida nunca llega ordenada. Y, aun así, funciona.

Un lazo mal puesto:
Porque no todo tiene que quedar perfecto para ser bonito.

El ramo era grande, excesivo y raro, no estaba bien equilibrado, ni envuelto en el papel más caro, pero cuando se lo entregó a Sara todos entendieron que la felicidad no se planifica… se reconoce cuando llega.
Si algún día haces este ramo, hazlo a tu manera, con las flores que signifiquen cosas importantes para ti y, si no te queda perfecto, no pasa nada.
Así es como queda bonito.
Y esto es todo.
Hasta la próxima historia.
Un beso grande,
Gema

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

https://www.amazon.es/Gema-Samaro/e/B00DXFAW7K/ref=dp_byline_cont_pop_ebooks_1

Con sabor a turrón
Amor con vistas
Desayuno contigo
La estrella que lleva tu nombre
No estoy para flechas
Solo faltas tú
Aquí hay amor
El amor vive abajo
No estoy invitada
Me vienes fatal
Lo nuestro es imposible
Me enredas así
¿Tú qué crees?
Incluso el amor
No estoy para ti
Un desastre con patas
Por fin tú
Nada que ver contigo
Volver otra vez
Un momento perfecto
Mi mejor error
Tú y tus ideas
Ella dijo sí
No debería ser amor
Nuestro mágico destino
Eres lo mejor que tengo
Citronela
¡Ni se te ocurra!
Tenía que encontrarte
Lo hago por ti

Antes de que me eches de menos
Burbujas
Dale la vuelta
Magia inesperada
Mauks: Una bicicleta para dos
Beséame
Aunque no lo sepas
Cualquiera menos tú
Eres de otra galaxia
Mientras te esperaba
Como una luna en el agua
Vicky tiene un vestido
Sucederá lo que quieras que suceda
Entre las azucenas olvidado
La última línea del espejo
Navidad en Manhattan
Susana&Co
El hombre que encontró su casa
Brianda
El secreto de tu nombre

REDES SOCIALES

https://www.facebook.com/kaguface/

https://www.instagram.com/gemasamaro_autora/?hl=en

https://twitter.com/gemasamaro

https://www.tiktok.com/@gemasamaro
